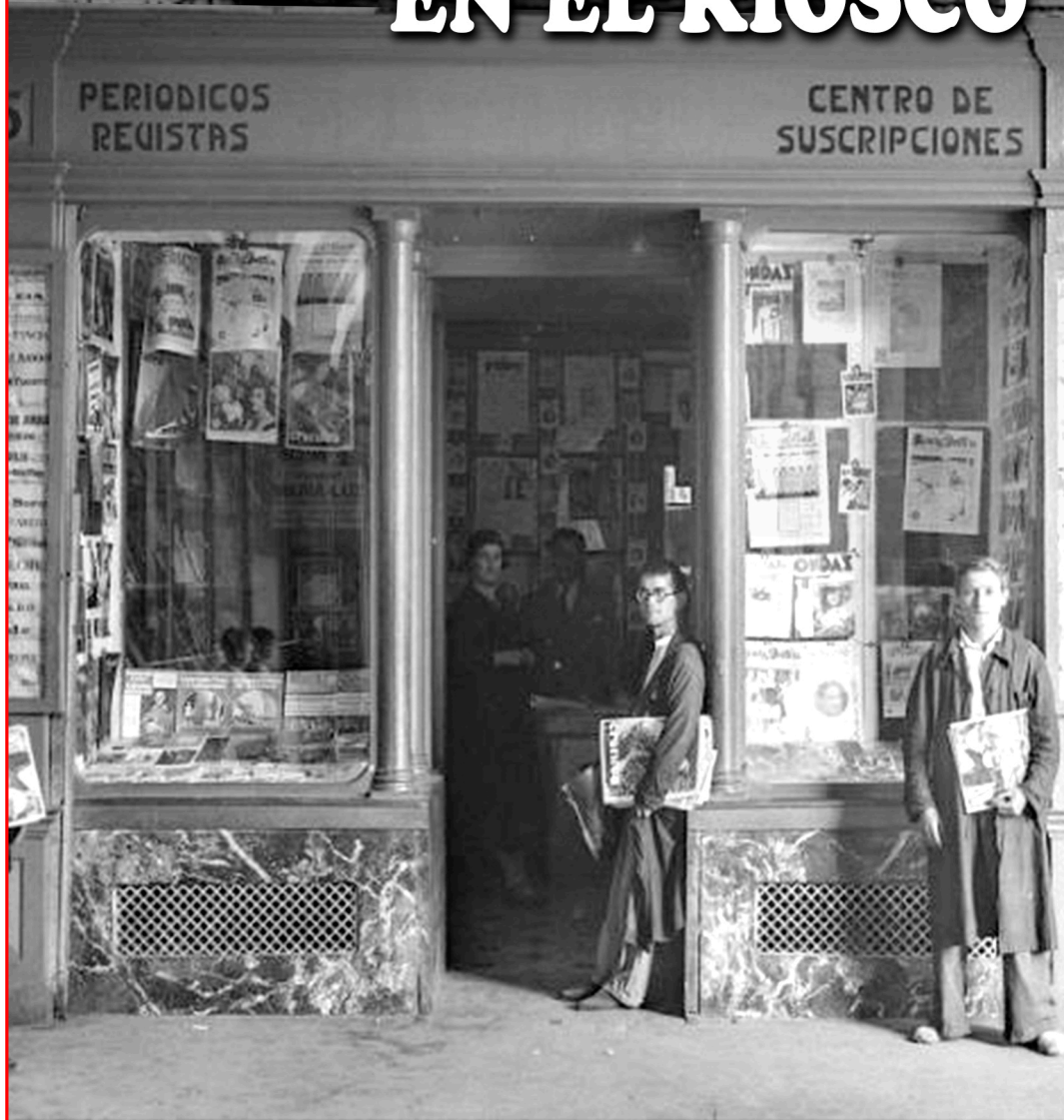


VV AA

ANTIAUTORITARISMO EN EL KIOSCO



Este libro presenta una selección de textos típica de los utilizados por el movimiento antiautoritario para la difusión de la Idea en el primer tercio del siglo XX.

Sin una exigencia literaria muy estricta, sirvieron para extender el pensamiento anarquista entre todos los estratos populares de la sociedad, y serían responsables del florecer cultural libertario acontecido durante la Segunda República.

AA VV

ANTIAUTORITARISMO EN EL KIOSCO

Selección y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Contenido

PRESENTACIÓN

LA HIJA DEL SEPULTURERO

EL BURGUÉS Y EL ANARQUISTA

REGENERADA POR AMOR

BIENVENIDA

DESAHUCIADOS

PRESENTACIÓN

La literatura popular fue, en la primera parte del XX, un vehículo importantísimo de difusión del horizonte libertario.

Sin duda alguna, un género menor que se vehiculó a través de la novela (en general la novela corta) y el cuento, y también en mucha menor medida en ese subgénero denominado “Diálogos” del que en el mundo libertario quedarán ejemplos tan eximios como los de Malatesta.

Presentamos aquí una pequeña selección de todos esos géneros que poblaron los kioscos de entonces, así como las pequeñas librerías y papelerías, o que llegaron a casa a través del correo, cuando la lectura era necesaria para conocer el mundo, “conocimiento” que hoy ya nos dan deglutido hasta en la sopa según los parámetros de interpretación de las clases dominantes a través de sus medios de comunicación y adormecimiento, y a los que tan difícil es plantear alternativas.

Disfrútenlos.

C. Carretero.



La hija del sepulturero

de **DIEGO R. BARBOSA**

Núm. 182

15 cénts.

LA HIJA DEL SEPULTURERO

Novela

Diego Rodríguez Barbosa

Agustina Marabot era el nombre propio de aquella jovencita de quince abriles, delgadita, de mediana estatura, de tez morena y ojos y cabellos semioscuros. Preguntar por ella en el pueblo, nombrándola por su propio nombre, era como preguntar por Agustina de Aragón. Nadie la conocía más que por "la hija del sepulturero", por el solo hecho de que su padre era el encargado de preparar el lecho, final y eterno, a los que se marchaban al otro barrio, deseosos quizá, algunos de ellos, de ver si allá abajo, o allá arriba, según las creencias, se podía vivir mejor que aquí. Este hombre no era hijo natal de aquel pueblo. Había venido a él, desde quién sabe dónde, acompañado de una mujer, de quién se decía que no era su legítima, pero que, de ser verdad, cosa que a nosotros nos trae sin cuidado, no impidió que, después de dos años de residencia en el pueblo, naciera aquella agraciada criatura a quienes pusieron por nombre el que ya sabemos. Cuando Agustina cumplió los dos años de edad, su padre, que hasta entonces había sido primero y único basurero en el pueblo, pasó a ser sepulturero, por haber muerto el que hasta la fecha hubo y no haber en la localidad ningún vecino capaz de ocupar tan macabra e imprescindible profesión.

¡Buenos eran los del pueblo de supersticiosos, para prestarse a bregar con los muertos y a vivir junto a ellos!

A los cuatro años de vivir en la casa de los muertos, el pobre hombre quedose viudo, merced a una epidemia de viruelas que le proporcionó más trabajo que el de ordinario. Trabajo que le fue más pesado y doloroso por tener él mismo que enterrar a su sentida compañera. Quedose, pues, nuestro hombre sin mujer y con su tierna y delicada hijita que a la sazón contaba seis años de edad.

Juan Marabot, no era un hombre completamente Inculto.

Sabía leer y escribir correctamente, se expresaba con soltura, aunque notándose su acento catalán, y sentíase más inclinado por la compañía de los libros que por la de los hombres. Por cuyas razones y por ser lo que era, no tenía casi ningunas relaciones entre aquel pueblo de analfabetos. Así es que de noche, en vez de salir a buscar algún pasatiempo en la taberna, como hubiera hecho cualquier otro, dejando a la niña solita en aquel campo sembrado de muertos, se entretenía en la lectura de sus más predilectos libros, repasados ya una y mil veces, y en ir enseñando a aquella bella flor de camposanto las primeras letras del alfabeto. Él mismo iba al pueblo, que distaba de allí un kilómetro escaso, para hacer la compra diaria, mientras que Agustinita, no tuvo los diez años que ya sabía leer y escribir y algo de contabilidad y pudo, por tanto, hacer aquellos menesteres propios de su edad y de su sexo. Quince años tenía ya cuando nosotros la conocimos. Quince años no mal cumplidos ni mal aprovechados, pues su padre había sabido despertar aquella tierna inteligencia, haciéndola sentir su vocación por la lectura y el estudio. Es por esto que el autor de sus días se vio en la necesidad de comprarle algunos libros y sobre todo algunas novelas, a las cuales ella sentíase cada vez más inclinada y entusiasta. Obvio es decir que

Agustinita, como su padre la llamaba, no era esa niña frívola, esclava de modas, ni tenía amigas en el pueblo. No tenía más amistad que la de la hija del hortelano, de un huerto situado frente a frente del Cementerio. Allí iba a comprar verduras y frutas casi todos los días y fue así cómo fueron trabando amistad las dos jovencitas.

Agustina iba sola al pueblo a realizar sus compras y del pueblo volvía siempre alegre y satisfecha por su deber cumplido. Los mozos la miraban con indiferencia, y si alguno, por equivocación, la dirigía algún piropo, no faltaba algún otro que le dijera, mordaz y despreciativo:

— ¡Es la hija del sepulturero!

Las mozas, particularmente las más desgraciadas en amoríos, al verla pasar junto a ellas, con su andar firme y aire decidido y gracioso, solían decir sin recato ni temor a que fueran oídos:

— ¡Qué orgullosa y qué tonta es la hija del sepulturero! ¡Ni que fuera la hija del gobernador! Con razón no la miran siquiera los mozos del pueblo. Como que huele a muerto desde lejos.

Un día Agustina no pudo contenerse, harta ya e indignada con tanto descaro y tanta desvergüenza y volviéndose airada y roja como la grana hacia el grupo de donde habían salido las frases hirientes e insultantes, dijo:

— ¿Pero qué os habéis creído vosotras, reata de burras sin bozales?

Ellas, sorprendidas por la inesperada revuelta, quedáronse sin saber ni poder contestar, cohibidas por la actitud defensiva de Agustina.

— ¿No tenéis otra cosa que hacer más que soltar exabruptos e indirectas groseras a quien tiene más educación y más dignidad que vosotras?

Entonces, la más descarada y rufiana se atrevió a contestar con voz trémula y confusa:

— Poco presumir de educación y dignidad y poco faltar, que aquí la que más y la que menos tiene dignidad y educación para enterrar vivas a todas las enterradoras.

A tan hiriente indirecta prorrumpieron las demás con una explosión de risas, seguidas de un montón de dicharachos e improperios. Agustina no se inmutó y con más serenidad y más firmeza y sin mudar de tono, repuso:

— Soy la hija del sepulturero. No tengo por qué negarlo, pero no me cambio por ninguna de vosotras ni por todas juntas. Porque puedo asegurar que todas o casi todas estáis más que manoseadas y palpadas por los ganapanes del pueblo, cuando no de algún que otro mequetrefe o pisaverde, ya que no sois más que esclavas de la moda y de los perifollos. ¡Pobres ilusas, incultas y analfabetas, prestas a ser flor de un día y a ser deshojadas en holocausto a vuestra ignorancia y a vuestra imbecilidad y cretinismo!

Antes de terminar, Agustina se vio rodeada por aquellas bravias, que a no acudir a tiempo un guardia municipal la hubieran arrastrado por el pelo.

— ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre aquí?

— Que estas pobres —contestó Agustina con presteza— no sabrán, o no tendrán, en qué entretenerse y se salen a la calle a meterse conmigo cada vez que paso.

Las muchachas empezaron a desaparecer, una tras otra, quedando con esto cortado el incidente que pudo haber tenido para Agustina sensible desenlace.

José María había salido del pueblo hacía varios años, cuando tuvo fin aquella etapa de apogeo societario, que tanto preocupó a autoridades y terratenientes; precisamente porque ya casi todos sus amigos, hasta entonces, rehuían de hablar con él y los labradores, grandes y chicos, no querían verlo por sus propiedades ni para cazar pájaros. Fue por eso que José María, aunque no tenía hijos que le pidieran pan, pero no queriendo ser una carga para sus padres y hermanos menores, que ya ganaban algo en alguna de las múltiples faenas agrícolas, decidió emigrar a otras regiones de España donde encontrar quien le alquilara sus brazos. Por allá anduvo casi sin saberse de él hasta que un día viósele entrar por las puertas de su casa paterna. El joven campesino se encontró con su madre viuda y un hermano menos de los dos que dejó. Éste atendía a su madre ya anciana y cultivaba el pequeño huerto que el padre le dejara. José María había salido del pueblo con vehementes deseos de ver, de aprender y de elevarse todo lo que pudiera y no había, por tanto, desperdiciado el tiempo en conseguirlo. Volvía, pues, bastante capacitado para la lucha contra los prejuicios del pueblo y la avaricia capitalista, así como también convertido en obrero albañil y no poco perfeccionado en el oficio.

El dictado de mirlo blanco con que lo marcaron las autoridades antes de ausentarse, en vez de hacer méritos para desmerecerlo, los había hecho para que lo estuviera más ajustado, más justificado. Pues José María no perdía ocasión para hacer dura crítica del actual régimen social.

Durante el tiempo que había estado rodando por el mundo no había tenido lugar para ocuparse de las mujeres, en el sentido de buscar una con quien unirse. Pero, ya en el pueblo, con su madre al borde de la sepultura y un tanto calmado de las luchas sociales, ya que el ambiente no permitía otra cosa, fue cuando sintióse atraído por el bello sexo. Pero ¿cómo encontrar entre aquella juventud femenil, ignorante e inculta, una joven capaz de comprender las aspiraciones y las ideas a que daba albergue en su corazón y en su cerebro?

Y fue así como un día, sin pensar, y sin esperarlo, dio con ella, como el triste peregrino que errante por el desierto tropieza sin esperarlo con la fuente cristalina donde logra apagar su sed.

Era el día en que el mundo católico señala y dedica al culto de los muertos. Las familias acudían a rendir culto a sus muertos, llevando flores y velas, coronas y lagrimeo.

José María también fue, en unión de otro muchacho, en la misma dirección, no por entrar en aquel estrecho campo, sino por ver las muchachas y gozar del sol y del aire puro del otro campo, que sin tapias ni sepulcros se extiende a los cuatro vientos. Por aquellos alrededores de la pequeña necrópolis algunos grupos de muchachas se paseaban alegres y bulliciosas, como queriendo dejar un tinte de juventud y de vida en aquel triste lugar.

José María y su amigo vieron venir hacia ellos una pareja de aquellas jóvenes, que al pasar por su lado les saludaron risueñas.

— ¿Las conoces tú? —dijo José María a su amigo, sin perderlas de vista.

— Sí que las conozco. Una es la hija del sepulturero y la otra la del hortelano de enfrente.

No bien hubo acabado de decir esto, cuando ya las dos jóvenes se habían vuelto y venían otra vez a pasar junto a ellos.

— Estas me parecen a mí que tienen ganas de platicar con nosotros —dijo el amigo.

— Les daremos gusto y veremos el que les saquemos.

— Como tú quieras.

Y sin elegir a cuál de las dos habían de acercarse cada uno, se acercaron José María al lado de Agustina y su amigo al lado de la otra.

Agustina no se había visto en otra, pues era la primera vez que se le acercaba un joven, y, por consiguiente, un poco ruborizada y tímida contestaba a las preguntas que José María le hacía.

— ¿Y es cierto que a ti es la primera vez que se te arrima un hombre?

— Y tan cierto. Yo no acostumbro a mentir.

— Pues no me explico que siendo tú tan bella joven no tengas novio todavía.

— Aunque fuera verdad lo de bella, hay otra cosa más grave que impide, o al menos ha impedido hasta ahora, el que me saliera pretendiente.

— ¿Se puede saber qué cosa grave es ésa? —repuso José María con curiosidad.

Agustina se retuvo un poco y después, un tanto turbada, dijo:

— Que soy la hija del sepulturero.

Y después, algo más reanimada, agrega:

— ¿Pero no lo sabe usted? Por más que si lo supiera no se me hubiera acercado.

— En eso estás equivocada, joven amable, y ahí está mi amigo que puede decirlo. Porque yo no comprendo que porque una joven sea hija del sepulturero ya no tenga méritos personales que la hagan merecedora de un hombre digno y honrado. Esto es en el supuesto de que el ser sepulturero fuera un baldón y un rebajamiento para alguien.

— Pues en ese concepto parece ser que lo tienen la gente de este pueblo —repuso Agustina, un tanto más animada y extrañada por las palabras de José María.

— El pueblo es muy ignorante y muy supersticioso. Si no fuera por eso no tendría a menos el relacionarse y tener en estima a unos seres que velan durante el año a sus difuntos, sin que él apenas se acuerde en todo ese tiempo de ellos hasta este día. Y eso porque hay gente interesada en que no los olvide, ya con misas, ya con fiestas tradicionales.

— Sí, sí, así es, en efecto, y es lo mismo que dice mi padre.

— Y tratando de otra cosa. ¿A ti no te da miedo de vivir al lado de tantos muertos?

— A mí quizá me diera hoy más miedo ir a vivir al lado de tantos vivos como hay en el pueblo. Pero ya esa conversación no viene bien con la conversación de antes. Usted, por lo visto, es también algo supersticioso.

José María habíale hecho aquella pregunta, como ya comprenderá el lector, por pulsar el ánimo y la despreocupación de la joven. Pero al oír la respuesta dijo:

— Yo no tengo nada de supersticioso, joven amable; yo sé bien que los muertos no se levantarán para nada y, por tanto, no hay que temer nada de ellos. De quien hay que temer es de los vivos; de muchos vivos que no procuran más que perjudicar, dañificar a sus semejantes. Yo no soy supersticioso, te repito. Tanto es así, que yo sería capaz de vivir entre los muertos y más teniendo entre ellos al autor de mis días, siempre que tuviera ya a mi lado a una joven que me comprendiera y me amara y que velara por mí por si alguna vez sintiera yo miedo de los difuntos.

Agustina supo recoger aquellas palabras en las que descubría un algo de sinceridad y buena intención. Sin embargo, ni corta ni perezosa, repuso:

— Gracias por lo que respecta a mí. Pero yo, siendo usted, habiendo tantas jóvenes en el pueblo, escogería de entre ellas la que mejor me pareciera, sin tener necesidad de venir a buscarla a un lugar tan lúgubre y tan macabro.

— Eso lo dices tú, porque no sabes quizá que en el pueblo no es fácil encontrar una capaz de comprenderle a uno, de asimilarse las ideas que me son queridas. Con una de éstas, aun habitando en un frondoso jardín, siempre sería para los dos vivir en el Jardín de los suplicios.

— A propósito del Jardín de los suplicios —cortó Agustina algo entusiasmada—, ¿ha leído usted el libro de Mirbeau que lleva ese mismo nombre?

Iba José María a responder cuando se oyó una voz desde un cercado próximo que las llamaba.

— Es mi madre que me llama —dijo la amiga.

— Entonces nos retiraremos —agregó Agustina, sin poder disimular la contrariedad.

— Hasta cuando usted quiera, pues yo todos los días voy al pueblo —repuso Agustina, alejándose con su amiga.

Y los dos amigos, dirigiéndose al pueblo, se comunicaron las impresiones que cada uno había sacado.

— Yo pensé retirarme al momento de ella, pero por no dejarte solo no lo hice.

— Pues por mí no debías haber obrado así ¿Quieres decir que no te agrada la muchacha?

— Eso mismo.

— Pues yo me sentía cada vez más entusiasmado al lado de esa joven que denota a simple vista que difiere mucho de las del pueblo. Se conoce que está algo cultivada y que tiene un espíritu y un carácter independiente que promete y gusta.

— Entonces ¿es que te has enamorado de ella?

— Algo hay de eso, amigo Paco, algo hay de eso.

— Pues, a ella. Pero ten cuidado no vayas a sufrir una equivocación.

— Creo que no.

En esa conversación llegaron al pueblo, retirándose cada cual a su domicilio respectivo.

— ¿Has visto qué gusto ha tenido José María, mi vecino? —decía una joven ya próxima a cumplir los treinta años y sin encontrar partido, a otra joven amiga, viendo pasar por la acera de enfrente a Agustina, que iba en dirección al mercado.

— ¿Qué gusto ha tenido?

— Pues el de ir a hacerse novio con aquella que va allí, con la hija del sepulturero.

— ¡Jesús, qué ocurrencia, y qué gusto más tonto y más raro!

— Eso mismo, María, eso mismo. ¡Cuidado con tener que ir todas las noches al Cementerio a pelar la pava con esa niña, tan sosa y tan tonta! Por mí, aunque fuera la más pintiparada del mundo, no iba yo a un sitio como ése. ¡Qué disparate!

— Y habiendo tantas muchachas en el pueblo, tan bonitas y tan decentes, ir a prendarse de un trapo como ese. ¿Has visto tú qué talento de hombre? —terminó María, bastante picada en su amor propio, por estar siempre como un perro callejero buscando novio sin conseguirlo.

Como comprenderá el lector, esta conversación tenía sus razones y su fundamento; no venía pues a humo de paja, como se suele decir. José María, después de aquel día que estuvo conversando con Agustina, se le presentó otra ocasión de hablar con ella. Dicha ocasión fue volviendo ella de la compra. Se encontraron los dos a la salida del pueblo, y después de los saludos de rigor, le propuso él acompañarla, a lo que ella accedió gustosa.

— Si es su gusto, acompáñeme usted.

— Mi gusto de momento es ese, como deseo inmediato — contestó él, galanteador.

— Entonces ¿es que tiene usted otras aspiraciones más lejanas?

— Tengo, por cierto, otras aspiraciones más elevadas.

— ¿Pero muy lejanas?

— Eso de lejanas depende de ti, más bien que de mí.

— Explíquese y lo comprenderé mejor —dijo ella lanzando un suspiro.

— Trataré de explicarme —contestó él, después de una breve pausa

— Que siendo tú la única joven que me ha interesado en este pueblo, he llegado a sentir la aspiración de hacerme comprender por ti y de que nos entendamos.

— Si lo que habla usted es en serio, si usted no quiere perder el tiempo inútilmente, tontamente, tratando de mofarse de mí, no tiene usted más que hablar con mi padre.

— ¿Depende de su padre de usted?

— De mi padre depende el que podamos hablar con tranquilidad y sin rodeos ni tapujos. Porque lo que depende de mí es ya cosa hecha —dijo Agustina mirando cara a cara a su acompañante.

— Pues entonces —contestó él manifestando en su rostro la alegría y el gozo que sentía en su interior—, ni una palabra más sobre el particular. Yo hablaré con tu papá y con eso tú comprenderás que yo, para pasar el tiempo tonteando, lo pasaría

con cualquiera otra de las del pueblo, sin necesidad de venir a este sitio todas las noches.

— Comprendido. Pero siempre hay razones para dudar, ya que el saber dudar, como dice Volney, es el principio de la sabiduría.

— Así es, en efecto, y por eso yo lo aplaudo y me congratulo que tú así lo tengas entendido, porque con eso nos entenderemos y compenetraremos de nuestros mutuos deseos y pensamientos.

Al llegar la conversación a este extremo, llegaban ellos también al extremo del recorrido, o sea al domicilio de ella.

Ya iba José María a retirarse, cuando apareció sobre la azotea un hombre como de unos cuarenta y cinco años, con gafas negras y barbas largas y pobladas.

— ¿Qué hombre es ese? —preguntó él un poco extrañado ante la aparición de aquél.

— Es mi padre —contestó ella, risueña.

Y como notara que él se quedaba remiso, agregó:

— Pero, qué, ¿no entras?

— Entraré otro día, hoy no puedo.

Y diciendo esto se despidió y volvió al pueblo.

El padre de Agustina preguntó luego a su hija, qué joven era aquél que había venido hasta la puerta con ella. Agustina refirió al autor de sus días, algo tímida y cortada, quien era aquel desconocido y cuáles eran sus propósitos.

— Pues bien —dijo el hombre de las barbas, que a tanta gente nueva había hecho soñar, apareciéndosele como un Landrú en

ampliación—, alguna vez había de ser, y si es de tu gusto yo no tengo inconveniente en que venga a verte cuantas veces quiera y a la hora que quiera.

— Eres muy bueno papá.

Y besó a su padre con júbilo, retirándose después a sus quehaceres.

Ya hacía varios meses que el "mirlo blanco" iba a ver a Agustina, como novio, haciéndolo ordinariamente de noche, lo que dio lugar a las hablillas y comentarios entre la gente moza del pueblo, como ya hemos podido ver en páginas anteriores. José María era sabedor de todo, pero no se preocupaba por ello. Vivía ajeno de todas aquellas miserias y meticulosidades, atento solamente en procurar de obrar bien y con arreglo a los dictados de su conciencia.

No obstante, su preocupación por "el qué dirán", no pudo un día contenerse, porque ya aquello suponía el mayor descaro y cinismo y lesionaba en grado sumo su dignidad de hombre y de pensador. Fue uno de sus antiguos amigos, que ya no lo era, por cierto, toda vez que lo encontraba ahora siendo vocal de la junta de un Sindicato católico.

Este renegado de su propia causa, vino a provocar en José María un ataque a ciertos prejuicios del pueblo.

— Yo no sé —le dijo a José María, un día que se encontraron en la barbería donde ambos se arreglaban—, como tú, habiendo rodado tanto por el mundo, has venido a buscar novia en este pueblo, y lo que es peor, rara y extravagante, siendo como es, la hija del sepulturero.

— Podría decirte que eso es cuestión que a nadie interesa, ni a ti tampoco. Pero no te lo digo, aunque tampoco te agradezco ese interés que te tomas por mí. Eso, no obstante, desearía saber qué tiene de particular que yo haya puesto los ojos en esa joven. ¿No es de carne y hueso como las demás? Yo creo que sí. Además, de eso tiene lo que no se ve en las demás del pueblo.

— ¿Qué es lo que no se ve en las demás del pueblo? —cortó el renegado, que tenía una hermana que en cuanto a belleza moral dejaba mucho que desear.

— Lo que se ve en las demás del pueblo, te lo diré sin rodeos: es una carencia de instrucción y de cultura, de educación y, por consiguiente, mucha ignorancia, mucho rutinarismo y hasta cierto punto mucha hipocresía y mucha maldad.

— ¿Y en esa que tú tienes por novia, no hay nada de eso?

— En esa no veo yo un pozo de sabiduría, pero sí una joven algo culta, fuera del rutinario ambiente y sin pizca de hipocresía y convencionalismo.

— Pero siempre —contestó el renegado, con ánimo de ofender a nuestro amigo— será la hija del sepulturero.

— Será la hija del sepulturero, pero será también la honrada, culta y la modesta Agustina Marabot, hija de Juan Marabot, que si bien tiene por ocupación el enterrar a los muertos, no por eso es menos honrado, ni se considera él menos honrado que otros, toda vez que dicha ocupación es de imprescindible necesidad, lo que no puede decirse de otras profesiones.

— ¿Qué profesiones son esas? —dijo el provocador, tratando de que José María hablara con la misma franqueza y sinceridad que otras veces.

— Esas profesiones —repuso nuestro amigo percatándose de la intención de su contrincante— las conoces tú lo mismo que yo y no tengo que regalarte el oído.

— A fe mía que no sé qué profesiones son esas. Porque si es la de médico...

— La de médico sabes tú que es profesión más necesaria que otras. Como también sabes tú que es más macabra que otras; más que la de sepulturero, toda vez que éste no hace más que dar sepultura a los muertos que, en muchos casos, son despachados para el otro barrio, por las torpezas, o los cálculos financieros de los médicos. Por cuya razón, si el pueblo supiera distinguir y discernir, miraría con más repulsión al que mata a la gente, que al que la entierra, ya que después de muerta una persona, no tiene otro remedio. Y quien dice el médico, dice los curas: siempre atentos y en espera de que muera alguien, y si es rico mejor, para sacarle el dinero con cuatro latinajos que sólo ellos entienden.

Y como ya le tocaba el turno a José María, para afeitarse, quedó truncado el debate. Cuando estuvo afeitado, se encontró que su contrincante se había marchado sin despedirse.

No fue esta vez sola la que tuvo necesidad de salir a la palestra en defensa del sepulturero y de su hija y por la suya propia.

Todos estos razonamientos y choques, más o menos violentos, entre los dos polos opuestos, negativo y positivo, dieron lugar a que la gente de orden de la localidad lo tomaran por su cuenta. La señora

del alcalde, presidenta de la Adoración nocturna fue la primera que entró en lucha para someterlo y hacerlo entrar por el buen camino, que según ella y los suyos, era el del respeto y acatamiento de las santas instituciones de la Iglesia y del Estado.

Lo primero que hicieron fue personarse en el Cementerio, para cerciorarse si era verdad que José María sostenía relaciones con la hija del sepulturero.

Allá fue la señora alcaldesa acompañada de otras dos damas, piadosas y caritativas, seguras de su triunfo, por el solo hecho de que el padre de Agustina, por no perder su destino, haría lo que fuera menester, para traer a buen camino aquella oveja descarriada.

— Venimos —habló la alcaldesa con tono de autoridad— a ventilar con usted un asunto grave y delicado.

— Usted dirá, señora —dijo Marabot, un tanto extrañado por la gravedad de la visita.

— Antes que otra cosa queremos saber si su hija Agustinita es novia de ese joven recién venido de Barcelona, que tanto dio que hacer antes de irse del pueblo, y vuelve ahora con las mismas, soliviantando los ánimos de los pacíficos y honrados hijos de este cristiano pueblo.

— Sí, señora. Mi hija es novia de ese joven que usted dice, hijo natal de este cristiano pueblo.

— ¿Y ha consentido usted las relaciones de su hija, honesta y virtuosa niña, con ese endemoniado hereje, que hace tabla rasa de todo lo estatuido, sin dejar fuera a nuestra santa madre Iglesia?

— Yo no sé tanto de ese joven, pero créame usted, respetable señora mía, que de saberlo tampoco me hubiera yo opuesto a esas relaciones —contestó Marabot recalcando las últimas palabras.

— Entonces, ¿es que usted?...

— Es que yo no puedo imponerme a los deseos de mi hija.

— ¿Aunque la vea usted en el camino del deshonor y de la perdición?

— En ese caso yo me limitaría a darla un consejo, a amonestarla, a reconvenirla, quizá, por ello, pero nunca a imponerle norma de conducta, seguro de que nadie escarmienta en cabeza ajena y menos cuando se trata de cuestiones amorosas.

— Quiere decir entonces —intervino otra de las tres, que era la esposa del médico—, que usted consiente, que a usted no le preocupa el escándalo ni la inmoralidad.

— Yo, señora —contestó Marabot algo amostazado, importándole muy poco el perjuicio que aquel choque pudiera traer aparejado contra él—, no veo escándalo, ni inmoralidad, en el hecho de que dos jóvenes de ambos sexos se quieran, se amen y lleguen adonde es lógico y natural que lleguen, saltando por encima de ciertos prejuicios, y ajenos a todo convencionalismo.

— ¡Ciertos prejuicios! Ya sabemos lo que encierra esa palabra —expuso la tercera, esposa del farmacéutico—, y ya sabemos por lo que estamos viendo, lo que encierra usted, señor de Marabot. ¡Ya lo sabemos! ¡Ya lo sabemos! —terminó sentenciosa.

— Pues bien —repuso Marabot, dispuesto a descubrirse como hombre libre, ante aquellas santas mujeres—, si lo sabéis, si os dais cuenta de que yo no soy de vuestro rebaño, que yo no soy de ningún

redil, ni vuestro, ni ajeno, yo os digo que también sé lo que ustedes pretenden. Pero a fe mía que venís equivocadas, señoras. ¡Pero muy equivocadas!

— Veremos quién sufre mayor equivocación —repuso la presidenta, que había estado observando los cuadros que había en la modesta habitación donde habían sido recibidas—. ¡Veremos quién es el más perjudicado!

— Materialmente lo será yo; pero moralmente son ustedes —contestó arrogante y enérgico Marabot.

Al llegar a este extremo la conversación, dos nuevos personajes se presentaron en escena: Agustina y José María, que habían ido a renovar las flores a los nichos donde reposaban los restos del padre y la madre de ambos jóvenes. Al encontrarse con aquellas señoras quedáronse retenidos a la puerta.

— Adentro, adentro —díjoles el padre—, que es de vosotros de quien se trata.

— ¿De nosotros? —contestaron los dos a un tiempo, como movidos por un mismo resorte.

— Se trata de vuestras relaciones, de vuestros amores y de vuestro porvenir —repuso Marabot con tono irónico.

José María, que ya había reconocido a las visitantes, dijo sin titubeos:

— ¿Y qué les importa a estas señoras, ni a nadie, todo eso?

Las tres aves nocturnas que habíanse quedado sorprendidas al ver llegar a los novios, no sabían qué contestar. Las tres se miraban mutuamente, como queriéndose inyectar el ánimo con sus miradas.

— Y bien, señoras —dijo Marabot—, ¿qué dicen ustedes a eso?

— Nosotras —contestó al fin la alcaldesa—, no tenemos ya nada que decir. Hemos terminado nuestra misión y nos retiramos.

Y sin despedirse siquiera, salieron las tres sin atreverse a volver la cara atrás.

Marabot informó de todo a los jóvenes y después la hija interrogóle, ansiosa:

— ¿Y usted qué dice, papá?

— Qué quieres tú que yo diga, hija mía; que por ver a vosotros felices, estoy dispuesto a todo.

A los dos días, el cura del Sindicato católico, llamaba a Marabot a su domicilio.

— ¿Se puede saber para qué soy yo llamado, señor cura?

— Usted, si no lo sabe, debiera presumírselo.

— Pues, ni lo uno ni lo otro.

— No deja de ser extraño. ¿No ha recibido usted en su casa la visita de tres damas distinguidas?

— ¿Y esa visita tiene relación con esta llamada que usted me hace?

— Sí, señor, que la tiene.

— Pues yo, señor cura, puedo decirle a usted, con toda la franqueza que me caracteriza, que si usted tiene las mismas pretensiones que ellas, le digo que no se moleste, ni se tome tanto

interés, porque los muchachos, están dispuestos a contraer matrimonio a la mayor brevedad.

— Pero, ¿y usted? ¿No es usted su padre de ella?

— Soy su padre, sí, señor, pero no su amo.

El cura, que creyó alcanzar lo que no habían alcanzado las damas, se mordió los labios, y después de una breve pausa y afectando tranquilidad, repuso:

— Está bien. Usted hará lo que mejor le parezca. Pero le advierto que lleva usted perdido el destino.

— Estoy dispuesto a todo lo que me pueda ocurrir, antes que oponerme a sus deseos, que bien mirado son lícitos y nada pecaminosos

— Nada pecaminosos —interrumpió el cura, sin poder disimular el despecho y la ira largo tiempo contenidos—, si el matrimonio fuera como Dios manda y la Iglesia ejecuta, pero según tengo entendido, el matrimonio será civil, y, como usted debe comprender, eso no lo podemos consentir en un pueblo tan cristiano y piadoso, porque eso sería la condenación, el descrédito y la deshonra para todos.

— Es cierto que sus deseos son esos, los de contraer matrimonio civil.

— Pues ese escándalo no lo consentiremos aquí, ya lo sabe usted.

— Con eso, señor cura, será el escándalo más grande porque ellos están dispuestos a todo antes que pasar por lo que ustedes pretenden.

— ¿Más grande todavía? ¡Qué atrocidad! —exclamó el cura levantándose del asiento, con las manos en la cabeza.

Y después, dirigiéndose a la puerta, agrega: —Hemos terminado. Puede usted retirarse e ir pensando en buscar otra ocupación donde ganarse la vida, porque como empleado a nuestro servicio, no podemos tolerarlo. ¡Le parece a usted el hereje a quien teníamos amparado y protegido en el seno de nuestra Santa Madre Iglesia! Puede usted retirarse.

Juan Marabot salió de aquella casa, dejando al cura trazando el plan para evitar aquello que él consideraba un escándalo y una inmoralidad.

Pasó una semana, y cuando la familia Marabot se disponía a dar los primeros pasos, para efectuar el enlace matrimonial de los dos jóvenes, José María fue llamado por el señor alcalde.

— ¿Qué desea usted de mí, señor alcalde?

— Yo no deseo nada, es el pueblo quien lo desea y yo no soy más que su mandatario, su intérprete que cumpla con exponerte lo que él pide.

— ¿Y qué le pide a usted el pueblo, que pueda interesarme a mí, señor alcalde?

— Lo que el pueblo le pide, es bien sencillo: Que tú cambies de conducta, es decir, de ideas, o de lo contrario, que seas desterrado de aquí por tiempo indefinido.

— ¿Y qué mal le causo yo al pueblo con mi modo de ser y mis ideas, que llega hasta el extremo de pedir mi destierro si no cambio de conducta? ¿Es que el pueblo cree que se cambia tan fácilmente de ideas, como de camisa?

— Nada bueno verá el pueblo en tus ideas cuando lo pide. Y en cuanto a mudarse de camisa, no debe ser cosa difícil cuando muchos se la han cambiado.

— No la tendrían muy limpia cuando se la cambiaron.

— Bueno —dijo el alcalde cambiando de tono y de color—, lo que a ti te conviene es cambiar de opinión, que variando la opinión otro sería tu porvenir, o de lo contrario habré que dar satisfacción a los deseos del pueblo.

— Usted dirá a los deseos de cierta gente que casi no pertenecen a la clase popular.

— Lo que yo digo es la verdad —rugió el alcalde, poniéndose de pie y dando un fuerte puñetazo sobre la mesa que hizo saltar la tinta del tintero, llenando algunos papeles que había sobre ella ¡Lo que yo digo es la pura verdad, y a mí no se me replica ni contradice! ¿Lo oyes?

— Lo oigo, sí, señor, lo oigo —contestó nuestro amigo con su habitual tranquilidad—. Pero me cuesta mucho trabajo creer que sea el pueblo el que lo pida.

— Pues créetelo, que es verdad.

— Lo creeré si usted se empeña. Pero de cualquier manera que sea, yo no puedo dar satisfacción a esos deseos.

— Si tú no puedes dar satisfacción a esos deseos, yo tendré que dar satisfacción a los deseos del pueblo.

— Cúmplase la soberana voluntad del pueblo —dijo José María, con aire de indiferencia y ánimo resuelto.

— Así se hará —repuso el alcalde convencido de que no sacaría partido—. Una semana te doy, para que reflexiones. Si pasada la semana no has venido a dar satisfactoria contestación, ya puedes darte por desterrado. Puedes retirarte.

Y nuestro amigo salió con dirección a casa de Agustina. Ésta, al verlo llegar conoció en su semblante que algo grave ocurría.

— ¿Qué ocurre? ¿Qué te ha pasado?

— Nada, no es nada.

— Nada no, algo grave ocurre que nos afecta a todos y por lo tanto no debes de ocultarlo.

— En efecto —contestó él comprendiendo la ansiedad y la razón que a ella le asistía—, lo que ocurre nos afecta a todos.

Y nuestro amigo contó el resultado de la entrevista con el señor alcalde.

— ¡Malditos! ¡Mil veces malditos! —exclamó Agustina, una vez enterada de todo. Tu destierro significa el de todos, pues como tú comprenderás, nosotros no vamos a quedarnos aquí. Donde tú vayas vamos nosotros, estoy segura que ese será el parecer de mi padre.

— Yo así lo espero de tu padre, vida mía, yo así lo espero. Y, por lo tanto, nada hay que temer. Yo tengo trabajo donde quiera, a tu padre no le faltará donde emplearse que gane, aunque sea para él. Aunque es menester tomarle la delantera al enemigo, esto es: irme yo adonde me convenga antes que sea desterrado a un lugar donde no tengamos medios de vida.

— No está mal pensado, no está mal pensado, Pepe mío. Veo que tienes talento y sabes precaver los malos propósitos de nuestros enemigos.

— No digas que tengo talento; di que eres tú, que es tu amor, el que me ilumina, el que me alumbra el sendero por donde hemos de seguir para salvarnos de esta manada de hienas con formas humanas.

Y cogiéndola por ambas manos acercóla hacia sí tanto, que las dos caras se tocaron y las dos bocas se besaron con dulzura y frenesí...

Tan distraídos estaban, que no vieron venir al padre, quien al ver a los jóvenes besarse, se ocultó tras un ciprés de los que bordeaban el paseo por donde él subía. Pero viendo que ellos se separaban deponiendo sus actitudes de ardiente reciprocidad amorosa, salió de su escondite, siguiendo hacia donde estaban los jóvenes. Entonces fue cuando vieron que se acercaba.

— ¿Qué tal? —díjoles al llegar—. ¿Qué sorpresa me tenéis guardada? Parece que os encuentro turbados, preocupados. ¿Qué pasa?

José María rompió el silencio contando a Marabot lo que ya había contado a su hija. Obvio es decir que Agustina no se había equivocado. Su padre dio palabra de presentar dimisión de su cargo y salir del pueblo antes que se cumplieran los propósitos que sobre ellos pesaban.

El alcalde no esperaba que Marabot se anticipara, pero disimulando el enojo, díjole:

— Ya lo esperaba, porque sé el carácter que tenéis los catalanes, pero eso de no esperar más que tres días no puede ser; estarás allí

todo el tiempo que sea preciso, mientras no se presente sustituto, porque como tú puedes comprender, el Cementerio no puede quedar abandonado.

Los novios se impacientaban, pues la semana tocaba a su fin y José María esperaba la orden de destierro, tal como le había prometido el alcalde. El padre de la novia, comprendiendo la ansiedad de los jóvenes por salir de aquel atolladero, pensó hablarles del siguiente modo:

— Estoy viendo la trama, la urdimbre vil y canallesca de esos desalmados, de esa gentuza sin pudor, ni dignidad, al mismo tiempo que comprendo vuestra ansiedad por salir de aquí y por unir vuestros destinos, pero veo que la semana se cumple y mi sustituto no llega, y por el contrario, a ti te llega el destierro. Esa es la trama: separaros a vosotros y a mí retenerme aquí hasta que ellos quieran, o hasta ver si yo cambio de parecer. Pero yo os digo, queridos hijos míos, que por el nombre que tengo, que están equivocados. ¡Muy equivocados! Así, pues, para poner fin a todo esto y hacerle morder el polvo de la derrota a esa canalla, desde este momento tenéis mi consentimiento para corretear por todo el pueblo, como habéis correteado por estos contornos hasta la playa, y después, cuando todo el pueblo gazmoño, hipócrita y soez, esté escandalizado con vuestro ejemplo, antes que llegue la hora de tu destierro, tomáis el auto y os marcháis a la capital, como si llevaráis la bendición del cura y la aquiescencia del pueblo, cuando no lleváis, en realidad más que la mía.

No bien hubo terminado de hablar, cuando ya los tenía a los dos colgados al cuello, colmándolo de besos y abrazos.

— ¡Basta ya! ¡Basta ya, hijos míos! Recoged vuestros ahorros y prendas precisas, tomad esas quinientas pesetas y a volar y a vivir.

Cuatro días después recibía Marabot la primera noticia de sus hijos "Querido padre: Ya estará usted enterado del "escándalo" que se produjo en el pueblo con nuestra presencia en los sitios más céntricos y concurridos. Pero de lo que no estará usted enterado será de lo contentos que estamos, aunque se lo supondrá. Ahora sólo deseamos que se venga cuanto antes y deje para siempre ese pueblo con su ignorancia y su estupidez. Un abrazo apretado de estos sus hijos, que lo son, José María y Agustina.

Pocos días después, Juan Marabot, que había sido sustituido por otro, corría a unirse a sus hijos, que lo esperaban en la estación con los brazos abiertos.

Han transcurrido ocho meses, desde que nuestros simpáticos personajes salieron del pueblo. Los tres vivían en una casita de planta baja enclavada en uno de los más pintorescos barrios de la ciudad. Juan Marabot, ocupado como guardián de los muelles, ganaba para no ser una carga molesta, para sus hijos. José María, trabajaba en su oficio de albañil y Agustina atendía a las necesidades del hogar, propias de su sexo y sobre todo a las necesidades de su hijo, Helios, rolliza y graciosa criatura, que contaba apenas tres meses y que constituía la felicidad del abuelo y de los jóvenes autores de sus escasos días.

José María no había tenido más correspondencia del pueblo que la de su madre y hermano, a quienes comunicó, a su debido tiempo, la grata noticia de que era ya padre de un robusto niño.

Obvio es decir que la novedad corrió por el pueblo como reguero de pólvora, dando lugar a aspavientos y comentarios, tan pusilánimes como infantiles.

Pero un suceso tenía que venir que diera margen a que los jóvenes tuvieran que ir a pasear el fruto de sus amores ante aquel vecindario ignorante y mojigato y más que nada a hacer morder el polvo una vez más, a aquella taifa de hipócritas y explotadores del sudor ajeno.

La madre de José María había dejado de existir. Como todas las madres de los trabajadores, había estado luchando largo tiempo con la miseria y la enfermedad, hasta que tuvo que hacer cama, sucumbiendo en cortos días a la obra destructora de la Parca.

Allá fueron, con la congoja y la pena del caso, Marabot y sus hijos. Al apearse del auto se tropezaron de manos a boca con la alcaldesa, acompañada de la señora del farmacéutico, quienes al notar la presencia de nuestros amigos, no pudieron disimular un movimiento brusco de indignación y de espanto. Pero nuestros viajeros, que se apercibieron de todo, siguieron su camino, sin inmutarse ni preocuparse por ello.

De acuerdo con el hermano de José María, el entierro fue civil, aunque para ello tuvieron que vencer los obstáculos de la reacción.

En el mismo día regresaron a la capital, llenos de satisfacción y orgullosos por haber cumplido con su deber de amantes de la luz y de la libertad.

JOSÉ SÁNCHEZ ROSA

EL BURGUÉS
Y EL ANARQUISTA

Diálogo

EL BURGUÉS Y EL ANARQUISTA

Diálogo

José Sánchez Rosa

Burgués.- Lo llamo para decirle que si sigue pensando como piensa, me veré obligado a arrojarlo de mi casa, sin consideración a que sea el obrero más antiguo que tengo, y el más hábil, sí, el más hábil, porque ante todo, usted que me conoce sabe que soy franco.

Anarquista.- Pues en este caso ya puede usted arreglar mi cuenta, porque eso de dejar de pensar como pienso no es tan fácil como usted se cree, pues pienso así, porque concienzudamente he hecho el estudio de la actual organización social, sacando en consecuencia: que de tanta miseria, de tanta injusticia, de tanto crimen, sólo tiene la culpa este orden burgués, favorecido, más aún, patrocinado con parcialidad manifiesta, por todos los gobiernos y por todas las religiones.

B.- Ya empiezas a desbarrar, por eso no te quiero en mis talleres, porque contaminas a cuantos te rodean de esas teorías erróneas, convirtiendo a los más sumisos en rebeldes e inaguantables.

A.- Ya estamos con lo de siempre, calificando de erróneas estas ideas no comprendidas por los que no quisieron tomarse el trabajo de estudiarlas antes de calificarlas.

B.- ¿Pero quién eres tú, y cuáles fueron tus principios, cuál tu educación, para poder hacer acertadas apreciaciones?

A.- ¿Qué quién soy yo? Un hombre sin el barniz de la mentida civilización de los que fueron a la Universidad a buscar el camino que había de conducirlos a la conquista de la posición social, del privilegio, encontrado casi siempre, más que por el estudio, por la influencia, en vez de haber ido a beber a las fuentes del saber para ilustrarse debidamente sobre conocimientos científicos correspondientes a una carrera libre y espontáneamente elegida con verdadera vocación. ¿Qué cuáles fueron mis principios? Los del sufrimiento, escuela donde se adquieren conocimientos prácticos de lo que es el vivir, desengaños que cada uno equivale a un curso científico, pues, hijo de padres pobres, aunque productores de toda la vida, carecí siempre, como ahora carezco, de casi todo lo que contribuye a dulcificar la existencia, y cuando empecé a tener fuerza, empecé a trabajar y trabajando sigo, no concediéndome a cambio ni siquiera el derecho a la protesta, el derecho a pensar. ¿Qué cuál fue mi educación? La contraria que a usted le dieron, pues a usted lo han educado para que sea amo y a mí para que sea esclavo; pero sépalo usted de una vez: su educación y mi educación nada valen, son aborrecibles, porque forzosamente han de producir el contraste entre seres que vinieron al mundo con otra misión que cumplir.

B.- Para probarte que disparatas, que estás en un solemne error, que es una locura que os extravía hasta el extremo de llegar al crimen, estoy dispuesto a discutir contigo y ya verás cómo el derecho a la propiedad será siempre respetabilísimo, cómo los

gobiernos serán siempre una necesidad, porque tenemos que vivir regulando nuestros actos por leyes y por hombres capacitados para aplicarlas, y que la religión, consuelo de afligidos, consuelo de los infortunados de este mundo, por esperar ser bienaventurados en el reino de los cielos, es tan precisa como la brújula al navegante para llegar a orientarse hacia el punto que se propone llegar.

A.- Pues discutamos y así veremos de qué parte está la razón, si de vosotros los privilegiados, los adueñados del mundo, los poseedores de los bienes que no produjisteis, que sois quienes necesitáis los Estados constituidos, con sus gobiernos, con sus leyes, con sus fuerzas para contener a vuestras víctimas, los desposeídos, los vilipendiados; que para nada necesitamos de los Estados, de los gobiernos, de las leyes y de las fuerzas, de las que somos elementos de su constitución, pues sólo servimos de instrumentos, primero, para elaborar en todos los sentidos para que la abundancia supere en nuestro planeta hasta el extremo de que tanta producción llegue a ser una calamidad, y digo que no necesitamos de los Estados, porque éstos, lo único que hacen por nosotros es tomarnos como instrumentos, convirtiéndonos en defensores de los que nos tiranizan, de irritantes privilegios, en enemigos de nuestros hermanos, de nuestros compañeros de trabajo, en el azote de la humanidad.

B.- ¡Ya salió la palabra humanidad!

A.- Esa palabra como otras muchas os desagrada el oírlas. ¿Qué os importa a los poderosos la humanidad? ¡Vuestro oro, vuestras riquezas es lo que os importa, y en vuestro egoísmo quedaríais tan tranquilos sabiendo que vuestras riquezas se acrecentaban aunque a cambio de ella desapareciese la humanidad; pero tanto os ciega vuestra ambición que no veis que esa humanidad es la que os ha

dado y da cuanto tenéis, que formáis parte de ella, aunque mal os parezca, y que al desaparecer ella desapareceréis vosotros!

B.- ¿Pero qué tiene que ver todo eso con lo que nos proponemos discutir? Yo quiero hoy probarte que la idea anarquista es una quimera irrealizable, y que cuantos profesáis esas ideas sois perturbadores del orden, instigadores para que luchen de frente las diferentes clases sociales, porque sacáis de la resignada situación en que viven a cuantos trabajan, porque cuando os oyen hablar dejan de estar conformes y empiezan a mirarnos, a los amos, a los patronos, como ahora nos llamáis, no ya como a los legítimos dueños, como siempre se nos miró y se nos consideró, sino como a los usurpadores, a los causantes de sus fatigas y de sus miserias.

A.- Así es, tal y como lo acabáis de decir, porque cuando nosotros hablamos, convencidos en nuestro ideal, señalamos las causas del mal, y los que nos oyen, que en su ignorancia creyeron irremediables sus sufrimientos, perpetúan su desgracia, porque ya la creyeron disposición divina o impuesta por un poder incontratable, los que nos oyen, repito, nos comprenden y dejan de creer como creían, dejando por lo tanto, aquella resignación hija de la ignorancia de los que se creen impotentes, disponiéndose a luchar contra vosotros que sois la propiedad personificada, que sois los que formáis parte de las Cámaras legislativas para confeccionar los Códigos que vengan a imponer a los desheredados el respeto a vuestros intereses, esos Códigos que vosotros sabéis eludir, burlar con el dinero y la influencia, cuando caéis de lleno dentro de sus enmarañadas disposiciones penales, que sois los sostenedores de las religiones, enemigas de todo progreso científico, porque tienen la misión de adormecer de entontecer a los pueblos con cuentos impropios de los tiempos en que vivimos. En lo que estáis desacertados es en

considerar a la Idea Anarquista como quimera irrealizable, y más desacertados aún, con vuestra pretensión de querérmelo probar.

B.- Y te lo probaré. Vamos por partes. ¿Qué es Anarquía?

A.- La Anarquía, yo os voy a decir lo contrario de lo que nos dice el diccionario de la Lengua, es el orden, será la paz entre los hombres, porque según el significado de esa palabra tomada del griego, quiere decir no gobierno, con lo que estamos conformes, porque los hombres si han de vivir como hermanos, si el amor, base de todo lo grande y sublime ha de ser el lazo que ha de unir a todos a impulso de idénticos sentimientos, de aspiraciones comunes, han de dejar de ser gobernantes y gobernados, porque desempeñando papeles completamente opuestos, de tiranos y tiranizados, no puede existir la armonía, el amor mutuo necesario.

B.- ¿Con qué no gobierno significa Anarquía? ¡El orden ha dicho...! ¡La paz...! ¡Botaratadas, delirios, más que todo eso, un gran crimen, sabiendo lo que significa Anarquía, es declararse su partidario! ¿Habéis pensado bien lo que ocurriría sin gobiernos y lo que sería de la Sociedad y de cuantos en ella formamos parte, con tantas fieras como braman, rugen, bajo el nombre pomposo de seres humanos, pregonando su descontento, dispuestos a lanzarse para desgarrar, para triturar, para destruir cuanto encontraran a su paso, dando rienda suelta, a sus malas pasiones? ¡Si no fuera por las leyes, por las fuerzas, por los gobiernos, esto sería el caos!

A.- ¡El caos...! En él vivimos y para no salir de él es para lo único que valen los gobiernos, para lo que se aplican las fuerzas y las leyes, siempre ineficaces para establecer el orden. ¡Vosotros llamáis orden a la resignada situación de los que amarrados de pies y manos se ven impotentes para su defensa! ¡La Sociedad del orden llamáis a la

Sociedad del contraste! ¿Qué orden puede haber en donde millares de seres humanos mueren de hambre en medio de la abundancia producida por los que perecen? ¿Qué orden puede haber en donde no se puede obrar conforme a su voluntad, porque sus actos ha de medirlos con arreglo al capricho de los más poderosos, a las exigencias de un medio ambiente corrompido y corruptor, y de una mal educada multitud, teniendo que amoldarse, a costumbres bárbaras de las cuales no puede salirse so pena de quedar estrellado?

B.- Entonces, ¿cuál es el orden? ¿Dejar hacer a cada cual lo que quiera, a los desheredados, como decís, dejarlos robar y asesinar para la satisfacción de cuanto deseen? ¿Entendéis por orden el que nosotros, reducidos a la miseria, tengamos que entregarnos a trabajos manuales, rudos, impropios de nuestra condición y educación? ¡Eso no puede ser orden, eso sería retrotraer la Sociedad a la barbarie!

A.- ¡Qué mal entendéis lo que nosotros pretendemos! No es robar y asesinar lo que procuramos, no; eso es precisamente lo que se hace hoy, y lo que queremos deje de hacerse; porque en eso, en el robo y el asesinato está basada la constitución de esta maldita Sociedad.

B.- ¿Y cómo podrías probármelo?

A.- Muy sencillamente. ¿Quiénes son los dueños actuales de la superficie de la tierra? ¿Quiénes los dueños de los ferrocarriles, de las grandes existencias agrícolas e industriales producidas en el transcurso de los años, de los siglos? ¿Quiénes, en una palabra, los dueños de todas esas riquezas naturales y artificiales? Unos cuantos individuos que dicen recibieron en herencia de sus antepasados esas

propiedades, lo que atestiguan con rancios papelotes, y otros cuantos engañadores, seres astutos y malvados, que alegan que sus fortunas son el producto de su ingenio, de su trabajo, de sus afanes. Pues bien, lo diré sin preámbulos: Los dueños de todas esas riquezas que dejo enumeradas y de cuantas dejé de enumerar, alegando el derecho de herencia, los unos, y como productos de su ingenio y de su laboriosidad, los otros, son ladrones, porque están en posesión de lo que no es exclusivamente suyo contra la voluntad de sus dueños.

B.- ¿Qué decís? ¿Qué razones podéis aportar para damos tan duro calificativo? ¿A quién robaron mis antepasados? ¿A quién he robado yo? ¿A vosotros quizás...? ¡Descamisados...! ¿Qué voy a robaros, cuando en muchas épocas del año os conservo trabajando en mi casa por no dejaros morir? Porque tan abarrotados están mis almacenes que no necesito vuestro trabajo.

A.- Puesto a discutir, hay que decir la verdad desnuda, y ya que lo ha querido usted así, espero que tendrá calma suficiente para llegar al fin.

B.- Sí, tendré calma, con los locos hay que tenerla.

A.- Bueno, pues escuchad a este loco y tened en cuenta aquel adagio que dice: “Que los niños y los locos dicen la verdad”. Me habéis preguntado a quién robaron vuestros antepasados, a lo que contesto yo: Vuestros antepasados robaron a los míos. Hubo tiempos en que la superficie de la Tierra no fue total ni parcialmente de la propiedad de individuo alguno, porque los hombres, desconociendo el maravilloso procedimiento de la Agricultura, que multiplica la semilla que ha de servir para nuestra alimentación, a la superficie de la Tierra no le concedieron ningún valor, pues sobre ella se alimentaban al azar, de frutos silvestres, de la caza, o de la

pesca; pero viene la propia Naturaleza a demostrarle con sus corrientes fluviales, arrastrando semillas y tierras apropiadas para que en ellas, arrojadas a la orilla de los ríos, pudiera verificarse la germinación, observándolas los hombres primitivos, como también los que veían en las praderas, en el centro de las selvas, levantarse la tierra empujada por los tallos de las nuevas plantas, y estos hombres procediendo, quizás por instinto, hicieron ensayos con los cuales descubrieron esa fuente de riqueza que se llama Agricultura, empezando con este gran acontecimiento a conceder valor a la superficie del suelo, y hombres astutos y malvados ...

B.- ¿Pero a dónde vas a parar?

A.- A probarle cómo sus antepasados robaron a los míos. Hombres astutos y malvados, lo repito, que siempre los hubo, empezaron a apoderarse no sólo de la tierra, sino también del fruto ocasionado por el trabajo en ella ejecutado por los primeros esclavizados.

B.- Conforme con que ese sea el primer origen de la propiedad del suelo, pero ¿esas son todas las industrias existentes? ¿Y el subsuelo? ¿Y las industrias todas?

A.- La propiedad de todas las riquezas tienen el mismo origen: el engaño, la usurpación, la violencia.

B.- ¡Mientes! ¡Ni mis antepasados que poseyeron riquezas, ni yo que las poseo, engañamos ni usurpamos, ni empleamos la violencia contra nadie!

A.- ¡No miento! Lo que ocurre es que todavía a la verdad se la toma por mentira, y a la mentira se la respeta como si fuera la verdad. Los hierros y metales que se encontraban en las entrañas de la Tierra, no se conocían, desconociendo por lo tanto, sus Utilísimas

propiedades. Hubo observadores que, necesitando y apreciando la ductibilidad de unos cuerpos, la dureza y resistencia en otros, empezaron a clasificarlos y aplicarlos para satisfacer las necesidades de cada época, naciendo aquí el principio de la inicua propiedad sobre cosas que no la tuvieron, porque empezaron hombres, que para ello no podían alegar más derechos legítimos que los demás, a apoderarse de pedazos de la propia Naturaleza, que no se ofrece en pedazos a nadie, que se ofrece toda, sin exclusivismos impropios de su grandeza, que se ofrece a todos, para que por igual, conforme a las actitudes y aptitudes, al gusto y necesidades de cada cual, la gocen para su mayor bien. La Naturaleza es madre amorosa que no excluye a nadie de sus dones, siendo hermanos malvados, muy malos hermanos, los que toman de ella más de lo que les corresponde, más de lo que necesitan.

B.- Déjame de filosofía sentimental. Las propiedades como la industria, como la del comercio, son debidas al talento de cada cual, quien bien calcula, con imaginación privilegiada, consigue hacerse rico, y aquellas riquezas son tuyas, muy tuyas y legítimas. Lo demás es música celestial.

A.- ¡Qué bien argumentáis!... ¡Muy bien, con arreglo a vuestra situación! Pero no pensaríais así si examinarais las cosas desde el verdadero punto de vista. Las riquezas que poseen los que bien calculan, con imaginación privilegiada, no son tuyas, no pueden serlo legítimamente, puesto que en ellas está acumulado el esfuerzo de miles de millones de hombres de generaciones. Un hombre rico no podrá nunca decir sin faltar a la verdad descaradamente.: Esto que poseo es legítimamente mío, mientras no pueda decir: cuanto poseo lo he hecho yo, lo he producido yo, aquí nadie puso la mano, aquí nadie puso la inteligencia. No, no es tuyo el palacio suntuoso que

posee el gran señor cuando para edificarlo él solo hubiera necesitado vivir muchos siglos empleando todo su tiempo en rudo y fatigoso trabajo manual, sin que pudiera conseguir la belleza artística que para el detalle como para el conjunto pudieran imprimir diferentes artistas con aptitudes determinadas en cada uno de ellos. No, no es suya la complicada maquinaria que posee el industrial, cuando para llegar desde su principio hasta completarla y perfeccionarla, hubiese necesitado vivir miles, millones de siglos, entregado al penoso trabajo, proporcionando primero la materia prima, y siempre el esfuerzo intelectual, haciendo combinaciones, pruebas y múltiples rectificaciones. No debe ser de Fulano ni de la Compañía tal o cual mina de donde se arranca por legiones de obreros que dejan allí sus fuerzas y sus vidas, millares de toneladas de mineral; no debe ser aquel mineral del propietario o de la Compañía, que para arrancarlo hubiese necesitado mucho tiempo y muchas vidas. No debe ser el barco que, poderoso y arrogante, desafía las embravecidas olas del mar, ese barco que tiene de coste millones de pesetas, de la propiedad de tal sujeto o de la Compañía tal, de aquéllos que no fueron al bosque a cortar la madera del árbol corpulento, de los que no forjaron el herraje con que se reforzó, de los que no hicieron la maquinaria que lo anima, no deber ser suyo, puesto que para hacer esa grandeza flotante millares de obreros laboraron, pusieron su parte y vivieron en la miseria. Para terminar: Las riquezas actuales, lo mismo las naturales que las artificiales, no deben ser de nadie; de las primeras, porque la Naturaleza las ofrece a todos sin distinción; de las segundas, porque se han conseguido por el concurso de todos, los unos concurren con su inteligencia, los otros con sus fuerzas materiales, y puesto que a impulso de estas dos fuerzas se han producido, para el disfrute ilimitado de todos los

descendientes de los que aportaron y aportan con sus fuerzas creadoras debe ser.

B.- Si hubiese tomado en serio cuanto has dicho, ya hay rato que hubiese perdido el humor y la calma para escucharte; pero como tengo la seguridad de que deliráis, efectos de vuestra calenturienta imaginación; porque es imposible llegar a donde os proponéis, a esa época, a esa Sociedad en que la superficie del suelo sea de la propiedad de todos, en que las riquezas que se le han hecho y se le hace producir sean de todos; en una palabra, las naturales y artificiales, como decís, sean de la propiedad de todos, te he escuchado pacientemente para decirte al final que soñáis, que no puede ser.

A.- ¿Y en qué os fundáis para negarlo?

B.- Me fundo para negarlo: primero, en que si todos los propietarios piensan como yo, y sobre este punto, piensan y pensarán, antes nos habéis de hacer pedazos que consentir en que nuestras propiedades dejen de ser nuestras para ser de todos; segundo, en que para defender este derecho legitimado por todos los legisladores, hasta de los pueblos antiguos, ¡leed, leed el derecho romano!, se pondrán siempre a nuestro lado los Estados con sus núcleos poderosísimos de hombres armados, con instrumentos cada vez más perfeccionados, auxiliándonos los hombres de ciencias, si no por la razón, por el oro deslumbrador que poseemos, todas las fuerzas, materiales e intelectuales, estarán siempre frente a vosotros, de los cuatro predicadores del mal y de cuantos descontentos y envidiosos os sigan. Me fundo en que los hombres no pueden vivir en paz sin gobiernos porque se desbordarían en ellos todas las malas pasiones, los más bajos apetitos, y sin temor a nada ni a nadie cada cual daría rienda suelta a su ambición desmedida. Me

fundo en que los hombres sin creencias religiosas, sin temor de Dios, a quien como supremo juez tienen que dar cuenta de sus actos, no pueden vivir, porque como lobos carnívoros se lanzarían los unos contra los otros, sin temor a que una fuerza material, la del Estado; y a otra fuerza moral, la de la religión, los contuviera. ¿Qué tienen fuerzas mis fundamentos para negar vuestras pretensiones, para decir que no puede ser lo que deseáis?

A.- Para su modo de ver y apreciar las cosas tendrán toda la fuerza que queráis concederle a vuestros fundamentos alegados porque vivís en el presente y para el presente, deduciendo de él todas las consecuencias, estableciendo conforme a él todos los parangones; pero para mí y para cuantos como yo piensan, que vivimos en el presente para el porvenir, lógicamente y racionalmente ya bosquejado, como para cuantos estudien lo que fueron las humanidades que nos precedieron, para cuantos, aprecian imparcialmente el valor que tiene el recorrido que ha hecho el progreso en todas sus manifestaciones; para cuantos están atentos, concediendo la importancia que tienen las verdades científicas que los sabios diariamente nos muestran, vuestros fundamentos son muy débiles, no tienen fuerza alguna, quedarán rotos, deshechos por las fuerzas del huracán revolucionario que se desencadena a impulsos de imprescindibles necesidades que se imponen, porque la verdad, luminosa como potentísimo faro, guía al eterno caminante al puerto de salvación, a ese caminante extraviado en la noche también eterna de los siglos que pasaron, en la que debido a las tenebrosidades de las mentiras imperantes hicieron de él instrumento dócil, peldaño para escalar a su costa todas las alturas.

B.- Bueno, ¿y qué me dices con todas esas palabras?

A.- Os digo que ese caminante, que es el hombre ignorante y esclavizado de todas las edades, va viendo claro y se dispone a vivir mejor vida, que vosotros no podréis negarle conservando vuestros privilegios, porque todas esas fuerzas en que fundáis toda vuestra esperanza para la conservación y eternización de este orden de cosas, se van a deshacer, porque esas fuerzas las prestaban, como desgraciadamente todavía la prestan, esos ignorantes esclavizados, pero ya se disponen, escuchando a los cuatro predicadores del mal, como decís, estos cuatro predicadores que se multiplican, que aparecen como en la regla de interés compuesto, cada vez en mayor número, a dejar de ser esclavos e ignorantes y a emplear su poder en su defensa contra sus usurpadores. Esta sociedad está minada, socavada por sus propias crueldades, por lo inhumana.

B.- Exageráis demasiado, la Sociedad no es tan cruel, no es tan mala, da de sí para consolar a los que en ella tienen fe, conformidad en los que en ella fundan su esperanza; pero vosotros con vuestras rebeldías dejasteis de ser resignados, perdiendo la fe y la esperanza.

A.- Sí, hemos perdido la fe, se ha perdido toda esperanza. Se sabe lo mismo en las grandes ciudades, como en los pueblos pequeños, como en los campos tristes y desolados por la avaricia capitalista, que no hay salvación dentro de este régimen social, y todos, todos se quejan, nadie está contento, las causas se investigan y se reconocen, refiriéndose en donde quiera que hay seres humanos, y como las causas ya conocidas son una negra pesadilla, en todas partes se habla de ellas para execrarlas, para maldecirlas, prometiéndose trabajar sin descanso hasta conseguir un cambio de régimen, en donde todos, ¡todos! entenderlo bien, sean iguales y felices.

B.- Que el descontento reina, lo sé, porque somos demasiados los que exigimos asiento en el banquete de la vida; por la envidia de los

que nada tienen hacia los que tenemos algo, porque la Ciencia, a quien llamáis faro luminoso, nos haya sacado de la dulce esperanza en que vivíamos creyendo como nuestros mayores en un Dios de misericordia, consolándonos sólo con nombrarle, y conformándonos con sus disposiciones, en fin, por múltiples causas que todos conocemos, el descontento reina, y lo que llamáis el mal subsiste: ¿pero cómo salir de él? ¿cómo os vais a arreglar para hacer esa revolución transformadora del presente? ¿Cómo? ¿Cómo?

A.- Pues nos arreglaremos como se arreglaron los revolucionarios de todas las edades; laborando constantemente, sin arredrarnos frente a ningún temor, sin detenemos ante ninguna dificultad, predicando siempre con nuestra palabra y cuando podamos con el ejemplo, sumando adeptos a nuestra causa justiciera, enterando a todos de quienes son, haciéndoles reflexionar para que estudien las causas de su mal, y se dispongan a contrarrestarlas trazándose otra conducta en su vivir, proporcionándose diferente educación, inclinándolos para que sus hijos se eduquen en sentido contrario a como ellos fueron educados, pues si ellos lo fueron para esclavos, sus hijos han de educarse para ser libres, dueños de su albedrío, de su soberana voluntad, aplicada a su bien y en bien de todos sin sacrificar sus derechos.

B.- ¿Y eso se puede hacer así como lo dices y en dos días? Porque para efectuar ese cambio, medio siglo, uno, son dos días.

A.- Lo haremos así como lo decimos, pero sin medir el tiempo que hayamos de emplear. Eso nos trae tranquilos, quisiéramos que la transformación se hiciera en el momento, pero sabemos que no puede ser, no somos ilusos, vemos las cosas tal y cual están y sabemos cuánto hay que luchar para conseguir lo que nos proponemos, pero es mayor aún la fuerza que tienen nuestros

propósitos que las dificultades que se nos opongan y que el tiempo que medie hasta conseguir nuestros fines.

B.- Dices que no sois ilusos y trabajáis, lucháis, padecéis todo género de censuras, persecuciones, encarcelamientos y hasta el patíbulo funciona para algunos de vosotros, y todo por cosa que no disfrutáis, que no habéis de disfrutar. Eso si no es ser iluso, es algo peor, es estar demente.

A.- Dentro de vuestra pequeñez de miras no podéis llegar a comprendernos. Vivís estancados material, moral e intelectualmente. Nosotros gozamos ya la Sociedad feliz e igualitaria que defendemos, aún viviendo dentro de este régimen opresor y desgraciado. Vivimos en libertad con nuestro pensamiento en un mundo mejor. Nosotros contemplamos desde las pocilgas que nos sirven de morada, aunque invadidos por la miseria, corroídos por todas las enfermedades, en posesión de nosotros todas las epidemias, que le dieron entrada nuestra anemia y las pésimas condiciones antihigiénicas en que vivimos, como contemplamos desde las fábricas y talleres encerrados y tratados como en presidios; cómo desde el fondo de la lóbrega mina, cómo desde los campos haciéndolos producir, tratados como lo fueron los de la gleba; cómo desde el mar, prestando permanentes servicios, ayudando a transportar viajeros y mercancías; cómo desde las filas de los uniformados en las que nos hacen formar parte convirtiéndonos en autómatas; cómo del destierro, acosados por la influyente y perversa burguesía o sus secuaces; cómo desde la cárcel acusados como peligrosos y criminales, si les place; cómo desde el patíbulo a punto de ser ... acariciados por la mano del verdugo, desde todas partes, en medio de los más grandes apuros, sufriendo materialmente cuanto esa maldita organización social hace sufrir, desde todas partes,

repito, contemplamos la Sociedad del porvenir viviendo en ella espiritualmente, consolándonos en ella, en la que todos los bienes serán comunes, en la que no existirán fronteras, en la que ya no habrá perseguidos ni desterrados, porque vivirán en su tierra, en la que no existirán pocilgas habitadas por seres humanos, en donde se conjurarán la mayor parte de las enfermedades y todas las epidemias, teniendo todos a su disposición para combatir las los recursos cada vez mayores de la ciencia, en donde cada cual vivirá la vida amplia, grande, cómoda, sublime, como lo permitan los adelantos y conocimientos en todos los ramos del saber, sin ninguna clase de restricción.

B.- Veo que estáis aferrado a esa teoría de tal modo que no será posible atraeros al buen camino, al de la sumisión, aceptando resignados vuestra suerte, con razones; pero ya la aceptaréis obligados por la persecución, por el hambre y por cuantos medios coercitivos estén a nuestro alcance, pues estamos dispuestos a todo para defendernos, tanto es así que nos pondremos de acuerdo cuando tengamos necesidad de obreros para que hagan nuestros trabajos declararos el “Pacto del hambre” no admitiéndooos en ellos. Tomaremos nota de todos los que se llaman anarquistas, y estas notas estarán en todas las oficinas, dando en ellas relación a los encargados de reclutar a los trabajadores. Llegaremos a más: formaremos una compacta “Federación Patronal” y tomaremos acuerdos para multar con una fuerte suma al patrono que admita en sus trabajos a algún anarquista, y al intelectual, que esté fuera de nuestro alcance, es decir, al que se llame anarquista sin que tenga necesidad de acudir a nuestros trabajos, a ese, le haremos el vacío, boicotearemos sus producciones si a la literatura, al arte o a la ciencia se dedica, azuzaremos a la masa ignorante contra él, le haremos vigilar y molestar constantemente por las autoridades, le

estrecharemos haciéndoles imposible la vida. Haremos más aún: somos los propietarios, los contribuyentes, los que pagamos todos los tributos, los que lo pagamos todos, y como quien paga es el amo, nos impondremos a los gobiernos para que hagan lo que les digamos, para que se respete nuestra voluntad, así es que se harán leyes de represión cada vez más severas, para que deporten, encarcelen, ametrallen, a los que piensen en la anarquía. A todos los medios recurriremos para que si la razón no os ilumina que la fuerza os detenga, para que dejéis de pensar tan descabelladamente en contra de nuestros intereses y de los principios de este orden social que queréis destruir y que deben ser sagrados.

A.- Todo cuanto habéis dicho lo tenemos previsto considerando que en vuestro apego a los privilegios, en vuestra pasión por conservarlos, cegáis, perdéis el juicio con vuestra soberbia al ver al esclavo levantar su encorvado cuerpo y miraros de frente para exigir os cuentas, para reclamaros su derecho exigiendo una nivelación que los convierta en hombres, haciéndoos apeaar de vuestros pedestales. ¡Cegáis, perdéis la razón queriendo atajar el pensamiento, pretendiendo estancar al progreso! ¿Que nos declaráis el “Pacto del hambre” a los que nos llamemos anarquistas? Esa plaga no nos abandona ni trabajando, después de todo queremos entrar en situaciones más francas, de luchas más descaradas. Es preferible el que nos pongamos de frente a que tengamos que aparentar una conformidad y una resignación que no tenemos. ¡Usted no sabe, no puede saberlo, lo que sufre un anarquista convencido haciendo el esclavo voluntario, levantándose todas las mañanas para entregarse como una rueda más a la maquinaria, para golpear o surcar la tierra, para hacerla producir, para trabajar, en fin, durante ocho, diez, doce, catorce y más horas diarias, para recibir semanal o quincenal, o cuando el burgués o la empresa quieren hacerlo, unas monedas en

pago de todos sus servicios, con las cuales no hay que cubrir en la casa los más imprescindibles de los gastos que se han visto precisados a hacer! ¡Usted no sabe lo que sufre un anarquista convencido, sometido a todo género de calamidades, contemplando tanto lujo sustentado por parásitos, tantas riquezas amontonadas y acaparadas por holgazanes; tanto vicio despilfarrador en sus explotadores, mientras que en su casa reina la más espantosa miseria y entre los suyos se ceban, por la pobreza de medios de vida, todas las enfermedades, todas las desgracias, sabiendo como saben, cual es el verdadero origen de todas las riquezas y trabajando incesantemente para acrecentarlas! ¡Venga, venga, franca y abiertamente decretado ese “Pacto del hambre”! ¡Descartar de vuestras faenas agrícolas a los obreros que reconozcáis anarquistas! ¡Lanzadnos fuera de vuestras fábricas y talleres, de todos los lugares de explotación, pero tened cuidado en vuestra selección, mucho cuidado, porque no vais a dar con todos, porque son mayor número de lo que os creéis, porque la semilla se ha lanzado a los cuatro vientos y en todas partes el terreno está abonado para su germinación! Vosotros sois los que mejor habéis contribuido a esparcir la semilla con vuestras iniquidades, lanzándonos, por hacer reclamaciones justas, de acá para allá! ¡Aconsejar a los gobiernos, vuestros fieles servidores, que extremen su rigor, aplicándonos brutales leyes que confeccionen vuestros legisladores! ¡Apretad que así lo queremos, porque así se gastará más deprisa el viejo engranaje del mecanismo de esta sociedad! ¡Apretad, así verán más claro los que todavía no nos han comprendido la razón que nos asiste al ver cómo empleáis contra nosotros todas vuestras argucias y vuestro abusivo poder! ¡Pero, cuando desesperados, despreciando un vivir lleno de amargura, nos dispongamos a vender cara nuestra existencia, no quejarse si vosotros llegáis a perder también la

tranquilidad, si en el estertor de nuestras agonías, nuestras uñas crispadas se clavan en vuestras gargantas, si nuestros dientes al cerrarlos hacen presa en vuestras carnes.

B.- ¡No he oído en mi vida cosa igual! ¡Jamás esperaba que trabajador alguno se hubiera atrevido a decirme tanto! Así es que al llamarte hoy esperaba que hubieras sido juicioso, y con mis reconvenciones, te hubieras dejado de quimeras y hubieses seguido trabajando, conservando entre nosotros la mejor armonía; pero por la discusión que hemos tenido me he convencido de que somos enemigos irreconciliables, por lo tanto, no puedes continuar en mi casa.

A.- Somos enemigos irreconciliables, sí, y no crea que me apena dejar su casa ¡de los lugares de explotación no se puede llevar ni conservar gratos recuerdos! Vengan las 36 pesetas de los seis días que tengo trabajados esta semana, y ya que estoy fuera de aquí, y sépalo usted una vez más: que me voy dispuesto a seguir luchando por mis ideas, que son para mí el único consuelo que tengo en mi vida de esclavitud y miseria.

B.- Toma las 36 pesetas, y que sepas también una vez más, que seguiré defendiendo mis intereses, cuéstemelo lo que me cueste.

A.- Pues ya estoy en la calle. ¡Lucharemos!



LA NOVELA IDEAL

Regenerada por amor

Helio Fraterno

REGENERADA POR AMOR

Novela

Helio Fraterno

En la mañana calurosa que como presagio de la estación deja sentir sus ardores, los campesinos, afanados, se esfuerzan más y más por recoger sus mieses. Es menester bregar para que Febo con sus ardientes caricias no las reseque tanto que al cortarlas se quejen de su leñosidad y rueda por el suelo el dorado fruto de sus espigas. Las cigarras con sus estridentes y monótonos cantos ponen una nota de somnolencia a la escena y acostumbrándose a ella los campesinos no cejan y ni a escuchar sus cantos paran, según la prisa con que trabajan; cual hormiga que en verano trabaja porque el invierno es estéril, así el labrador suda su piel en esta estación para poder en la otra malcomer.

Aquí y allá un tajo y otro se extienden por la campiña que aquel año produjo óptima cosecha. En esta parcela tres campesinos forman toda la peonada. El de más edad ya ha entrado en la vejez y a duras penas soporta el trabajo agotador, y Luis y Evarista, dos jóvenes que jadean alegremente. Mientras trabajan recogiendo gavillas que ponen en haces, la conversación gira en torno de asuntos diversos y en su mayoría fútiles, adquiriendo él noticias de

aquel villorrio donde ha poco llegara. De vez en cuando se miran, como sorprendiéndose respectivamente y sucede que sus miradas siempre se encuentran examinándose el uno al otro; lo hacen con esa mirada, no indiferente con que pueden hacerlo ellos. Ninguno de los dos se conocía y la campechanería de él se había hecho ahora animada ya que Luis no se recataba de decir a la moza su hermosura, que ella escuchaba con la cara como la grana escondida bajo su sombrero de anchas alas. Un alto en la faena. Se disponen a apagar su sed con el agua reparadora de energías. Luis lanza al aire su sombrero y limpia su sudor; igual hace Evarista, descubriendo entonces un rostro bello como nunca; el sol había coloreado hermosamente su rostro.

—Me ha dicho Luis, tío Simón, que nació en este pueblo —inquirió Evarista.

—Sí, así es —asintió algo cansado el viejo—. Nadie mejor que él puede darte detalles de su vida, así como yo te los doy de su nacimiento.

No se equivocó el viejo. No lo decía sin más Evarista. Aunque no se habían visto más que aquella mañana, se había comentado por el pueblo su llegada y las mozas hablaban de su apostura de buen mozo, y lo que más comentarios atraía era no sé qué habladurías respecto a su modo de pensar y ser diferente de los demás y que ciertamente había levantando polvo entre la gente de bien. Y como a fruta vedada, Evarista quería saber el gusto de Luis.

—Sí —corroboró él—; yo nací en este pueblo, pero mis padres me llevaron consigo a Barcelona donde permanecí con ellos hasta ahora en que una enorme crisis nos ha lanzado fuera de dicha capital a muchos trabajadores, si queremos no morir de hambre.

Estas últimas frases no fueron entendidas por la moza.

* * *

Era Evarista de estatura más que mediana y en su cuerpo, de juventud lleno, reflejábase la plenitud de su salud y su hermosura, lograda en plena naturaleza y sin ninguna clase de afeitte. Sus ojos, como acostumbrados a mirar al infinito, parecen un abismo por su negrura; cara espaciada y morena, y aunque en sus andares no figuraba el puntilleo de la señorita, sí dejábase notar perfectamente el ritmo de su escultura, completada por las curvas de su músculos bien repletos a fuerza de trabajos realizados.

No era tan fina como una diosa, pero sí tan escultural, sana y de repletas carnes que le daban el aspecto de una de ellas. Huérfana de padres, vivía con sus tíos, el campesino Simón y Teresa su mujer, quienes tampoco tenían otra hacienda que sus brazos para ganarse el sustento, y ganaban su pan en unas parcelas arrendadas que les permitían ir comiendo a costa de muchos sacrificios. Su familia se reducía a una hermana, María, sirvienta en casa del cacique local, a la que la unía un verdadero amor fraternal, sólo posible entre aquellas dos criaturas tan nobles y sencillas; tal era la intensidad con que se amaban. Mientras vivieron sus padres la llevaron a la escuela del pueblo, donde demostró gran aptitud y afición al estudio, y su maestra la distinguía como alumna predilecta enseñándole cuanto la niña podía comprender, sin faltar la doctrina cristiana y las «demás virtudes que necesita una mujer de bien». Pero esta pobre educación tuvo que ser suspendida para principiar a trabajar. Ésa era la vida de Evarista. Luis había tenido ocasión de familiarizar con ella y hablar de diferentes asuntos, de contarse mutuamente sus vidas. El mozo, de veinticinco años de edad, era bastante alto y nada feo, antes viril, un poco moreno y sin llegar a ser un campesino de tipo

adusto y poco abierto tampoco podía contarse entre los señoritos de tipo cursi. Había pasado su juventud en Barcelona y teniendo por padre a un obrero emancipado e idealista, que con los escasos medios con que contaba, hábíale procurado una educación modesta, pero firme, lejos de todo confusionismo e inspirada en la misma Naturaleza. El muchacho correspondió y resultó aventajado; después fue creciendo y obligado a trabajar, aun bastante joven, comprendió rápidamente los problemas sociales más latentes e interesantes y por los cuales se decidió a trabajar. Aquella cultura que él había recibido ¡cómo empujaba ahora para poder armonizarla con la vida con la cual estaba en abierta pugna! Modesto y trabajador encontróse en el ejército de los parados y no dudó un instante en poner en práctica un plan de antiguo acariciado: pasar por el campo, penetrar en la vida rural para estudiar al campesino y propagar sus ideas. Y así lo hizo.

* * *

Tarde veraniega después de intensa jornada. Por el pueblo, después del trabajo, los campesinos, en corros, comentan. Un grupo de mujeres cuchichea intensamente.

—¿Has visto qué mozo tan guapo anda por el pueblo? —dice una moza morena a otra.

—Sí. Y dicen que ha venido a vivir aquí.

—Entonces, ya habrá tiempo de verle —comenta otra.

Tercia otra bajando la voz y como diciendo algo interesante:

—Es un hombre diferente de los demás.

—No sé en qué —interrumpe la primera.

—Mujer, no por fuera, pues aunque no está mal, dicen que tiene su modo de pensar... —Y ahuecando la voz y haciendo gesticulaciones, confidencia que es un hereje, un revolucionario y que no se para en melindres por nada, como lo hace el común de la gente.

Evarista forma en el corro y calla; cuando ve que la conversación degenera en crítica contra el mozo, sale en su defensa.

—¿Parece que estás interesada por él? —arguye una.

—¿Interesada...? ¡Phs! No —contestó poco decisiva.

La conversación giró sobre otros asuntos y Evarista pensaba que se había expresado de diferente manera de cómo su corazón le dictara. Había demostrado indiferencia, pero verdaderamente aquel mozo se había adueñado de su corazón, continuamente lo tenía presente en su imaginación y hasta retratado en las niñas de sus ojos. Podría ser que él estuviese lejos de sospechar tal cosa, pero hubo la campesina de reconocer que algo había de particular en él, pues le había hecho perder su habitual serenidad. Cupido, en medio del trabajo afanoso, del calor sofocante o en la espesura y frescura de la sombra, había disparado su dorada flecha y atravesado aquel corazón, pues tal debía tenerlo Evarista a juzgar por la congoja que experimentó después de esta conversación. De natural tan femenino como ella, había llegado a conocer el amor y era llevada por él como barco sin rumbo; tuvo que conocer el amor por su parte de sacrificio que no pocas veces le apretó hasta hacerla llorar sola en su habitación; y el peor mal para ella era el no encontrar manera de salir de aquel atolladero.

* * *

Calor en aquel día veraniego. Las postreras horas de la siesta son estorbadas por la conversación de dos jóvenes en casa de tío Simón. Son, indudablemente, ella y Luis, que ha aprovechado el rato para tener una entrevista con la moza. Como de sopetón se ha colado en aquella casa, dando un pequeño susto a Evarista a la par que un alegrón. Se han saludado, e invocando la amistad que los une charlan de cosas baladíes. La moza insinúa:

—¿Te aburres, Luis, en este pueblo?

—Bastante; y casi he perdido por completo las ilusiones que me hice al venir a él; si no fuera porque aquí hay algo que me fuerza a quedarme, ya hubiese desaparecido de él.

Ella vislumbra y cada vez se hace más curiosa.

—Sí, comprendo —dice— que encontrarás aburrida esta vida comparada con la de bullanguería de la capital.

—No es por eso; que a mí me encanta la tranquilidad y la paz de estos pueblos, pero me irrita ver la insensatez e incultura de estas gentes, que no hacen más porque nadie les hace ver más, y que tan cerradamente defienden, sin comprenderlas, sus estúpidas creencias y tradiciones. Te digo que si no fuese por algo más de esto, no podría vivir aquí.

«¿Será verdad —pensaba Evarista— lo que dicen de este mozo?» Pero luego se le desvaneció aquel pensamiento y pasó a otro, preguntando:

—¿Alguna moza casadera y de buen partido?

No contesta, como para ver el estado de ánimo de ella.

—O yo me engaño, o las señales e indicios que yo he visto son falsos, o entre tú y yo hay algo que nos une demasiado para callarlo.

Se pone la moza como la grana, la cabeza baja, al mismo tiempo que experimenta una nunca lograda sensación.

—¿No es cierto, Evarista, cuanto digo?

Levanta su mirada, muestra su rostro encendido y asiente, invitándole para que no alce la voz. No obedece Luis.

—No me engañé al decir que eras tú la que en este pueblo me retenía; son esos ojos, que cada vez que los miro me dicen algo sin hablar; es tu rostro; tu cuerpo; pero más tu espíritu, tu inteligencia rara entre las flores salvajes de las demás mozas; todo, en fin, me dice que haría un crimen dejando lo que ya hace tiempo vive entre nosotros. No necesito muchas palabras para decir con toda la verdad y con toda la sencillez estas palabras: te quiero; te amo.

Calló. Aquella llamarada salida tan de como un volcán de su pecho, le había tranquilizado, al mismo tiempo que parecía haber quemado o petrificado a Evarista, según lo encamada que estaba e inmóvil delante de quien tanto quería y a quien nada decía. Él continuó:

—Me lo decían tus ojos, cuando nuestras miradas se cruzaban y demostraban ansiedad tus palabras, cuando me defendías en medio de las que me criticaban... ¿No es verdad todo esto? —acentuó.

Algo repuesta, contestó:

—Cierto es que no me eres indiferente, Luis, y que delante de ti experimento una sensación de gozo y alegría que sin pensarlo se manifestaba fuera de mí.

—¿Querrá eso decir que me quieres tú, que me comprendes?

—Sí, esto es, y lo llaman amor. Te quiero, Luis) como tú has dicho me quieres a mí.

—¡Oh, nena mía!

—Nunca, hasta que tú viniste al pueblo y hablaste delante de mí; hasta que me miraste y mis manos en la rudeza de la faena se rozaron con las tuyas, había perdido la tranquilidad de mi ánimo, pero de entonces acá no es poco lo sufrido.

Se habían juntado sus manos y sus rostros transfigurados y lucientes no perdían palabra ni expresión alguna.

—Pero la tranquilidad ha vuelto ¿no? —preguntó Luis.

—Sí; experimento una alegría como nunca.

—¿Y por qué no me dijiste tu pena, y más siendo de amor?

—¡Oh, Luis, no puede ser eso... no puede ser!

—¿Quién te lo impedía? ¿No lo confesaste ahora? ¿Por qué tardar tanto?

—Hubiese muerto con mi pena antes de confesarlo primero que tú, respondió tímidamente.

—¡Qué barbaridad!

Y después de pronunciar esta exclamación se arrepintió, porque con una mirada al pasado de aquella muchacha comprendió que obraba como a su educación.

—¿Nunca más me ocultarás tus pensamientos y deseos, Evarista?

—Desde hoy, nunca —respondió.

—¡Pobre paloma! —decíale él—; lo mejor del mundo y tener que ocultarlo como una cosa vil y pecadora.

Y juntos sus rostros se prometieron amor y se lo dieron estampándose el primer beso que tanto a ella como a él les supo a gloria.

—Y más que esto hemos de querernos, que desde hoy quiero gozar completamente de la vida —añadió Luis.

—Mas dime, que tío Simón ha de levantarse y no quiero que nos sorprenda en esta conversación.

—Aun será mejor, Evarista; quiero que lo sepa de mis labios tan pronto lo vea.

Mas poco pudo y ya hizo marchar, aunque con dolor, a su amante antes que tío Simón despertase; con la promesa de verse a todas las horas, de contarse sus cosas y comerse a besos sus caras.

Desaparecido él, la alegría invadía por completo a aquella criatura que había logrado sacar de su pecho lo que tanto le dolía. ¡Qué ilusiones! ¡Con qué ímpetu, con qué sencillez de alma pura amaba a su Luis!

Mientras, éste caminaba calle abajo, pensando en la declaración de su amada: «hubiera muerto... primero que tú...», y comprendía hasta dónde encadenaban los estúpidos prejuicios que hacían de aquella criatura un ser desgraciado; pues educada en el ambiente general de la religión que acostumbra mirar estas cosas como «pecado» no podía constituir excepción, le alegraba ver el ímpetu con que amaba aquella criatura y no pudo menos de exclamar:

—¡Ay de ti, amor, que como cosa delicada y preciosa padeces la opresión, el robo, la explotación y la tiranía de los que te niegan la libertad!

* * *

Estrujados por lo juntos, se hallaban dos novios, en amena conversación bajo el amplio portal de un caserón principal. Ella, que no pasaba de los diecisiete abriles, era morena y alta, sus ojos negros y dulces y un ensortijado cabello negro servía de fondo a aquel hermoso rostro de proporciones justas. Su cuerpo de curvas y perfil intachables un poco delgado y de una cadencia y ritmo morunos, demostraban a la mujer todo fuego, todo ímpetu, pasión y amor que en la persona de María vivía.

Él, un mozo ancho, de cara recia y fuerte, curtido por el sol y el aire, con su cuerpo de atleta, está al lado como modelo de masculinidad, en parangón con aquella figura tan femenina de María. Sirve de mozo de mulas en aquella casa donde también María presta sus servicios de sirvienta y aprovechan sus ratos para hablar de sus cosas.

—Espero que estés preparada para ser mi esposa —dice él.

—¿Para fin de otoño?

—Sí, mujer, para fin de otoño, que ya tarda. Verdaderamente estoy impaciente por llegar. ¿No te pasa a ti lo mismo?

—Verdad que ya se acerca y hemos de prepararnos como Dios manda para casarnos. Sin embargo, otras veces lo he esperado y deseado más que ahora que por tenerlo tan cerca parece que lo toco.

—Faltan... —y, mentalmente, contó los días.

—Dos meses, que me parecen siglos —repuso Jorge—, que tardo en disfrutar de tus caricias y tus besos que has prometido darlos con largueza, para cuando nos casemos. ¿No es eso?

—Hubo tiempo en que no pensaba en otra cosa, pero ahora...

—¿No me amas, ya?

—No digo tanto.

—Parece que tu amor se ha enfriado, que ya no me quieres... —y cogiéndola de las manos la atrajo y la besó, como temiendo se le escapara tan sabroso bocado... y ella no rehusó, sino que con los hechos se pronunciaba en contra de las palabras.

—Pues parece que mientes; por lo que veo, todavía me quieres, ¿no...?

—Sí, Jorge, te quiero y te seguiré queriendo. Ya sabes que entre tu amor y el de mi hermana Evarista discurre mi vida feliz.

—No comprendo tal actitud tuya. ¿Me prometes ser siempre la misma?

Contestó afirmativamente ella y no quiso instarle más. Cuando se hubieron despedido, el mozo no dejó de pensar la sequedad de su novia. Tan comunicativa siempre y que parecía un volcán por su calor en las conversaciones y que su fuerza de amor podría difícilmente compararse a ninguna de las otras mujeres del pueblo, ahora se encontraba sombría, poco comunicativa y tristona. De nada podría quejarse a su novio, pues los dos se correspondían con un amor intenso como si estuvieran hechos el uno para el otro; pero con la fuerza de amor que salía de María, única en estas cosas.

Van en pelotón, con su hablar precipitado, bullicioso, incoherente, lleno de gracias picarescas para las mujeres que, asidas del brazo, forman una pequeña barrera delante de ellos que contemplan sus magníficas formas; los otros, en unidas parejas como las tórtolas, susurrándose al oído gratas noticias, avanzan todos hacia la espesura del soto donde han de pasar aquella tarde de asueto. Llegados, extienden por el suelo las provisiones y formando corro tratan de apurarlas.

Luis, Evarista, Jorge y María, sentados junto al grupo más bullangero, ríen las charlatanerías de los mozos que sin cesar piropean. Devoran con apetito, y pronto las provisiones tocan a su fin, lo que hace que se muevan las lenguas en ininterrumpida charla. Éste suelta un taco, aquél una exclamación ante una mujer de buenas formas. El del piropo no cesa con su presa a la que parece quiere rendir.

—¿Parece que estás enamorado de esa mujer? —le dice Luis.

—¡Psh! Es una buena pieza —arguye por lo bajo, y encarándose con ella con ridícula insolencia de Don Juan le espeta—: Anda, dime que sí, pues si no me tendrán que llevar a casa muerto...

Ríen a carcajadas y burlones porque de aquel toско magín no ha salido la frase.

—No debéis burlaros —dice Luis—. Sé yo ciertamente que el mozo quiere a ella.

—No nos burlamos —arguye uno de cara amplia y pelo sedoso—, pero no deja de tener gracia que venga a decirle aquí a ésta que le quiere.

—¿Y por qué no?

—Porque no me parece este lugar el más apropiado para eso, pues estas cosas suelen decirse en otros lugares y particularmente.

—¡Bah! No comprendo por qué. Tú dirás.

—Seguramente —dice el otro— que tú, Luis, no dirás a tu novia en público lo que cuando os halláis solos debéis deciros.

—Yo —contesta—, en cualquier parte la digo cuanto tenga que decirla; y se reduce a muy pocas palabras: que la quiero; ahí está todo.

Forman apretado corro y escuchan a los que hablan.

—No me parece que eso sea así y más tratándose de un hombre como tú que no piensas como nosotros y a la fuerza tendrás que comunicar otras cosas.

—Por eso, pues, sólo tengo que decirla «amor mío». Vosotros sé que tratáis más que eso; que intervienen en vuestro casamiento, vuestra posición y vuestra familia.

—Todo es menester mirarlo, pues en los tiempos que corren precisa asegurarse bien —comenta uno.

—Mi modo de pensar, que tanto os trae y os lleva ¿qué opináis de él?

—¿Yo? Nada.

—Bonita contestación; suelen darla muchos que calumnian sin saber por qué.

Interviene María:

—Por lo que se dice por el pueblo eres... cómo diré... que expones cosas raras de la vida, del casamiento, de los curas, de los ricos, y otras.

—Pero, ¿son buenas o malas?

—¡Uy! —dijo una beata—. ¡Malas...! ¡Herejes, revolucionarias!...

—Eso es —corroboró María.

—Claro está que no pienso como vosotros, porque he recibido otra instrucción y me he criado en otro ambiente; pero nada quiero malo para nadie.

—¿Y para el cura...? ¿y los ricos...?

Detúvose, y luego continuó:

—¿Y para tu novia?, que también dicen que no te quieres casar.

—Opino que una cosa dañosa, inútil y criminal no querrás tú darla a ninguno, y como yo puedo probar que casarse es algo dañoso, inútil y criminal, por eso no quiero darlo.

—¿Ves? Ya lo dijo.

—¿Pues cómo estaría yo con mi novio si no hubiese de casarse conmigo?

Evarista escuchaba atentamente las razones de María que como dardos envenenados se clavaban en su corazón destrozándolo; y pronto diera con todo al traste, pues aquellas razones eran aumentadas por su educación religiosa y sus prejuicios.

—Si eso esperabas, María, ya lo dije; para estar tú con tu novio no necesitáis más que amaros y no comprendo que para estar y vivir dos seres felizmente necesiten otra cosa.

—Nunca seré de tu pensar.

—Poco o mucho ya convienes conmigo.

—¿Yo...?

—Sí, verás. ¿Qué prefieres? Casarte con Jorge que, al parecer, te quiere y no tiene bienes de fortuna, o con otro que no te quiera?

—¡Oh!, me casaré con él, pues me quiere; pero eso no dice nada.

—¿Y cuando os principiasteis a querer, cuando ambos os enamorasteis..., intervino alguien más que vosotros dos para quereros y gustaros?

—No; no... —asintió María.

—Luego, ¿para qué vais a pedir permiso ni explicaciones a una cosa que tan libre principiasteis?

—Sí..., pero para festejar lo tuvieron que saber tío Simón...

—¿Y si no os hubiese consentido festejar?

—Medios no nos hubieran faltado para hablarnos y querernos, y todo se hubiera arreglado..., y en último término... de alguna manera me hubiese casado con él, hasta a disgusto de casa...

—¿Ves? Ya coincides. Aun sin ahondar en nada en otras causas, con ese sencillo raciocinio adaptado a vuestra inteligencia, comprendéis la inutilidad del casamiento. Tú dices, María, que hubieses roto con ese formalismo de tus familiares, y ¿por qué no hacer igual con el cura?

—¡Uy! —gritó la beata—. Eso... eso es la herejía. Sin cura... sin cura..., eso sería como las mujeres malas, que se casan con quien

quieren y cogen y dejan a quien les da la gana, y entonces Dios no nos daría hijos, ni paz, ni tranquilidad.

—Para tener paz en el matrimonio, ten buena bolsa —arguyó un chusco.

—Si de las «mujeres malas» quitaseis el interés, la miseria o la degeneración, son los seres mejores de la tierra.

Una pausa. Por último insistió:

—Suponte, por último, que no quisiese casaros el cura.

Balbució y no se atrevió a contestar más que esquivando la contestación:

—Eso no pasará... no pasará.

Ante su último fuerte, no se atrevió a disparar María, vencida por ese prejuicio, por cierto tan bien conservado por la curia, que trata de envolverlo en misteriosas ceremonias que tapan la verdad a las inteligencias poco razonadoras y pobres.

—Ya no hay más —exclamó la beata—, que verdad es la fama que te dan en el pueblo.

Intervino Evarista:

—Luis tiene sus ideas, pero es bueno y no hay por qué echarle gatos a la cara.

—Sí, buena pareja os juntáis —insultó—; tú también harías como las «mujeres malas»: que tienen hijos sin casarse y los mantienen con toda frescura... que no dirá ése que eso es una buena acción.

—Tengo que decir que si por amor los tienen, no sólo es buena, sino muy buena.

—¿Muy buena?...

—No hay mejor acción para la mujer que ser madre por amor; creo que es el instante en que con más intensidad gozan todas sus facultades, si, como dices, éstas lo hacen por amor y sin prejuicios, o sea libremente: doblemente buena.

—A ese paso todo eso está bien y cosas más gordas con tal de hacerlas libremente y con amor.

—Eso es; acertaste —contesta vivamente—. El amor y la libertad: las dos palancas de un mañana futuro y cercano.

—Pues lo que es eso es una sinvergüencería, porque la mujer que no se sabe guardar, es una... —y no se atrevió a terminar la frase.

—Entonces, ¿qué pensáis de Tomasa, que alumbró antes de casada?

—No dejan de tenerla en cuenta el mosén y otras personas —adelantó la beata.

—Yo preguntaba vuestra opinión y no la de los otros —repuso Luis a la beata.

—Dios me libre de esas cosas.

Rieron los mozos a carcajada.

—No es cuestión de risa, muchachos; yo comprendo que estáis demasiado esclavizados por esos prejuicios. Después que amáis con tanta fuerza de pasión y hasta haríais sacrificios por conservar ese amor, como ha dicho María, os lo dejáis arrebatar por cualquier práctica «moral» que os imponen. ¿Para qué después de haberlo principiado libremente lo sometéis al consentimiento familiar, si vuestros familiares del amor nada han de participar? ¿Para qué

someterlo al cura, que dice os casa en nombre de Dios, cuando falta probar su existencia? Yo quisiera me dijerais en qué intervienen todos esos logreros cuando no sois felices en el matrimonio; si alguna vez vuestro hombre no os quiere, os maltrata o abandona, ¿podéis conseguir de ellos que vuelva vuestra paz, vuestra tranquilidad?

Viendo que escuchaban, prosiguió:

—Y ahora voy a probaros que os hacen mucho mal al someteros a su yugo. Los familiares os prostituyen, mirando más que os caséis con alguien que sea rico y pudiente, aunque sea malvado y no os tenga ningún cariño, sin importarles nada que padezcáis después, y el cura, representante de la sociedad de negreros más activa del mundo, que no se contenta con los infinitos bienes materiales que posee, pretende adueñarse de vuestras voluntades, engañándoos con trucos tan atroces como el matrimonio, en el cual presentan al amor, sus causas y efectos como cosas inmorales y, por tanto, prohibidas antes de la bendición nupcial, pasada la cual todo aquello pasa a ser cosa natural y lícita; pero todo ello a cambio de que les entreguéis vuestra voluntad y vuestra libertad; comerciantes seguros, que cambian barro, cieno, chatarra, palabrería y bendiciones por la libertad, voluntad, sangre, salud y felicidad de quienes se someten a su yugo. Os esclavizan y ¿aún seguís defendiendo sus creencias?

—¡Jesús!, cuántas herejías —interrumpió la beata.

—En algo tiene razón —arguyó un mozo con trazas de liberal—; que con dos bendiciones se llevan el dinero y no trabajan.

—Y las arras —dijo el chusco.

—Entonces, ¿qué dirían los del pueblo si alguna se casara sin cura? Dirían —prosiguió— que era la «amante», la «querida» de aquél —arguyó María, que puso dicha objeción—. Buen revuelo se armaría.

—Ése es, a mi parecer, el título más hermoso que puede caer sobre una mujer: llamarla querida, amada. Decir querida, amada, a una mujer, es y debe ser vuestro mayor deseo; ello representa que en el momento que la Naturaleza os puso en condiciones de amar, amasteis libremente, gozasteis del amor en el primer coito con vuestro amante y de él nació un retoño que después compartió el amor de los dos seres que lo produjeron; representa unión, besos, armonía, sostén de la vida conyugal que se rebela a las viejas formas, que nada más que disgustos han producido cuando el amor ha faltado; representa completa libertad para cuando aquél cese entre los cónyuges, pueda cada uno volver de nuevo a amar; representa tolerancia para cuando la Naturaleza falle en una de las partes, la otra no sea desgraciada en su contención, representa una armonía perfecta con la «ley natural», de la que nunca salimos, por ser la ley de la existencia.

Alguien sugirió que habría que partir para el pueblo. Los grupos principiaron a formarse y se encaminaron al villorrio que ya casi no se distinguía en el horizonte. Las opiniones principiaron a brotar espontáneas entre los que marchaban. Quien afirmaba que no estaba mal lo que exponía Luis y que era la pura realidad cuanto había expuesto; quien no podía comprenderlo, y las mujeres rechazaban la unión sin fórmulas, pero les sonaba muy bien cuanto se refería a la dicha y felicidad de los que bien se amaban. Seguro que María daría la opinión que había sostenido cuando hablase con su novio, y para saber la de Evarista, Luis le preguntó:

—Supongo que tú también opinarás algo de lo discutido.

—Yo, Luis, opino poco, y siendo que tú me quieres y yo también a ti, casi con esto nos basta.

—Sí, que el amor todo lo consume y purifica, y eso es precisamente lo que te pregunto. Espero que no tardarás en darme la contestación.

* * *

No tardó mucho la beatería del pueblo en saber concretamente algo de las ideas de Luis por mediación de las alcahuetas, y escandalizados con sólo oír sus proposiciones juraron declararle una guerra sin cuartel. Pasaban los días, y una tarde del mes de septiembre, en su declinación hacia otoño, cuando ya los campos principian de nuevo a verdear; los árboles, pasados los abrasadores rayos de sol veraniego, amarillean por el color de sus hojas y los frutales muestran orgullosos y ufanos sus frutos y Natura se muestra más rica en provisiones que nunca, por un camino sombreado de chopos y álamos caminan dos jóvenes con su andar cansino y perezoso de aquel que no tiene prisa en llegar a un punto.

—¿Qué es de tu respuesta a aquella pregunta que me debes?

—¡Qué cargado está ese melocotonero! —soslaya ella.

—¡Vaya! ¡Y cómo muestra ufano el fruto de sus amores!

—¿También los árboles tienen amores? —extrañó.

—Sí; en cierta manera podemos decir amor; crecen sus brotes; salen sus flores, y en su corola se realiza, ayudado por el clima, el acto de la fecundación, que da por resultado estos hermosos frutos, que dentro llevan el germen de donde saldrá el nuevo ser.

—Pero no se hablan, ni se miman, ni...

—Un amor más imperfecto, es eso cierto; pero también entre los seres racionales, que dicen son en evolución inmensamente más perfectos, hay quien reduce el amor a mucho menos que estas plantas. Toman la hembra, como lo hacen los pistilos; tienen su gineceo, la fecundan, como también ellos, y en vez de arrullarla, como el céfiro arrulla a las corolas y hace que se besen sus componentes, los otros, los racionales, la pisotean, la ultrajan, y cuando un nuevo ser viene al mundo, en vez de regalarle, como el árbol le regala con el extracto de su savia almacenada alrededor de su fruto, los abandonan y escarnecen. Unos, por convencionalismos, le niegan, apenas nacido, el primer néctar de vida; otros se avergüenzan de haberlos tenido, y todos o casi todos se entregan a falsas rutinas por imposición de quien manda hasta en amor. Pero yo, como los pistilos, amo a mi gineceo, pero con un amor verdaderamente más intenso y más perfecto. Mira, ve una flor. Contempla lo que te digo: está realizando el acto de su amor.

—Es bonita, ¡eh!

—Sí; yo represento esta parte, estos hilillos que se inclinan, amorosos, hacia este otro central que espera, cariñoso, su dulce beso, y hasta parece que se quieran abrazar, ¿verdad?

—Sí —contestó secamente y algo encarnada Evarista.

El mozo, entusiasmado, no lo notó.

—Tú representas este hilillo central que, amoroso, recibe tantas caricias —y volviéndose—: ¿te gustaría que representásemos a la flor? —y la abrazó y besó con el mismo entusiasmo que había puesto en la explicación.

Ella dejó hacer, y por fin no pudo por menos de expresar un mohín de disgusto.

—¿Qué te pasa, querida?

Por toda contestación, recibió un llanto profundo, sollozante y desesperado.

Amoscado, Luis, volvió a preguntar:

—Pasa algo nuevo, a no dudarlo; ¿puedes decírmelo?

Repuesta un tanto, respondió:

—No es nuevo, sino que ya se vuelve viejo. Tu amor hacia mí y el mío hacia ti por un lado, y por otro esas «cosas raras» que expones y la presión que me hacen por otro, hacen de mí una verdadera desgraciada cual otra no haya.

—Pero yo estoy ignorante de eso; explica, que ahora veo algo.

—Desde que ha habido conocimiento de ti y de tus ideas, en este pueblo se ha formado un frente contra ti, o mejor dicho, contra mí; han amonestado a todos los que contigo van en compañía, y eso ya habrás podido observarlo.

—Sí, en eso ya estoy de vuelta; y parece que también para ti llegó algo.

—A Jorge le hubiesen despedido si hubiese seguido más tiempo en buenas relaciones contigo.

—¡Canallas!

—Y a mí...

—¿Qué?

—Continuamente me acechan, me halagan con otras cosas, no me dejan con sosiego.

—Pero puedes resistir, según supongo, pues se trata de tu amor.

—¡Ay, pobre de mí! Han buscado precisamente a mi hermana María como instrumento, y el amor que le tengo me pone en un aprieto. Sin embargo, yo hago caso omiso de todo eso, y ahora, después de darte las gracias por tu advertencia, pido tu parecer.

—¿Mi parecer?

—Sí; porque el de los demás me interesa poco; de tal manera, que según tú hables, así obraremos —y nuevamente se puso a llorar.

—¿Es que ya se ha apagado aquel fuego que ardía en tu pecho? ¿O he sufrido yo alguna equivocación?

—No has sufrido equivocación, Luis; te quiero... pero tus ideas, mi familia, los del pueblo...

—¿Y tú?

—Mis creencias, mi educación, te rechazan, Luis. No puedo... no puedo... Dejemos lo empezado, separémonos y olvida...

El mozo, con la vista desencajada y los brazos extendidos alrededor de su cuerpo, adoptó una resolución:

—Puesto que veo eres prisionera, en el verdadero sentido de la palabra, y careces de libertad, y así me lo pides, separémonos. ¡Llegar a estos extremos después de tanto tiempo! Nunca perdiste la libertad conmigo. Usa de ella conforme a tu voluntad, pues cualquier cosa que salga de ella será mejor cien veces que las mil leyes y razones que yo podría aducirte para obligarte a seguir conmigo.

—¿Y tú, Luis?

—¿Para qué te preocupas ya de mí? En cuanto a mí, como mi voluntad y mi libertad, expresión de mi ser, manifiestan que te quiero, seguiré amándote hasta que cese el fuego que en mí arde.

Volvieron al camino, hablando como dos amigos y apurando las heces de la copa de su dolor. Anocheceía y sus pasos seguían cansinos y perezosos como habían sido antes; la campana de la torre mayor llamaba a los fanáticos, y el mozo, pensando que en aquel momento y en aquel lugar se reunían los que eran responsables de su dolor, maldijo cuanto el tañido representaba y cuanto su mente deprimida le puso por falaz y embustero. Se despidieron.

En adelante, dedicóse al estudio durante los ratos que dedicaba a su amada, después de los escasos días que encontró ocupación para sus brazos.

* * *

Por la calle baja un señor vestido elegantemente que acompaña a otro de cuyo vestido no puede decirse lo mismo, aunque la decencia en él no falte; se encaminan a una casa y decididamente entran en ella. Pasada media hora, han salido, y algunas «señoras vecinas» comentan:

—¿Viste al señorito Juan con otro que bajó esta mañana?

—Sí, desde la ventana. Han entrado en casa del «Renegau». Era un pretendiente de Evarista, que bien acompañado llegó a este pueblo.

—Siempre hay quien tiene suerte. Por cierto que la moza no me va a mí que ha sido desgraciada con ese otro mozo que andaba. Pero ya le dejó, e hizo bien la chica.

—Mas hay quien se va y vuelve...

—Pero lo que es ese mozo, ya no vuelve más... Estoy bien enterada que no ha mucho partieron ya.

—Pues al otro, al nuevo, lo ha despreciado.

—¡Eh!...

—Sí; la moza está huraña; los ha recibido muy bien, pero no los ha despedido tanto —y asombrada, extrañaba el caso con estas palabras—: ¡Siendo rico, no gustarle! ¡Qué cosas!...

Y la otra añadía:

—Y buscado expresamente por haber dejado al otro; porque yo lo sé bien; personas honradas se lo prometieron, y lo han cumplido.

* * *

La mañana es tranquila y prometedora de buen día, de día soleado y templado, que suelen abundar aunque avance el otoño hasta tocar el invierno. Las casuchas del pueblo dejan escapar por sus chimeneas los residuos de la combustión que en sus hogares se realiza; los sembrados verdean, y por una vereda avanza un hombre, carabina a la bandolera, hacia el pueblo. Pasa una calleja triste, y al volver de una esquina penetra en una casa sencilla. Una mujer de avanzada edad sale a su encuentro, a quien entrega un papel escrito.

—¿Qué es esto?

El hombre titubea...

—¿No sabe usted mismo leérselo?

—No; pero...

—Evaristaaa..., baja —manda la vieja.

El hombre calla y contiene su aliento.

—Lee lo que trajo el guarda.

Apenas la joven puso los ojos en el billete, palideció y dio en tierra con su cuerpo sin que pudiera impedirlo nadie.

—Un poco de agua...

Evarista despertó gimiendo:

—¡Mi hermana! ¡María! ¡Dios mío!

—¿Pasará algo grave? —y también rompió a llorar la vieja.

—Sí —respondió acongojado el guarda, que, tan pronto como las «gimientes» tuvieron socorro de sus vecinas, salió disparado como cohete.

Revuelo en las vecinas, que acuden presurosas tan pronto se enteran de la noticia. María ha muerto. Y la noticia corre como reguero de pólvora por el pueblo. Los campesinos después comentan que ha sido encontrada ahogada en el remanso de un río que corre a una hora del pueblo y da fertilidad a la campiña.

—Ha sido encontrada —dice un joven a otro— en el recodo del río junto a la bajada del camino vecinal en el monte vecino.

Y después la prensa, con su noticiario de sucesos: «El 15 de noviembre fue encontrada una mujer joven con las faldas atadas y ahogada en el río..., y se cree que los móviles que la indujeron al suicidio fueron cuestiones amorosas.»

Después aun, el informe del Juzgado, que decía en parecidos términos: «Ha sido encontrada muerta por asfixia... y practicada la

autopsia a que se refiere... encontrándose la víctima en estado de gestación avanzada... su feto, varón, de siete meses..., y a continuación los demás informes.

Tres campesinos van hacia el pueblo próximo acompañados de cerca por otro grupo más numeroso. Son Teresa, Evarista y tío Simón, que luego son alcanzados por los otros, entre los que figura Luis, que, enterado del suceso, decidió ir al pueblo próximo para asistir al sepelio. Pasadas las ceremonias religiosas, a las que, naturalmente, Luis no asistió y en las que el clero acompaña a sus víctimas entonando cantos fúnebres que aterran a los campesinos, volvieron a su pueblo natal.

El vecindario quedó consternado, y el dolor sentó sus reales en casa de tío Simón. Un mozo de mulas se desgarraba más que lloraba, y su dolor no podía pasar desapercibido por sus compañeros.

Explicaba Luis a un vecino:

—El hecho es un desenlace trágico de una muy buena acción, sobre la que más recae la tiranía clerical y la incultura nuestra. La muchacha háse visto embarazada, pues de natural muy amante y hasta sincera, no dudó en entregarse a su novio, y cuando en su estado recapacitó las consecuencias que, según su educación, sacaría la gente de su acto, la invadió el desespero y no dudó en quitarse la vida.

—¿Y nadie se ha enterado de su estado?

—No. Ya sabe el gran empeño que en ello ponen las solteras embarazadas, por creerlo no sólo un pecado, mas también una deshonra; una mancha además para cuando hayan de reanudar nuevas relaciones sexuales con otro, que lo menos que exige, es que

su presa sea virgen. Pobre víctima —acabó Luis— inmolada en principio por tu educación y terminada de matar por el mundo estúpido que te rodea, ¡salud!

* * *

El dolor de Evarista fue grandísimo, hasta llegar próximo a la locura. En su desespero, veía rotos todos los hilos que la unían al vivir. Había sido como un tremendo golpe dado en lo más vivo de su ser que la había dejado sin conocimiento y sin fuerzas para emprender de nuevo el camino hasta entonces seguido. Sin embargo, pausadamente, su estado orgánico mejoró y consecuencia de ello su dolor menguó. Principió meditando su situación y las circunstancias de la muerte de su hermana, mas al llegar a este punto, todo se embrollaba y no daba con la razón.

Por la tarde de uno de aquellos días recibió la visita de Luis, que se asociaba a su dolor y procuraba infundirle esperanzas y ánimo ante un hecho consumado e imposible de remediar.

—Cierto es que si bien examinas, Evarista, principiarás a ver los responsables de tu dolor.

—Sí —dijo ella secamente; y calló.

El mozo pensó que pudiera aquello terminar quejándose del novio de su hermana, como en tales casos sucede, y casi se arrepintió de haber insinuado nada.

—No creas que puedo seguir, como hasta ahora he seguido, tan lejos de la realidad.

—Entonces...

—Me he preguntado, al no ver remedio a este hecho, ¿qué motivos, qué causa, qué cadena llevó a mi hermana al suicidio?

—¿Y qué conclusión sacaste?

—Tuve a bien concluir que, sean ellos los que quieran, no pueden ser nunca buenos.

—Entonces, ¿encontraste?...

—Encuentro que como ella murió por la creencia de que el concebir y parir una mujer soltera y virgen era un pecado, una deshonra, y fue una cadena que le sujetó la razón y la llevó al precipicio, esa creencia forzosamente es criminal.

—Cierto, Evarista, cierto. No sólo es criminal para ti, porque estás bajo el peso del dolor, sino que porque conduce a la muerte, que es antítesis de la vida, y la vida es expresión de la Naturaleza en su grado más perfecto de evolución; por eso es inhumana, antinatural y criminal. ¡Y qué sarcasmo! Una práctica a quien ellos llaman moral, se opone a la conservación de la especie y destruye el apoyo mutuo de cuya bondad no puede dudarse.

—No quiero decirte más —habló Evarista—, sino que encuentro responsables a los que tan hábilmente llevaron a su víctima al precipicio, encarnados en los hombres que predicán las doctrinas que yo antes sustenté.

—¿Dices esto de corazón, Evarista?

—¿Y por qué no? ¿No es acaso ésta la hora de la verdad?

—Sigue, pues hallarás en mi pecho descargo al tuyo.

—Muchas veces acá he pensado en los conceptos e ideas que tú has venido sosteniendo, y veo que se ajustan a la realidad. Ha sido

menester que sufriera un golpe tan rudo y fuerte como el mío para que todos aquellos títeres que sobre mi cabeza se sostenían, al recibir la sacudida, rodasen por tierra.

—¿Comprendes algo ya de lo que te dije?

—Hoy veo claramente la esclavitud a que conducen las ideas religiosas, sus prácticas y tradiciones, y el veneno que almacenan en las conciencias, solamente mirando al hecho de que esa criatura, la más buena de cuantas yo he conocido, haya perecido por ese estúpido prejuicio aceptado por el común de las gentes.

—Sigue más, porque parece has aprovechado.

—Sólo me resta decir que yo, pobre muchacha enfangada como tantas otras en tantas aberraciones y contrasentidos, reniego de todos ellos como criminales.

—Todas las mujeres debiérais hacer así, pues a vosotras es a quien más encadena y tiene en constante dolor.

En la habitación contigua se oyeron pasos; una mujer de rostro blanquecino, vieja y con olor a cirio, rosario en mano, avanza, y mirando a los dos jóvenes, saluda en nombre de Dios. Da su pésame a estilo de su tipo:

—Tan malos están los tiempos, hijos míos, que ya nada ha de extrañaros; la vergüenza, el pudor y el santo temor de Dios, no se conocen, y el recato de las doncellas (ya entró en el tema) es mancillado públicamente.

Luis se revuelve en la silla. La beata lo mira y calla; los dos jóvenes cambian una mirada. Sigue la beata:

—El caso de tu hermana, hija mía, es un caso...

—Sí —interrumpe Evarista—, un caso del que...

Alentada que se cree la vieja, quiere finalizar:

—En que antes que verse deshonrada, ha preferido morir...

—Tienen ustedes toda la culpa, entera responsabilidad —finaliza ella.

—¡Nosotros!...

—Sí, ustedes. Su estúpida educación religiosa, que cayendo sobre mi María, esclava por su ignorancia, la llevó al suplicio.

—¡Nosotros!... —exclamó más extrañada la beata.

—Venga acá, vieja de cirio —interesó Luis—.

¿Quién le ha dicho a usted que es deshonra ni que es menester morir por hacer una acción que usted misma ha hecho?

—¿Yo?...

—Sí, usted. ¿No engendró y parió usted?

—¡Jesús! —y se santiguaba—. Yo no he tenido ningún pecado que confesar; me casé como Dios manda, y Él me ha dado mis hijos.

—¡Reptil venenoso! ¿Engendró usted de diferente manera que las demás mujeres ni ha visto que nadie tenga hijos sin la intervención de un varón? ¿Acaso porque usted recibió la bendición nupcial se cambiaron las normas naturales en usted y en tantas bobas como usted?

Se volvió a santiguar, miró la puerta... y se marchó.

—¿Viste cuán poco resisten esas doctrinas cualquier dificultad que se les oponga?

—Sí, ya marchó.

—Cuando encuentran alguna dificultad, algo duro que analice sus creencias, en vez de dejarlas ver como mercancía averiada que es retirada antes de someterla al laboratorio donde ha de verse su falsedad.

Nuevamente pasos en la estancia. Esta vez entra un ensotariado: mosén José. Saluda en nombre de Dios. Diplomático y no tan fanático como la vieja, consuela a Evarista con un sin fin de promesas utópicas y al mismo tiempo le recuerda si quiere algo para el alma de su hermana.

—Hoy no puedo pedirle ni encargarle nada, pues sería pedir un imposible; hubiera podido pedir algo antes y fuera de provecho... mas hoy...

Sospecha el cura.

—¿Acaso olvidas, hija mía, que aunque fue pecadora, Dios la habrá perdonado con su infinita misericordia?

—¿Que fue pecadora? ¿Qué quiere decir con esto?

—La maldad es grande sobre la tierra, y el demonio, continuamente tentando a las almas, encontrando flaco en la de tu hermana, la tentó y cayó...

—Sí que cayó, pero fue en vuestras garras, ¡miserable! —gritó Luis.

El de la sotana se amoscó y, sin embargo, expresó severo:

—Nuestra misión no es perder almas, sino salvarlas.

—No creo en la existencia del alma —afirmó Luis.

—Cuando acusó usted, bien convino en que existía.

—Me refería, no a ese ser independiente y fingido, creado, según dicen ustedes, por Dios y que está en la materia, cosa imposible, sino a la serie de manifestaciones de la vida, a sus facultades de expresión y a cuantos fenómenos vitales constituyen la característica de un racional, y cuya misión de ustedes es robarlas, matarlas y destruirlas.

El cura no quiso entender, y dijo:

—¿Para qué queremos los cuerpos?

—Para robarlos, mancharlos con vuestra baba y escarnecerlos delante de los que siguen vuestras infames doctrinas, a quienes dejáis aterrados.

Contrariado el mosén, cambió:

—No comprendo, hija mía, que hayas olvidado la palabra de Dios y su santa ley.

—Lo que yo no comprendo —respondió—, que por esa que llaman santa ley haya ido esa criatura al trágico fin de su vida. Y aún comprendo yo menos cómo tenemos paciencia para aguantar sus insultos y atrocidades.

—Cumpló con mi santa misión —agregó, severo, el censurado.

—Misión santa, sí; pero significando la palabra recogida, oscura, tenebrosa y por tanto nada clara; misión torpe de esclavizarlas y encerrarlas en estrechos moldes para que antes que vivan revienten; por lo menos, aunque ignorándolo, dijiste la verdad.

—¡Márchate, cuervo hambriento! Ya que hiciste la víctima, no queremos que te la comas.

—¿También tú me despides? —insinuó a Evarista.

—Y más que Luis, pues, si pudiese como él, no os marcharíais de balde.

Entendió el zorro, no esperó más y marchóse.

—Este pajarraco ha costado más...

Debido a su excitación, Evarista amparóse en los brazos de Luis, quien la consoló, con la promesa de no separarse de su lado en toda la tarde, por si se habían propuesto, viéndola débil, rendirla de nuevo.

Es ya anochecido y por la ventana se nota el paso de una sombra que atraviesa la calle y luego oyen que penetra en la casa.

—¿Otro intrépido? —comentan ambos.

La puerta se abre y por ella entra Jorge, el mozo de mulas, novio que era de María; viene azorado y no sabe cómo principiar. Luis le recibe.

—¡Hola, Jorge! ¿Hay salud?

—Sí —contesta azorado—. Venía... vengo... aunque sea por última vez, a despedirme de vosotros y de tus tíos, Evarista...

—¿Te marchas?

—Sí, claro...

—Pues, ¿y la yunta?

—Acabo de ser despedido ahora mismo, y quiero partir mañana de este pueblo, al rayar el alba.

—¡Malditos! —gritó Luis.

—Ya sé... Allí mismo me lo han dicho, que, por mi culpa, tu hermana...

—¿Qué?

—Que murió... Lo dice el pueblo, lo han dicho en casa del «señor», en donde estaba el mosén, y no quiero marchar sin despedirme de vosotros y pedir os que no me tengáis rencor...

—¿Por qué, Jorge?

—Por eso precisamente.

—Yo, por mi parte, a quien más interesa, siendo su hermana, no sólo no te lo guardo, sino que me inspiras compasión. ¿Que no has sufrido y llorado su muerte?

—Ha destrozado todo lo que soy y valgo.

—¿Y por qué quieres aumentar aún más ese dolor?

—Para pagar esa deuda...

—¿Has hecho algo malo tú, Jorge? —le dice Luis—.

Siempre noté que vuestro amor era grande, que tú la respetabas y amabas como una reliquia. ¿No fuisteis el uno del otro y gozásteis el amor por el amor intenso que os teníais, sin pensar en crímenes ni vilezas?

—Los dos fuimos el uno del otro libremente y nunca tuvimos ningún disgusto; por eso su muerte me sorprendió como si cayera sobre mí un enorme peso. Sólo que las cosas están así...

—Es preciso luchar contra eso; no puede uno dejarse llevar por esa corriente que en la mayoría de casos conduce al precipicio.

—¿Pero quién tapa la boca...?

—La boca ajena nada te importe si tú obraste con libertad. Tú nada hiciste con ella que no fuera dictado por el amor, ¿no es cierto?

—¡Sí! —respondió enérgicamente Jorge.

—Entonces —agrega Evarista—, nada he de perdonarte y tú no tienes por qué arrepentirte. Además, que en eso de arrepentimientos y perdones nosotros no hemos de mezclarnos, pues ello deriva de cosas enteramente falsas, amado Jorge.

—Yo vine aquí acongojado, y ahora veo que vosotros me habéis reanimado.

—¿Y por qué estabas acongojado?

—Parecía que la gente me hacía un vacío que yo no podía aguantar, y ahora encuentro amparo precisamente donde menos lo busqué.

—Nada te extrañe, pues todos no somos iguales ni tenemos iguales ideas y pensamientos.

—¿Es que tú, es que vosotros hacéis eso por las ideas que alguna vez expusiste, Luis?

—Naturalmente, ya que este proceder deriva de aquellas ideas, así como el otro, el que determinó el fin trágico de aquella criatura, derivaba de las otras.

—¡Porque son éstas, pues, las que la mataron, yo, aunque ignorante, las maldigo y detesto!

Las huellas del dolor desaparecieron con el tiempo.

Juntos, Luis y Evarista.

—Ahora que comulgo en todo contigo, no puedo por menos que pedirte me dispenses y perdones aquel desprecio.

—Yo no debo perdonar nada...

—¿No?... —y lo mira ansiosa con sus grandes ojos.

—No, porque comprendía que tu corazón estaba prisionero y que, además, tenía tendencia a volver a mí.

—¿Cómo lo notabas?

—Por la fuerza que desarrollabas por salir del atolladero. ¡Ah! ¡Qué bondad de hombre! Te advierto que nadie en el pueblo hubiese hecho lo que tú en estas circunstancias, pues a una ruptura pasada hubiesen exigido reparaciones.

—Pero yo, que de veras te quiero y quiero igual tu libertad, no podía hacer eso...

Y juntándose en un prolongado beso, se separaron del mundo y transportáronse a otras esferas.

—¡Qué feliz me siento a tu lado, Luis!

—¿Verdad que nada empaña ya el ambiente?

—Nada; de nuevo he vuelto a gozar la paz interior de antes, pero aumentada.

—Bien lo veo reflejado en tu rostro, que, dicho sea de paso, es encantador. Pero dime —insiste Luis—: ¿es verdad que en todo estás de acuerdo conmigo?

—¿No eres tú mi amor, Luis?

—Claro que sí.

—Porque yo creo que para amarse dos seres tienen que latir al unísono sus corazones y aunar sus voluntades de forma que, sin confundirse, formen un todo armónico.

—¡Qué preciosidad de criatura! No creí que adelantaras tanto.

—Y cuando estaba tan separada de ti, ¿verdad, Luis, mi querido Luis?

—Sí, mi querida Evarista. ¿Ya no te ofende esa palabra?

—¡Ah! La deseo con todo lo que soy...

Y, unidos nuevamente, confirman a besos lo que se dicen.

Luis no se cansa de preguntar:

—Dime, ¿cómo me quieres?

Ella, con los ojos fijos en los de él y los brazos en su cintura:

—Te quiero como puede querer la criatura más pura y más amante del mundo; como a macho hermoso y perfecto; como a mi maestro que me ha enseñado a amar libremente; como a mi libertador que me sacó del fango de la esclavitud e ignorancia en que estaba y me encaminó a mi emancipación moral; como a novio que respeta mi libertad hasta el punto de sacrificar su amor a ella, y, finalmente, como una mujer que nace a la nueva vida despertada por la sacudida que en ella produjo la podredumbre de esta sociedad.

—Has dicho bien, Evarista. Regenerada por el amor, por tu confianza en el que, aunque aparecía envuelto en raras convicciones, te amaba, has logrado subir la cuesta y apartarte de la corriente de esclavitud moral.

—Sí, Luis; ahora viviremos el amor en toda su intensidad y seremos un ejemplo viviente en medio de tanta apatía e incompreensión como nos rodea.

Se abrazaron, y Luis dijo:

—Que ésta sea la única ceremonia exterior de lo que únicamente es necesario para vivir felizmente su vida conyugal dos seres; que ésta sea la eterna muestra del amor que ya hace tiempo los unió...

—¡Sí!... —balbució ella, que ansiosa y emocionada esperaba el beso que los uniría...

* * *

En casa del tío Simón la familia ha aumentado. Los campesinos ven un mozo moreno y alto que, con trazas de buen trabajador, responde al nombre de Luis, acompañado de otro más robusto, de porte de campesino, con su espalda ancha, la expresión de bondad en su cara, quienes diariamente van y vienen al campo para realizar los trabajos que el cultivo exige.

Algunos se hacen cruces no pudiendo explicarse aquello, y la familia vive rodeada de curiosos. El tío Simón, ya viejo, no sale de casa; sus energías, gastadas a fuerza de tanto trabajo, no pueden ahora ni darle el consuelo de morir de cara al campo, donde pasó su vida, que, aunque poco agradable, parece que espera para extinguirse el último vale dado al terruño que fue su compañero inseparable.

Cuando los jóvenes vuelven del trabajo, pregunta entusiasmado por todos y cada uno de los pormenores de sus plantas y sembrados, por las condiciones de las tierras, y los muchachos satisfacen su curiosidad como mejor pueden.

—¿Sabes, Luis, que he tomado una resolución? —dijo Jorge.

—¿Qué resolución, amigo?

—De hoy en adelante podrás llamarme pariente o como mejor te parezca, pues he decidido, si vosotros lo consentís, pasar mi vida con vosotros, como un vástago más de la familia.

—A mi parecer, no hay ningún inconveniente; siempre quedas en libertad para volver a construir tu hogar, si así lo deseas.

—Difícilmente será así, pues la huella de dolor dejada por la desaparición de aquella criatura solamente con vuestro cuidado podrá curarse.

Evarista lo acogió bien, igual que tío Simón y su esposa Teresa.

—Así, entre todos formaremos un frente contra esa doctrina que ya principió diezmándonos y servirá de ejemplo a estos cobardes que nos arrastran a la esclavitud.

Y la familia de los «Renegaus», apodo que llevaba la casa por los ascendientes, quienes siempre habían protestado, cuando menos blasfemando su impotencia, sería ahora más temida que nunca.

A los dos meses de estos acontecimientos, Evarista dio a luz un nuevo ser, fruto de sus amores con Luis. Era moreno y bello como sus padres, quienes recibieron un grandísimo alegrón.

Presentado al tío Simón, no dudó un instante en llamarle su nieto, al par que, embargado por la emoción, lo colmaba de besos.

—Tú —le decía— serás el que llenes el vacío que yo dejaré en esta casa cuando muera, y te deseo más ventura que a mí; seguramente vivirás una vida mejor que la mía, pues aunque viniste al mundo como yo, las circunstancias que te rodean harán que seas más

hombre que yo. —Y alzando la voz—: ¡Bienvenido seas, representante de la nueva generación!

Y lo llenó de besos y lágrimas, en una mezcla igual a la que produce la vida.

—Éste es el hijo del amor, Evarista, y como no está bien que queramos robárselo, por tanto su nombre será Amor.

Y así se llamó.

* * *

JOSÉ SÁNCHEZ ROSA

CUENTO

Bienvenida

BIENVENIDA

Cuento

José Sánchez Rosa

I

En Barcelona vivía Rosendo, obrero albañil, que tenía que trabajar diariamente para proporcionar el negro pan que habían de comer su compañera y sus cuatro hijos.

Él era un buen albañil, pero a pesar de ello había temporadas que no encontraba trabajo porque no lo había, y a veces, habiéndolo porque era hombre serio, conocedor de sus derechos, no dejándose fácilmente atropellar, defendiendo siempre lo que le pertenecía dentro de las condiciones del trabajo, y esto no es del agrado de los que tienen que defender al capital, que lo que quieren son obreros resignados con la explotación, que no protesten ni se defiendan.

Bueno, lo cierto era que Rosendo, el anarquista, como le llamaban los maestros, no incomodándose él porque le llamaran así, a pesar de ser uno de los mejores obreros albañiles de Barcelona, vivía pobremente en compañía de los suyos, porque el salario, “el maldito salario”, como él decía cuando hablaba de él, no podía levantar nunca los atrasos de su pobrísimo hogar, pero si era pobre de dinero, de ese intermediario fatal, era muy rico de sentimientos nobles y elevados; lo había probado miles de veces contribuyendo

con su óbolo a todo cuanto él consideraba necesidad en otro, sin acordarse de las suyas, llevando a su casa a compartir con él el potaje insuficiente a compañeros de trabajo que él sabía que no habían comido y que no tenían valor para buscar aquella comida sin fijarse en las consecuencias; lo probaba prestando incondicionalmente su solidaridad en favor de los presos por cuestiones sociales, y poniéndose siempre de parte de los débiles; le costara lo que le costara.

Una mañana del mes de enero, fría, como son esas mañanas en todas partes, había salido Rosendo de su casa para el trabajo, en donde tenía que estar a las siete en punto, y apretando el paso porque le parecía tarde y por el frío que hacía, del cual no podía defenderle su pobre ropa, entraba por una calle estrecha, que también las hay en Barcelona, y ya en medio de aquella calle llegó a sus oídos el llanto de un niño chiquito, llanto que salía de una casapuerta, como si pidiera urgente auxilio, a la que al llegar Rosendo no pudo resistir el deseo de entrar en ella para ver al niño que lloraba, lo que hizo, y tras de una de las hojas de la puerta de la calle vio a la criaturita, que no cesaba de llorar, envuelta en ropa blanca y lujosa.

Enseguida lo comprendió todo. Aquella era una criaturita abandonada por una desnaturalizada madre que se avergonzaba de que el mundo supiera que había tenido un hijo.

Rosendo, el anarquista, obedeciendo a los impulsos generosos de su corazón, porque aunque obrero tenía corazón, en el sentido figurado que se emplea esta palabra, levantó la criaturita del suelo, estrechándola entre sus nervudos brazos, pegando su rostro al de aquel ser, echándole el aliento de su boca para que sintiera menos el frío que hacía y con paso ligero, pero seguro, volvió a casa, sin echar

cuenta que perdía de ganar aquel día el salario que imprescindiblemente necesitaba, en la que encontró a su compañera, ocupada en las faenas propias del hogar de una familia proletaria, y antes de que ésta tuviera tiempo a preguntar, le dijo:

— ¡Mira lo que traigo, Balbina, una criaturita que habrá nacido esta noche, y al venir a este mundo, en vez de recibirla con júbilo, con la alegría que deben recibirse a los de nuestra especie, a nuestros continuadores, en vez de tratarla con los cuidados apropiados a su delicada situación, la han tirado como se tira a un perrito!

— ¡Dame, dame ese pequeño ser!—dijo Balbina— que ha llegado a su casa, que ha encontrado a su padre en ti, que bueno como siempre, la recogiste de la calle, y a su madre en mí, que le daré cuanto tengo, y a sus hermanos en nuestros hijos, compartiendo con nuestro pequeño Helio, el jugo de mis pechos.

— Sí, Balbina, tenemos un hijo más —decía el anarquista, entregando la criatura a aquella mujer, a su compañera de sentimientos tan gemelos a los suyos, echándole los brazos al cuello, besando su rostro y llorando como un niño, aquel hombre serio y valiente, que bien templado en los azares de la vida, sabía soportarlos riendo.

— ¡Basta ya, Rosendo, me haces llorar a mí también! Seamos formales como corresponde a personas que caminamos hacia los cuarenta años. Sentémonos y veamos a la criatura.

— ¡Lujosa es la ropa que trae! —decía Balbina, quitándole la faja y ropajes de géneros riquísimos que la envolvían, y al quedar con sus carnecitas al descubierto, vio que era niña y que traía al cuello un medalloncito pendiente de una fina cinta de seda, cuyo medalloncito

encerraba el retrato de una joven y hermosa mujer elegantemente vestida.

— ¿Será su madre? — dijeron Rosendo y Balbina casi o a la vez; sea o no sea, preocupémonos nosotros sólo de esta niña y que siga conservando siempre sobre su cuello ese medalloncito por si algún día puede por él reconocer a su madre, y enterarse de los motivos que tuvo para tratar así a esta inocente.

No seguiremos relatando paso a paso los tiernos episodios ocurridos en aquél día que el obrero albañil no trabajó, con los hijos de ésta y la niña abandonada, sólo diremos que los hijos convinieron en llamarla Bienvenida y que con besos tiernos y cariñosos sellaron el bautizo de este nombre.

Bienvenida fue la hermana de todos y se crió con el niño Helio que hacía treinta y cinco días que había nacido, cuando a ella la trajo Rosendo a casa.

Al día siguiente, Rosendo fue a su trabajo para ver de conseguir la vida de estrecheces que en su casa hacían, él, su compañera, su hija de diez años llamada Azucena, Librada, que le seguía con seis años, porque entre las dos habían muerto un niño casi criado, Felicidad con tres y el pequeño Helio con treinta y seis días.

II

Pasaron 14 años, como los pasa una familia pobre, peor aún; como los pasa el obrero consciente de sus derechos, el obrero medianamente instruido y conocedor de las causas del malestar que sufre la especie humana, el que por haber estudiado el presente orden social y lo reconoce infame, se empeña en hacerlo

comprender a los demás para que dejen de ser sus desgraciadas víctimas.

Rosendo, como ya dijimos, a pesar de ser tan buen obrero albañil, se llevaba largas temporadas sin que le dieran trabajo, porque le llamaban, a más de anarquista, rebelde, agitador diciendo que él soliviantaba a los obreros pacíficos y resignados que obedecían pacientemente las disposiciones de los que se lo llevaban todo sin trabajar, para tener los que trabajan a cambio de la miseria.

Rosendo era llevado frecuentemente a la cárcel, porque siempre que había una huelga era solicitado por los obreros para que los animara y los ilustrara, por lo que lo consideraban los burgueses y las autoridades como el promotor. ¡Como si de las huelgas hubiera otro promotor que la explotación desmedida de patronos y la bestialidad de sus encargados! Y cuando iba a la cárcel, si precaria era su situación económica cuando en la calle trabajaba o no trabajaba, allí impotente para buscar la vida, encerrado entre las cuatro paredes, ya nos podemos suponer cómo sería.

Pasaron los 14 años y ya Bienvenida, la niña encontrada por Rosendo, era lo que suele decirse una mujer, pero encantadora por su hermosura, siendo su belleza la admiración del barrio, y el quita sueño de los jóvenes galantes que la piropeaban, sin que ella diera otra contestación que una graciosa sonrisa, en la que dibujaba la belleza de su alma también.

— Padre mío—decía una noche Bienvenida a Rosendo, que tenía la mano en la mejilla y el codo apoyado en una mesa en la que comían cuando había de qué—yo no puedo consentir a mi edad, disfrutando como disfruto de salud, teniendo fuerzas y voluntad, el contribuir a la pesada carga permaneciendo aquí sin ganar nada. Las

faenas que yo hago, entre mamá y Librada pueden hacerlas, y por lo tanto quiero que me consintáis el buscar casa donde servir, pues así quito mi costo de la casa y ganaré tres o cuatro duros mensuales que traeré íntegros para mis queridos padres y mis hermanitos.

— ¡No, mi Bienvenida! —dijo Balbina levantándose del asiento en donde hacía largo rato que, silenciosa, zurcía una prenda bastante usada— ¡no, hija mía, tú no sales de aquí! El servicio doméstico es lo último; yo prefiero, y todos en casa preferimos, la miseria en que vivimos a verla mitigada a costa de tu esclavitud. ¡Y... quién sabe si a costa de algo peor que la esclavitud!

Balbina y Bienvenida se abrazaron, y llorando, besándose, sólo se oían estas exclamaciones: ¡Hija de mi alma! ¡Madre querida!

Mientras que Rosendo, testigo mudo de tan tierna escena, apoyando todavía el codo en la mesa y la mano en la mejilla... lloraba también. ¿Que cómo lloraba Rosendo? Como lloran los valientes, los que tienen sentimientos generosos, los de elevado espíritu, enternecido, ahogándose de pena y de placer; de pena, por lo que motivaba aquel acto, y de placer frente a aquel cuadro hermoso, sublime, en que Balbina, la buena mujer, la buena madre, lloraba y besaba muy fuerte, como si en los besos pudiera ahuyentar la miseria que impulsó a Bienvenida a tomar la resolución de ir a servir.

— ¡No, Bienvenida! —dijo Rosendo levantando la cabeza— ¡Tú no vas a servir, mientras que esté yo entre vosotros! Precaria es nuestra situación, pero ya la afrontaremos. Si cuando vuelvan Librada, Felicidad y Helio de casa de Azucena no traen el pan prestado que fueron a buscar, yo lo buscaré y lo encontraré. ¡Vaya si lo encontraré!

El tono de firmeza con que fueron pronunciadas las últimas palabras de Rosendo, dejó aterradas a Balbina y a Bienvenida que silenciosas, tomaron asiento, pronunciándose una pausa que fue interrumpida por la llegada de Librada, Felicidad y Helio, acompañados de su hermana mayor, Azucena, que fue quien rompió el silencio con las siguientes palabras:

— ¡No hemos podido encontrar lo que buscábamos! En mi casa no hay nada, pues mi compañero inútilmente busca ocupación, porque la clase patronal lo ha boicoteado y no le da trabajo por ser el secretario de su sociedad y el elemento más activo de entre los de su oficio. Hemos llegado a la tienda donde yo compro y compráis y nos han dicho con mucha frescura, “que sin dinero no dan nada”. ¿A dónde ir después?

— ¡A ninguna parte! —dijo con tono enérgico y levantándose Rosendo.— Yo soy el que voy a ver a un amigo que en este momento he recordado, el cual podrá favorecerme.

— ¡Rosendo! ¿A dónde vas? —dijo Balbina dirigiéndole una mirada sostenida y penetrante, mientras la demás familia se miraban los unos a los otros como interrogándose lo que la madre interrogó.

— Voy por pan. Tranquilizaos que he de traerlo —les dijo Rosendo como contestando a todos, y salió con paso firme y resuelto de la habitación. Pasaron dos horas que fueron de angustias indescriptibles para aquella familia, que presentían una desgracia a la vez que esperaban impaciente con que aplacar el hambre que los atormentaba, y al fin las puertas de la habitación se abrieron empujadas por Rosendo, que traía pendiente en su mano derecha un canasto nuevo de cañas en el que traía pan, mucho pan, y otras provisiones.

— Ya hay qué comer —decía Rosendo conforme entraba, poniendo el canasto sobre la mesa y sentándose.

— ¿Dónde has encontrado esto? —le preguntaba Balbina recelosa y desconfiada, a la vez que iba desocupando el canasto de su contenido.

— En las tiendas —repuso Rosendo—, allí hay de todo y en abundancia, sólo que no lo dan sin dinero, como les dijeron a nuestros hijos; pero encontré a mi buen amigo, me dio dinero, y con él he comprado cuanto traigo, sobrándome estas diez pesetas que te entrego para mañana que tampoco encontraré trabajo ni quien nos fíe.

La familia del albañil comió aquella noche, y Azucena, la hija mayor que vivía unida libremente con un obrero metalúrgico, también de ideas avanzadas, anarquistas, se fue a su casa llevando algo que comer también a su compañero, a quien los patronos, como queda dicho, tenían boicoteado, y por la mañana temprano fueron a avisarla de que su padre estaba en la cárcel.

En la cárcel estaba Rosendo; era cierto, porque un maestro con quien él había trabajado mucho, que se había enriquecido (después de derrochar en vicios quizás más de lo que tenía), un maestro que había salido airoso en muchas obras por el concurso de Rosendo, lo había denunciado a la policía por haberle hecho entregar contra su voluntad, y apelando a la violencia, de la que quedaban muestras en su cuello, en donde los dedos de Rosendo apretaron de firme, 25 pesetas.

¿Describir la penosa situación en que quedó sumida la familia de Rosendo? ¿A qué ni para qué? Hay cosas que no necesitan describirse para saberlas. Esta es una de ellas. ¿Si no tenía qué

comer cuando Rosendo, el excelente compañero, el amoroso padre, estaba en libertad? ¿Estando en la cárcel?

Pasaron unos días, y acompañada de Azucena salió una mañana Bienvenida, con pretexto de ir a un mandado y buscaron, porque ya la resolución era irrevocable y de imprescindible necesidad, una casa en donde servir.

De suntuosa apariencia era la casa en donde dijeron a Bienvenida que al día siguiente podía volver para hacerse cargo de las faenas del cuerpo de casa, ganando la comida y 15 pesetas mensuales.

La casa a donde fue Bienvenida pertenecía a la Marquesa de "Ambientitela", la que en aquellos momentos se encontraba por Alemania viajando en compañía de una dama de su confianza y de un sacerdote que decía que ya hacía mucho tiempo que era su confesor... y más que su confesor también decían que era.

El ama de llaves, que fue quien dio colocación a Bienvenida, informó a ésta de las costumbres de la casa, haciendo grandes elogios de la señora Marquesa por la belleza de su físico y por sus virtudes, todo lo cual fue escuchado por Bienvenida, como suele decirse, "como quien oye llover".

Trascurrió la primera semana, y Helio, su hermanito Helio, joven guapísimo de su edad, más de 35 días que hacía que había nacido cuando ella fue recogida por Rosendo, aquel chico que compartió su lactancia con ella, sabiendo que los domingos desde las tres hasta las seis de la tarde tenía permiso para salir, la esperaba a las puertas de aquel suntuoso palacio, para acompañarla hasta la cárcel, en donde todavía estaba el padre, y terminada la hora de la comunicación, en donde se reunía toda la familia, volvían a la casa, a la pobrísima casa de aquellos desventurados, a pasar el rato, de donde salían después

cada uno para su destino, pues Librada, joven de 20 años, que todavía permanecía soltera, también había buscado y encontrado casa donde servir, así como Felicidad, preciosa muchacha, que ya contaba 17 primaveras, y Helio, único varón, estaba de aprendiz de ajustador en una fábrica, en donde por su buen trato y aplicación, era querido de todos los compañeros, ganando ya tres reales por día.

Aportando cada cual lo que podían iban... pasando...

En la casa que servía Bienvenida se había anunciado con quince días de anticipación la vuelta de Alemania de la señora Marquesa, y el movimiento entre la numerosa servidumbre era incesante, poniéndolo todo en el más perfecto orden para que a su llegada la señora lo encontrara todo a su gusto.

Llegó el día prefijado y a la estación fueron a recibirla con uno de los automóviles de la casa, y al llegar el expreso de un vagón de primera bajaron la Marquesa, el sacerdote y la dama que los acompañaba, entrando enseguida en el lujoso auto los tres personajes que fueron conducidos rápidamente al palacio, donde les esperaba todo género de comodidades y la servidumbre que la recibió como los siervos recibían a sus señores.

Bienvenida que era la única criada que no conocía a la señora, pues las otras entraron a servir en la casa antes de partir para Alemania, en donde había pasado cuatro meses, visitando las principales poblaciones y cuanto de importante creyó de su gusto en aquel país, tenía mucha curiosidad por ver a la señora, de la que tantas veces le ponderaron su hermosura, y al verla entrar experimentó una emoción grata y de sorpresa inexplicable.

Grata, porque verdaderamente era hermosa la Marquesa, de rostro bellísimo, adornado por unos ojos grandes y negros que brillaban, a pesar de su edad, refulgentes como estrellas matutinas, y de sorpresa, porque aquella cara le recordaba a otra que ella creía había visto, sin acordarse donde.

No pasó Bienvenida desapercibida para la Marquesa, pues fijó en su rostro encantador una mirada persistente que hizo que Bienvenida dirigiera la suya a otra parte, y al pasar a sus habitaciones acompañada del ama de llaves, hubo de preguntarle por el tiempo que hacía que aquella muchacha había entrado a formar parte de la servidumbre y cómo se llamaba, lo que fue oportunamente contestado.

Pasaron días y días, y el Sol, dando de frente con sus rayos benéficos a la superficie de nuestro Globo, que en sus vueltas incesantes de rotación y traslación, como niña mimada que juega con su padre, poniéndole una parte de su cara para que la bese, ocultando la otra parte para que la bese después. El Sol, burlándose de nuestras miserias y cálculos ruines, ¡no se había extinguido, seguía derramando torrentes de luz y de calor que se convertían en vida y movimiento, de cuya importancia los hombres no quieren hacer las debidas apreciaciones, para encontrar el modo de ser felices, y por ello las cosas seguían igual! Rosendo, el trabajador, habilísimo y laborioso, el hombre sin vicios, el que indicaba a sus hermanos de esclavitud el camino a seguir para romper las cadenas, el Padre amantísimo, todo corazón y sentimientos generosos, permanecía en la cárcel ya condenado a tres años de prisión correccional, por las 25 pesetas que le hizo le entregara el que de su trabajo le había robado miles, cuyas 25 pesetas le sirvieron para que

comieran los suyos, seres humanos que hacía 24 horas que no se habían desayunado en la rica y civilizada capital de Barcelona.

Balbina también seguía llorando y suspirando por cuantas penas la rodeaban, y los hijos todos trabajando para... no vivir, y mientras, la casa de la Marquesa seguía abierta denotando la riqueza de sus moradores dueños, al parecer, los más felices de la Tierra.

Pero no; dentro de aquella mansión señorial no estaba tampoco la felicidad, y esto lo sabemos por una conversación escuchada tras de una puerta por Bienvenida, quien como atraída por una fuerza mayor, la de la curiosidad irresistible que tenía por averiguar en dónde había ella visto a aquella señora, aprovechaba todos los momentos de poderla ver sin ser vista y de oírla, sin ser apercibida.

Un día que el padre Mariano (por cuyo nombre conocían al sacerdote confesor de la señora) había entrado sin pedir permiso, como tenía por costumbre, pues entraba como año y era la sombra de la Marquesa, y se había dirigido a las habitaciones de ésta, Bienvenida pudo apostarse tras de una puerta sorprendiendo el siguiente diálogo:

— Buenas tardes, marquesa.

— Muy buenas, ¡padre Mariano!

— Siempre el mismo retintín al decirme padre.

— Porque lo eres, y no muy buen padre por cierto.

— Ya apareció aquello. Siempre lo mismo.

— ¡Siempre, sí, porque mi escrúpulo de conciencia acabará por volverme loca!

— ¡Qué manía, Marquesa!

— Será manía, pero en tu mano estuvo el evitarlo.

— Ya me lo has dicho muchas veces.

— ¡Y te la diré más veces aún, porque aquella hija no debíamos haber hecho con ella lo que hicimos!

— ¡Pero mujer, mi situación... los hábitos... reflexiona...!

— Lo tengo ya todo reflexionado. Si tuvimos valor para satisfacer nuestro deseo, nuestro gusto, debíamos haberlo tenido para arrostrar las consecuencias.

— ¡Me haces sufrir, Marquesa!

— A sufrir venimos a este mundo, según vuestras observaciones y vuestro ministerio. ¡A sufrir venimos, eso me has hecho a mí, sufrir lo indecible, porque tú, y sólo tú, tienes la culpa de mi desgracia que será eterna!

— ¡No me recrimines!

— ¿Y a quién entonces? ¡Tú, por querer seguir aparentando que eres casto, siendo hombre que habías de sentir, como sentiste necesidades naturales imprescindibles que habías de tratar de satisfacer, como lo hiciste, encontrándome a mí que siendo mujer antes que Marquesa y que todo en ti vi, embriagada por tus dulces palabras que me arrullabas cuando me arrodillaba en el confesionario, que enloquecida, cada vez más enamorada, vi en ti al hombre dotado de virilidad, no al sacerdote, que había hecho voto de castidad; al hombre porque así te manifestaste a mí, y sin fijarme en nada sólo en tus insinuaciones, en tus requerimientos, a ti me entregué, y al entregarme resultó lo que naturalmente tenía que resultar; el fruto que llevé en mi vientre nueve meses, en cuyo tiempo se despertó en mi un amor nunca sentido, el de la

maternidad, y nunca extinguido, porque va a hacer 15 años que el fruto de mi vientre, el fruto de nuestro amor, dirían otros, ¡mi hija querida!, por tus consejos, más que por tus consejos por tu disposición, fue arrojada... ¿Dónde fue? ¡Hasta eso me lo habéis ocultado! ¡Me habéis hecho infeliz! ¡Pero que conste, mi infelicidad se hace extensiva a todos, porque a nadie quiero, porque ninguno tuvisteis ni tenéis compasión de esta madre dolorida!

— ¡Marquesa, me sacáis fuera de sí!

— ¡Padre... Mariano, estáis fuera de vuestra verdadera situación no siendo quien debierais ser!

Al llegar el diálogo a este punto lo fue anunciada a la marquesa por un criado galoneado, la visita de los Condes de "Mancha Roja", los que mandó fueran introducidos a la sala de recibimientos, hacia donde después de mirarse al espejo y estudiar en él las sonrisas que había de emplear, por un pasillo secreto se dirigió la Marquesa para llegar primero que los de "Mancha Roja", dejando allí al padre Mariano perplejo, después de oír, quizás por milésima vez, las inculpaciones que la Marquesa le había hecho, inculpaciones que siempre le causaban desagradable sensación.

Bienvenida escapó a tiempo que la Marquesa se levantó para ir a recibir a la visita; pero llevaba su mente abrumada por cuanto había oído, que como vago presentimiento le torturaba, como si ella fuera... No sabía lo que le ocurría, y pronunciando frases sueltas como: ¡Quince años!... ¡Fue arrojada!... ¡Madre dolorida!... Se dirigió a cumplir como criada con su obligación.

Si en Bienvenida desde el primer momento se despertó tan fuertemente la curiosidad de averiguar en dónde hubiera podido ver a la Marquesa, en la Marquesa se despertó un interés muy grande

por conocer a fondo a aquella muchacha que al volver de Alemania encontró entre su servidumbre. Porque Bienvenida estaba dotada de una belleza que atraía, que subyugaba, que fascinaba; de una belleza con la cual la Marquesa en sus ilusiones, en sus desvaríos, le había parecido ver muchas ocasiones encarnada en otra muchacha por la que enloqueciera de amor, en una muchacha que al verla triste, la consolaba; en una muchacha, que mimosa, inocente, pura, vaporosa, espiritual, le rodea su cuello con nítidos y torneados brazos, le besaba la frente, las mejillas, los ojos y la boca, al tiempo que pronunciaba un nombre bonito, el más bonito, el más hermoso de los nombres, el más sublime, el incomparable nombre compuesto de dos sílabas iguales, acentuada la final, el de ¡Mamá!

¡Y cosa extraña, lo que a la Marquesa le ocurría! Era el ama, sus palabras eran órdenes que eran allí cumplidas inmediatamente, y a pesar de su gran deseo de encontrarse frente a aquella muchacha, a solas, de verla detenidamente, de interrogarla a satisfacción, de saber quiénes eran sus padres, dónde vivían, deseo que la devoraba, tenía miedo, miedo a intentarlo.

El ama de aquella sirvientita, de aquella niña bonita e inocente, tenía miedo de hablarla. ¡Se diría aquí que el águila estaba temerosa de encontrarse frente a la paloma! Pero si de frente no se ponía, tras los visillos de los cristales la miraba, la contemplaba siempre que tenía ocasión, y tales eran sus ilusiones, que muchas veces al verla haciendo sus faenas, con el plumero quitando polvo o con la escoba barriendo, linda, peinada y limpia siempre, no le parecía ver a un ser sobrenatural de los que no existen, de los que nunca existieron, de esos seres sobrenaturales que pintaron poetas y trovadores, con su canto o con su lira.

Todo tiene su término. ¡Creerlo así, poderosos de la tierra, que terminará vuestra supremacía sobre los demás! ¡Creerlo así, desheredados de la fortuna, de vuestra parte en el placer! ¡Creerlo así, mísera...! ¿pero a dónde voy a parar?

La Marquesa no pudo resistir a su deseo, y a su habitación reservada, en aquella que solía recibir al padre Mariano, mandó llamar a Bienvenida por conducto del ama de llaves.

Bienvenida no se hizo esperar y al llegar a la puerta de la habitación en donde la Marquesa la esperaba, dijo:

— ¿Se puede?

— Adelante, ¡hija... mía! —dijo la Marquesa—pero de modo que llamó la atención de Bienvenida, porque las palabras ¡hija mía! Fueron pronunciadas de modo muy particular.

— Me dijo el ama de llaves...

— Que te esperaba, ¿fue eso?

— Eso, señora.

— Pues siéntese, que vamos a hablar un ratito.

— Con vuestro permiso —dijo sentándose.

—¿Cómo te llamas?

— Bienvenida.

— Bonito nombre, como tu cara.

— Me favorecéis.

— No hay tal. ¿Quiénes son tus padres?

— Mis padres... ¡Rosendo y Balbina; él albañil, el hombre de mejores sentimientos que hay en el mundo, y ella, la mejor de las mujeres de la Tierra! Estas palabras fueron pronunciadas con entusiasmo y cariño.

— Mucho quieres a tus padres, y me place que sean tan buenos. ¿Qué edad tienes?

— Voy a cumplir los quince años.

— ¡Ay...! ¡De esa edad será mi hija, si vive! —dijo la Marquesa sin poderse contener y como si hablara consigo misma.

— ¿Pero tenéis una hija? —le preguntó Bienvenida con marcada intención.

— ¡No sé... si la tendré! —dijo la marquesa de modo pausado y con tristeza.

— ¡Es muy extraño lo que decís!

— Digo eso porque podía haber muerto.

— ¿Y siendo su madre, no lo sabéis?

— ¡Como mi hija no sabrá de mí; fue separada de mi lado cuando nació!

— ¡Por ella no se apure, señora, quizás como yo habrá encontrado otra madre, amorosísima, buena, sublime, santa...!

— ¿Cómo tú?

— Como yo, que fui abandonada, también al nacer, lo que no me avergüenzo decir, porque yo no puedo ser responsable de la falta o del crimen que conmigo cometieron los autores de mis días, y como mis protectores, mejor dicho, mis verdaderos padres, Rosendo y

Balbina, no cometieron ninguna mala acción al recogerme, no me han ocultado que fui encontrada en una casapuerta por mi padre Rosendo, en una mañana fría del mes de Enero...

— ¡Hija mía! —dijo la Marquesa levantándose de su mullido asiento para ir a abrazar a Bienvenida.

— ¿Qué hacéis? —dijo Bienvenida levantándose de la silla que ocupaba y extendiendo su brazo derecho indicándole con su mano y con la expresión de su rostro que se detuviera.

— ¡Indudablemente eres mi hija...! —dijo la Marquesa queriendo llegar hasta Bienvenida, lo que no hizo por imponerle respeto la serena actitud de la joven.

— Es posible que sea vuestra hija, que vos seáis la que me abandonó al nacer, pues desde que os vi por primera vez, cuando volvisteis de Alemania, tengo una idea fija con respecto a vos; la de que os había visto en alguna parte.

— ¿Y me has visto? —le preguntó la Marquesa haciendo un nuevo intento para ir a estrechar a Bienvenida entre sus brazos, mientras que ésta de pie y muy tranquila, seguía indicándoles con su mano que se detuviera.

— Creo que sí, que os he visto, porque me parece que sois la misma que sobre mi cuello llevo fotografiada dentro de un medallón.

— ¡Sí, hija mía, sí yo soy! Ese es el medallón que pendiente de una cinta de seda puse sobre tu cuello la noche que naciste, para que un día como ha llegado, nos pudiéramos reconocer sin ningún género de duda. ¡Soy tu madre! ¡Ven a mis brazos, hija mía!

— ¡No, no sois mi madre, ni yo soy vuestra...!

— ¡Qué dices! ¿Reniegas de mí?

— ¿Y no renegasteis vos de mí, cuando nací, cuando más falta me hacíais, cometiendo el crimen de abandonarme, de tirarme como a un perro en una noche fría del mes de enero?

— ¡Hija mía, perdóname...! ¡Me desgarras el corazón! ¡Perdóname! ¡Te lo suplicaré si quieres arrodillada!

— No, arrodillada no; no quiero que nadie se humille ante mi humilde persona. Levantáos, sentémonos y hablemos con serenidad de juicio.

— ¡Hija mía! Tú no sabes... No puedes saber... Ojalá siempre lo ignores, lo que es la sociedad, lo que es más que la sociedad, la llamada buena sociedad, lo que significa en ella la palabra honor...

— Lo sé. Y no precisamente porque tenga que avergonzarme a mi tierna edad, de haber cometido ninguna mala acción; lo sé porque en mi casa, en mi pobre casa, se estudia el por qué de tanta infamia como se cometen en este mundo. La cometida conmigo dio origen muchas veces a que habláramos de la sociedad, sacando siempre en consecuencia, que está brutalmente, cruelmente e injustamente organizada.

Al pronunciar Bienvenida sus últimas palabras apareció en el dintel de la puerta la negra silueta del padre Mariano, quien sin pedir permiso, como tenía por costumbre, había llegado hasta allí.

— Padre Mariano —dijo la Marquesa que fue la primera en verlo, por encontrarse de frente a la puerta.

— ¿En discusión con una criada? —le dijo el sacerdote a la Marquesa en tono de reproche, agregando:

— Por cierto que la muchacha se conoce que no se muerde la lengua, pues al aproximarme le oí decir, hablando de las infamias que se cometen en este mundo y con motivo de lo que dice que han cometido con ella... Un montón de necedades. ¿A repetir lo que a esta criada se la ha permitido decir frente a la noble marquesa de...?

— ¡Padre Mariano! —dijo la Marquesa clavando en aquel rostro perfectamente rasurado, de corva nariz, de boca sumida y de conjunto ridículo y repugnante, a la vez que se levantaba de su asiento para detener a Bienvenida, que se disponía a contestar y a marcharse:

— No sabéis lo que habláis, ni delante de quien habláis.

— ¿Qué decís. Marquesa?

— Que no lo sabéis —y cogiendo a Bienvenida cariñosamente de la mano, a pesar de su estado febril, poniéndola frente a frente de él con un tono que solamente una madre en aquella situación imitaría, le dijo:

— ¿Sabéis quien es esta niña, esta hermosa niña que conmigo discutía y que con razón sobrada llamaba a la sociedad, al mundo, brutal, cruel e injusto? ¿No sabéis quién es...? ¡Fijaos bien en su rostro... en...!

— ¡Marquesa, guardad al menos, frente a la criada, las buenas formas...! Estáis...

— Fuera de sí... ¡Es para estarlo... padre Mariano...! ¿Y queréis que guarde las buenas formas...? ¿Pero no la reconocéis...? Pues... esta... es... la hija de mi alma —y antes que Bienvenida pudiera evitarlo, la Marquesa enlazó sus brazos a su cuello llorando copiosamente y besándole su rostro con ardiente frenesí.

El padre Mariano, frente aquella tierna escena, y al escuchar las palabras de la Marquesa, quedó como parálítico, con la boca abierta, los ojos desencajados, teniendo cogida la barba de paleta entre el índice y el dedo pulgar de su mano derecha, como si no comprendiera, no creyendo, no pudiendo creer, lo que acababa de ver y oír.

Pasaron los primeros momentos en los que la Marquesa, llorando y besando, desahogó la aflicción que la embargaba. Bienvenida recibió sin que tuviera tiempo a rechazar, y aunque lo hubiera tenido, respetando el dolor ajeno, sabiendo que aquello podría aliviarlo, no lo hubiera rechazado aquel aluvión de tiernos y cariñosos besos, y el padre Mariano salió del estado parálítico, y con flemático tono, impropio de aquella situación, preguntó:

— ¿Qué habéis dicho Marquesa, que esta joven era su hija? ¿Esto es cierto?

— Tan cierto; como también es la vuestra —le contestó la Marquesa con vivacidad.

— ¿El autor de mis días es este sacerdote? —le dijo Bienvenida señalando con el índice de su pequeña mano derecha y con un gesto de repugnancia al padre Mariano.

— ¡Hija mía...! —balbuceó éste con tono meloso, afectado, pretendiendo llegar hasta Bienvenida.

— ¡Deteneos —dijo ésta— no tenéis ningún derecho para llamarme hija!

— Y quizás no lo seáis —agregó el sacerdote en tono seco y volviendo a su primera posición.

— ¿Cómo probarlo?

— ¡Muy fácilmente! —repuso la Marquesa.

Cuando la vi por primera vez en esta casa me lo dijo mi alma, el alma de una madre que difícilmente se engaña; ese alma que arrastraba a toda mi persona para que la contemplara cuando hacía sus faenas domésticas; la que decía a mis ojos: ¡Mírala, no dejes de mirarla. Fue perla extraviada en el laberinto de la vida. Diamante en bruto tirado como cosa sin valor, que manos ajenas pulimentaron con arreglo a su haber y saber! ¡No dejes de mirarla... que es tuya, esa preciosa niña de más valor que todas las joyas, que todas las riquezas de la Tierra! ¡Y la miraba siempre... pero a escondidas, como si con mirarla la ofendiese, cometiese alguna mala acción...! ¡Quería hablarle; pero me lo impedía un secreto temor que se imponía a todas mis fuerzas, y un día..., ese fue hoy, mi voluntad fue superior al miedo, y sobreponiéndose la madre, la Naturaleza, a la Marquesa, saltando por encima de todos los escrúpulos, la llamé para hablarle a solas, para mirarme en sus ojos, para estudiar en su alma...! Y hablamos, y a medida que hablábamos yo la reconocía, sí, sin necesidad de prueba material alguna, que aunque me ha dicho que la tiene, yo no se la he pedido! ¡Porque es mi hija; porque lo es; porque lo es; porque lo es...!

Y siguió la Marquesa repitiendo estas frases llorando y riendo a la vez, nerviosa, como enloquecida.

Después de una pausa, que Bienvenida no quiso, enternecida, interrumpir, y que al padre Mariano le convino, meditando, respetar, dijo éste a la Marquesa:

— ¿Con que habéis dicho que tenía una prueba material?

— Sí, el medallón que con mi retrato le pusieron mis manos al nacer, en su cuello; aquel medallón por el que tú me preguntabas,

con tanta insistencia, sospechando que hubiera hecho lo que hice; aquel medallón...

A cuyo tiempo, Bienvenida, desabrochando el primer botón de su limpia blusa de percal, lo sacó de junto a su pecho, y mostrándolo a la Marquesa y al sacerdote, dijo:

— ¿Es éste?

— ¡Ese... sí! —dijo la Marquesa

— ¡Ese... sí!— repitió el sacerdote, agregando maliciosamente:

— Pero...

— ¿Pero qué? —interrogó vivamente Bienvenida, que había comprendido la intención del padre Mariano.

— Nada... —contestó éste sin mirar.

— ¿Dudáis de mí? ¿Creéis acaso...?

— No puede dudar, ni nada malo de ti puede creer —dijo la Marquesa interponiéndose. Pongamos término a esta situación. Eres mi hija, y, dichosa de haberte encontrado, pensemos, olvidando lo pasado, mejorar tu presente y en labrar tu porvenir.

— ¿Qué pretendéis? —interrogó Bienvenida mirando fijamente a la Marquesa, después de haber dirigido una mirada de relámpago por el rostro contraído del sacerdote que parecía meditaba, fraguaba la manera de eludir el reconocimiento de aquella hija, que de saberlo el mundo, en tal mal lugar pondría la reputación con que era mirado.

— Pues yo, que soy la Marquesa de Ambientitela, la rica heredera de los que llevaron mi nombre, no podré consentir, ya que tuve la

dicha de encontrarte, el que sigas viviendo dentro de tan humilde condición. Desde hoy cambiará tu género de vida; irás a un convento en donde recibirás cristiana educación, a la vez que aprenderás todo aquello que necesita saber una joven de buena posición. Aprenderás a saludar, a sonreír, a fingir, porque es preciso saber fingir. Aprenderás a tocar el piano, a hacer labores primorosas, que aunque de nada te sirvan, es de buen tono el saberlas hacer.

Hablarás francés, aunque no sean más que las palabras más indispensables, y te darán a conocer una relación de nombres que aprenderás de memoria, para que puedas citar a los autores de óperas, dramas y melodramas. Estarás al tanto de la moda para el vestido, para el peinado, en fin, y hacer de ti una joven elegante, de buen tono; educada para la buena sociedad.

A ese convento iré yo todos los días y te veré, te besaré, me gozaré contemplándote, y velaré porque seas dichosa para el porvenir, procurándote para marido un hombre rico y con títulos de nobleza, y para que entres en ese convento, en el mejor convento, tenemos las mayores facilidades, porque tu padre, ese señor, dijo señalando al sacerdote, que parecía perplejo, es muy querido por sus reconocidas virtudes, y todo cuanto pretende de la iglesia y de los conventos, lo consigue. ¿No es así, Mariano?

— Sí, sí, enseguida entrará en un convento —dijo el padre animándose, como si por este medio se viera libre de la afrenta que el reconocimiento de la hija ante el mundo le proporcionaba.

— ¿Han terminado ya con su proposición? —preguntó Bienvenida—Pues escuchadme a mí ahora:

— Yo desprecio todos esos bienes de que me habláis, bienes que por otra parte los considero frivolidades que para nada contribuyen

a hacer feliz a una mujer. Aunque contribuyeran, yo no puedo serlo entre vosotros, que no me amáis, que no pudisteis ni quisisteis amarme; de haber podido, a mí, hija de vuestras carnes, siendo vuestra carne misma; de haber querido, por encima de todas las conveniencias sociales, de todos los miramientos, estaba, debe estar, el cumplimiento de las leyes naturales. Obedeciendo a esas leyes vine al mundo, y vosotros, atropellando a esas leyes que a él me trajeron para vivir, me arrojasteis criminalmente para que muriese. Pero un hombre, pobre de dinero, que no pertenecía a vuestra clase social, que no se avergonzaba de tener hijos, pasó a tiempo para recogerme y llevarme entre sus rudos y amorosos brazos a formar parte de su familia, y así fue. Su mujer y madre de sus hijos, fue y lo es, mi madre querida, la que ocupó el lugar que vos, Marquesa, debierais haber ocupado, amamantándome en sus pechos, velándome de noche y día, tan tiernamente, tan apasionadamente, como lo hubierais hecho vos. Aquella es mi madre, y vos, para mí, no sois más que una mujer extraña, que pretendió burlar a la Naturaleza; una mujer que hoy sufre, claro, las consecuencias de su mal proceder; una mujer que cree cubrir sus faltas, tranquilizar su conciencia, elevándome a mí a su misma posición social, en la que por las mismas causas que lo hicisteis vos tuviera yo que hacer otro mal semejante. No, no quiero vuestros bienes, desprecio la vida que me brindáis, como la educación del convento. Yo no puedo estar aquí, me asfixiaría. Me marchó a mi casa, a vivir entre los que amo y me aman. Y vos padre Mariano, seguid tranquilamente engañando al mundo, que yo no tengo empeño en que se sepa que sois mi padre. Seguid engañando al mundo, repito, que he adivinado cuanto ha pasado por vos desde que supisteis que era yo vuestra hija. No os quiero por padre, porque no merecéis el serlo. Tranquilizaos, que a nadie le diré nada del

descubrimiento que aquí se ha hecho, a pesar de aquel pero... que pronunciasteis en el que adiviné algo muy bajo, muy rastrero, cometido por mí; en el que adiviné suponíais que yo me pudiera haber hecho del medallón valiéndome de malas artes para aparecer como vuestra hija y aprovechar de vuestra posición social. Ya sabéis que no es así, que la desprecio. Así es, que tenerlo muy en cuenta señora

Marquesa, señor sacerdote, lo que os voy a decir: ¡No sois mis padres; lo son aquellos que me recogieron y me criaron, y con ellos iré a compartir sus penas y sus alegrías cuando las tengan! ¡No os amo, pero como no sé odiar, tampoco os odiaré!

Dicha la última palabra escapó Bienvenida de aquella suntuosa sala dejando al padre Mariano y a la Marquesa atónitos, perplejos y sin acción para hablarla y detenerla.

De lo que pasó después entre la Marquesa y el sacerdote no nos hemos podido enterar. Que sería muy borrascosa la escena que entre los dos hubo, no hay la menor duda, pues al padre Mariano le vieron salir muy sofocado los criados de la casa, en la que no se le ha visto más entrar.

Bienvenida, cuando escapó de la presencia de la Marquesa y el sacerdote, sin despedirse de nadie, se fue inmediatamente a su casa, en donde encontró a su madre Balbina sola, pues era de día y toda la familia estaba distribuida en sus ocupaciones correspondientes, y al verla entrar, temerosa de que le hubiera ocurrido algo malo, enseguida le preguntó:

— ¿Qué ocurre, Bienvenida?

— Nada, madre —dijo ésta— que me han reñido mucho diciéndome que no había limpiado el polvo bien, y porque contesté enfadada a tiempo que pasaba la señora, he sido despedida.

— Pues no te apures, Bienvenida, a tu casa vienes, y si esa colocación has perdido otra encontrarás, y si no se encuentra, también pasaremos. Ya estoy tranquila sabiendo que no te ha pasado nada.

Por lo que se ve, Bienvenida no quería decir nada de lo ocurrido, de haber encontrado a la desnaturalizada madre que la trajo al mundo.

Tuvo intención, cuando venía para su casa, de decirlo, pero pensó que esto podría ser el germen de algo... que ella no se explicaba. En fin, ella quería tanto a sus padres, Rosendo y Balbina, y a sus hermanitos, que pensó que debían ignorar el que ella había descubierto a su madre y padre natural, pues no quería que ellos supieran que ella tenía más familia en el mundo que ellos a quien querer y por quien vivir, así es que adoptó la firme resolución de no decir nada.

Cuando llegó la noche fueron llegando los hermanos de Bienvenida, los que al enterarse de que había sido despedida, todos la animaban y la consolaban diciéndole: ¡Tú no te apures, aquí estamos nosotros! ¿No valía más, mucho más este amor fraternal que todos los bienes que le ofreciera la Marquesa y el sacerdote?

Cada vez estaba más satisfecha de haber obrado como lo había hecho.

Al enterarse las jóvenes vecinas que Bienvenida estaba en casa, fueron a visitarla, prodigándole palabras cariñosas y hasta le

propusieron hablar en las fábricas, si ella quería, para que le dieran colocación, como aprendiz, a lo que ella, de acuerdo con la familia, accedió. A la fábrica fue Bienvenida ganando 75 céntimos diarios, después de haber ingresado en “La Constancia”, Sociedad Obrera del Arte Fabril.

Cuatro años después de lo que dejamos narrado, los trabajadores de Barcelona, entrando por el buen camino en pro de su emancipación y de su regeneración, comprendiendo que la asociación era el medio mejor para su defensa, los de todos los gremios estaban asociados; pero no como socios indiferentes, sino tomando parte muy activa para la defensa de sus derechos y para la táctica del sindicalismo moderno, por la acción directa, rehusando de todo intermediario, despreciando la acción política por considerarla no sólo ineficaz, sino nociva, porque, despertando en algunos obreros inteligentes deseos de representación, la ambición de elevarse, los envenenaba, y traicionaban a lo mejor, a los compañeros que en ellos confiaran.

Una gran Confederación formaron todos los sindicatos, dispuestos a prestarse solidaridad material y moral en cuantos casos la consideraran necesaria.

Al extremo a que llegaron los obreros organizados nos dará una idea la tirada que hacía el periódico diario *Solidaridad Obrera*, órgano de la Confederación, pues esta tirada era de ciento veinte mil ejemplares, y de ellos más de cincuenta mil se quedaban en el mismo Barcelona, enviando los demás a los diferentes puntos de España, en los que se notaba también una saludable agitación.

Los obreros de Barcelona dejaron de leer la prensa burguesa, todos los diarios políticos, lo mismo los de Madrid que los de aquella capital, por lo que sus empresas sufrían grandes quebrantos.

Y habían dejado de leer esa prensa, porque *Solidaridad Obrera*, a más de la parte doctrinal, de la sección científica y educativa, de la información del movimiento obrero, no sólo local, sino regional, nacional e internacional, tenía una inmejorable información telegráfica y activos corresponsales en todas partes que remitían toda clases de noticias que pudieran tener algún interés para la clase obrera.

En este estado la organización obrera, casi todas las huelgas que se planteaban eran solucionadas favorablemente para los obreros, porque toda la Confederación se ponía de su parte, así como toda la opinión pública, bien informada de las causas que motivaban las huelgas, de lo justo de las peticiones, y del mal proceder de los patronos, explotadores insaciables, y de los encargados servilones. Esta labor la hacía *Solidaridad Obrera* diaria, admirablemente.

Pero un día, fueron lanzados a la calle 600 trabajadores de una fábrica, en su mayoría mujeres, porque protestaron del incumplimiento, por parte del patrón, de unas bases pactadas, en las que se había convenido que la jornada de trabajo había de ser de ocho horas, en vez de las once que habían venido trabajando.

Aquello fue la señal para que todos los patronos del “Arte Fabril” procedieran igual, pues al día siguiente en todas las fábricas dieron la orden que para volver al trabajo había de ser para trabajar la jornada de once horas.

En la calle y en sus casas quedaron todos los obreros y obreras pertenecientes al “Arte Fabril”, y las fábricas, en vano tocaron sus

campanas y pitos de llamadas, pues no hubo ni un solo obrero que acudiera al trabajo para trabajar las once horas.

El telégrafo comunicó rápidamente la noticia al Gobierno de Madrid, y éste ordenó inmediatamente la reconcentración de toda la Guardia Civil de Cataluña, a la vez que empezó a movilizar regimientos de infantería, caballería y artillería para que se fueran disponiendo, para en caso preciso, marchar rápidamente para Barcelona.

Empezaron a llamar a comisiones de obreros al Gobierno Civil, los que expusieron su resolución inquebrantable de no volver al trabajo a no ser que fuera para trabajar la jornada de ocho horas sin disminución de sus sueldos respectivos.

También fueron llamados los patronos, y aquellos pobrecitos millonarios, muchos de ellos multimillonarios, dijeron que no cedían, porque de seguir con la jornada de ocho horas, irían directamente a la mina.

Pasaron varios días, y los patronos, a quienes no les faltaba el plato diario, no cedían, y los obreros, si no tenían pan, tenían conciencia de su derecho y de su dignidad y tampoco cedían.

El hambre hacía estragos en las filas de los huelguistas, porque eran insuficientes para aplicarla, los socorros en metálico que recibían; pero seguían firmes, dispuestos a morir antes que ceder.

Una mañana en la primera plana de *Solidaridad Obrera*, apareció una convocatoria en letra grande que decía:

“La situación por la que atraviesan nuestros compañeros del “Arte Fabril” es insoportable, mientras que los patronos, que son los que han provocado el actual conflicto, de nada carecen. ¡Nuestros

compañeros, arrojados del trabajo, perecen de hambre! ¡Esto no deben consentirlo de ningún modo los sindicatos que integran la “Confederación del Trabajo”, ninguno que se llame obrero en Barcelona pertenezca al gremio que pertenezca! Por lo tanto para tratar de resolver este conflicto quedan invitados todos los Sindicatos para que nombren, si están de acuerdo, uno o más delegados con instrucciones sobre las medidas que crean procedente adoptar, así como quedan invitados todos los trabajadores al mitin, que con asistencia de estos delegados, se celebrará en el teatro “Circo Barcelonés” el próximo domingo a las dos de la tarde. ¡Obreros barceloneses, no faltar!

La Comisión”

Llegó el día anunciado para el mitin al que acudieron más de trescientos delegados de las distintas entidades, y un público numerosísimo, imposible de fijar su número, baste decir que siendo el local que ocupaban de los mayores de Barcelona, por no caber en él más personal, todas las calles próximas estaban atestadas de obreros. Se dijo que de haber tenido local a propósito hubieran asistido más de cincuenta mil obreros.

El mitin duró muy poco tiempo, porque una vez expuesto claramente en la situación en que se hallaban los huelguistas, todos los delegados en representación de sus respectivos Sindicatos, hicieron las siguientes manifestaciones: “Ir a la huelga, a la general, las de todos los oficios sin distinción, y no volver al trabajo hasta tanto no volvieran los obreros y obreras del “Arte Fabril” a trabajar la jornada de ocho horas”.

Al día siguiente, lunes, nadie fue al trabajo, todo quedó paralizado, hasta los mercados estaban desiertos.

La resolución adoptada en el mitin, y la declaración de la huelga general, fue comunicada inmediatamente al ministro de la Gobernación, y éste, de acuerdo con el Presidente y Consejo de Ministros, dispuso que varios regimientos de guarnición en otras capitales se pusieran en marcha para Barcelona, pero tuvo que dejar sin efecto aquella disposición, porque las organizaciones obreras de todas las capitales y pueblos más importantes de España manifestaron que tan pronto salieran fuerzas para Barcelona declararían la huelga general en toda España.

La guardia civil y los soldados de guarnición en Barcelona patrullaban por la calles, pero no encontraron motivos para emplear sus fuerzas contra los obreros; pero a los tres días de atravesar por aquella situación tan difícil, de vivir en aquella tirantez, escaseando todos los artículos de consumo, no encontrando ya pan ni nada de comer, aunque se pagara a peso de oro, empezaron los agentes provocadores por cometer atropellos con pacíficos trabajadores que en el uso de sus derechos se negaban a transigir a los deseos de la clase patronal, cuyos atropellos empezaron a caldear los ánimos y de ellos a formular protestas, a las que les contestaban con detenciones arbitrarias y con malos tratos de palabra y de obra, lo que dio lugar, porque la conciencia popular ya estaba hecha, a que sin acuerdo previo todos los obreros de Barcelona se lanzaran a la calle, en tan numerosa proporción, con tal ímpetu, que arrollaron a todas las fuerzas que se le opusieron, y como formidable avalancha, como el más grande huracán, pasó por toda la ciudad destruyendo todas las fábricas, rompiendo maquinarias.

Era un verdadero huracán, que todo lo arrasaba: más aún, más que huracán, volcán que vomitaba lava y fuego parecía Barcelona, pues a las cuatro horas miles de penachos de humo se elevaban al cielo, derrumbándose estrepitosamente iglesias, conventos, fábricas y palacios. Casi todas las casas de aspecto señorial fueron quemadas, pues contra aquellas moradas, en donde se albergaban los causantes de todo, de la miseria del pueblo y de su desesperación, se cebaron.

Pero no era todo ferocidad y deseo de exterminio, porque sin que nadie lo hubiera previsto de antemano, a impulso espontáneo de los generosos sentimientos del pueblo, se había formado un nutridísimo cuerpo de salvamento compuesto por mujeres huelguistas que se multiplicaban acudiendo, sin temor a perder sus propias vidas, para salvar las de sus semejantes sin reparar que pertenecieran a la clase social que pertenecieran.

No había hospitales (los que había, habían sido todos respetados) capaces de sostener a cuantos necesitaban de los auxilios de la ciencia, por lo que en las barriadas obreras, a donde el fuego no llegó, se habían habilitado improvisadamente, conviniendo en que fueran depositados los enfermos y heridos que fueran llegando en las mismas camas de los obreros.

Por todas partes se veían llegar obreras, que en camillas y hasta en brazos, traían enfermos y heridos.

Aquello llenó de pavor a toda la burguesía. Aquellos patronos que no tuvieron ni siquiera compasión nunca para los obreros, al verse en aquella situación pedían misericordia, diciendo que ellos accedían a la jornada de ocho horas, a cuanto quisieran, pero que respetaran a sus propiedades y a sus vidas. Fueron por todas partes diciendo lo mismo a cuantos pudieran influir con el consejo o con la fuerza.

Como la avalancha fue tan de improviso, tan inesperada, las fuerzas que había en Barcelona no la pudieron contener, y arrollada, insubordinada, el individuo de ella que no buscó refugio fue llevado por delante, viéndose obligados de grado unos y por fuerza otros a tomar parte en aquella contienda.

Pasaron varios días después de pacificados los ánimos, bajo la formal promesa de ser respetados los obreros, y de no emplear represalias, pues de emplearlas todos los obreros de España estaban dispuestos a prestarles su solidaridad moral, lanzándose a la huelga general revolucionaria.

Se reconstituyeron muchas fábricas dando entrada a los obreros, trabajando las ocho horas sin disminuir sus salarios respectivos, y se dice: que desde aquella fecha, debido a la impresión que causaron y dejaron aquellos sucesos, cuando los obreros hacen alguna petición, se les atiende mejor, y hasta en los trabajos son más considerados por los patronos y encargados.

IV

¿Qué habrá sido de Rosendo, Balbina y Bienvenida, aquella muchacha joven y bonita, que despreció los bienes que unos malos padres, habiéndola tirado al nacer, al encontrarla mujer y bella le ofrecieron? ¿Qué de toda aquella familia? ¿Qué de la Marquesa y del padre Mariano?

Vamos a saberlo.

Empezaremos por el padre Mariano. Este estaba en el penal de Santoña por haber violado a una niña de nueve años que le confiaron para que la educara, de lo cual se ocupó toda la prensa de

Barcelona y de Madrid, porque la niña tuvo que ir al hospital en un estado verdaderamente lastimoso, y el relato que hizo la niña al juez de instrucción y a los periodistas que la interrogaron, revelaba a las claras la salvaje y feroz manera que aquel sacerdote empleó para violarla, que produjo una indignación popular tan grande, de lo cual es imposible formarse una idea exacta, ni aún aproximada.

Rosendo hacía más de un año que había salido de la cárcel después de haber cumplido los tres años de condena que le impusieron por haber buscado aquellas 25 pesetas para dar de comer a los suyos. Estaba muy envejecido, pero trabajaba en su oficio cuando encontraba quien quisiera alquilarlo.

Balbina, muy envejecida también por el hambre y las penas que había pasado y pasaba.

Azucena, la hija mayor, se encontraba en América ya hacía más de dos años, en donde se tuvo que marchar con su compañero porque inútilmente buscaba quien quisiera darle trabajo en Barcelona.

Librada se había unido a un obrero, impresor, también anarquista, y muy activo entre los de su oficio en favor del sindicalismo, por lo que excusado es decir cómo lo pasaban.

Felicidad permanecía soltera, siendo quien después de trabajar de día en una fábrica, de cerillas, se arreglaba todas las cosas de su casa, aliviando así y consolando siempre a su querida madre.

Helio, el único varón, después de haber aprendido su oficio de ajustador, se fue a América con su hermana Azucena, librándose así de pagar una contribución odiosa.

Y ahora hablaremos de Bienvenida, dejada a ex—profeso para lo último porque al hablar de ella recibiremos una gran sorpresa.

Bienvenida no era ya soltera, pues se enamoró de ella un obrero carpintero, joven y apuesto mozo; y ella de él, y profesando los dos ideas libres, cuando se hablaron como novios más de dos años, y se estudiaron mutuamente, genialidad y carácter, convencidos de que serían capaces de disimularse el uno al otro las incompatibilidades que entre ellos pudiera haber y considerado que podían ser relativamente felices, con el consentimiento de las familias, que les dijeron que aquello era cosa de ellos, se unieron libremente, de cuya unión tenían ya dos preciosos y robustos niños (para los que tuvieron el especial cuidado de librarlos del antihigiénico remojón del bautizo), varón el primero, al cual pusieron por nombre Emancipación, y hembra la segunda, poniéndole por nombre Fraternidad, en los cuales se miraban colmándolos de caricias.

En la huelga general de la que muy a la ligera hemos hecho mención, Bienvenida fue una de las muchas mujeres que se dedicaron a prestar auxilio a cuantos seres humanos lo necesitaron.

Como el pueblo al lanzarse hostigado y desesperado para aplacar sus iras se dirigió contra los edificios señoriales, la casa de la Marquesa de Ambientitela, cuya señora hacía más de tres años que no salía a la calle ni quería recibir visitas de nadie, habiendo dispuesto fueran vendidas todas las propiedades excepto el palacio que habitaba, como se hizo, entregándose del importe de lo vendido en billetes del Banco, que conservaba; este palacio fue también pasto de las llamas, y agrietados y desmoronados sus gruesos paredones, y como aquellas mujeres valerosas y humanitarias que en aquella jornada se dedicaron al salvamento, entraban intrépidas en los sitios de más peligro, varias de ellas entraron allí, encontrando a la marquesa sola (pues los criados abandonaron la casa al declararse la huelga general), y en la misma sala que la vimos en la

entrevista con Bienvenida, pero asfixiada casi, con algunas quemaduras en sus desnudos brazos y en las manos, manando sangre de la cabeza, de un fuerte golpe que había recibido con un grueso cascote desprendido de un muro de la misma habitación, siendo sacada de allí con premura y entregada a las cuatro primeras mujeres que encontraron dedicadas al servicio de conducción, entre cuyas mujeres, porque para este servicio se habían ofrecido las más jóvenes y resistentes, estaba Bienvenida, que en el estado en que fue entregada la Marquesa no la reconoció, y a su propia casa se encaminaron, porque su casa era la destinada para llevar a la primera persona enferma o herida que encontrasen, quedando ella de enfermera.

Bienvenida prestó a la Marquesa los primeros cuidados sin reconocerla aún; pero después de lavada la sangre que cubría su rostro, de recogido el cabello, de preparada, en fin, se fijó en ella y aunque había variado mucho de cuando ella la vio por última vez, la reconoció, alegrándose que a ella le hubiese tocado tenerle en su casa y ser su enfermera.

Un buen médico, muy conocido por sus méritos como hombre de ciencia y por sus ideas libres, lo que le valió el anatema de todos los reaccionarios, fue quien se encargó de la asistencia de la Marquesa, y con los solícitos cuidados que empleaba Bienvenida, muy pronto quedó fuera de todo peligro y en camino de su total restablecimiento.

La Marquesa, convenientemente preparada para no causarle mal con la emoción que pudiera producirle, supo que quien la cuidaba era su hija, que estaba en su casa; y que sin acordarse al parecer de nada, la trataba con mucho cariño y con todo género de delicadeza, y esto lo supo, pero rogándoles Bienvenida que no dijera nada, pues

ella quería dar una sorpresa a toda su familia, por lo que revelarían, seguramente, una vez más sus buenos sentimientos.

Hay que advertir que cuanto tenía la Marquesa lo había devorado el fuego, porque teniendo sus riquezas reducidas a billetes de banco dentro de aquel palacio de su propiedad, el fuego lo había purificado.

Ya restablecida la Marquesa, para el primer domingo invitó Bienvenida, de conformidad con sus compañeros, a comer a sus padres y a sus hermanas, Librada y Felicidad, los que gustosos acudieron, sentándose todos a la mesa en compañía de la Marquesa (a la que todos la llamaban la señora Juana, porque ella dijo llamarse así) por quien ignorando su posición social, sus títulos, quien fuera, toda la familia se había interesado, preguntando por ello y aportando, dentro de su pobre situación, con cuanto pudieron.

Al terminar la comida, la modesta comida que Bienvenida preparó, se levantó ésta, y con voz timbrada y sonora, dijo:

—He guardado para este día el daros una sorpresa que creo ha de seros agradable, porque sé quiénes sois y como juzgáis las faltas y hasta los crímenes que en este desconcierto social en que vivimos los seres humanos se ven precisados o impulsados a cometer. Recordaréis que cuando la prisión de papá estuve sirviendo en casa de una Marquesa, llegando un día a nuestra casa diciendo que había sido despedida.. Pues bien, mentí entonces, pues mi venida fue porque la casualidad me llevó para que fuera a formar parte de la servidumbre de mi propia madre, de la madre que me trajo al mundo, y al reconocemos, por la sospecha que pude infundirle al ver mi cara, por el instinto de madre, por lo que fuera, y por mi

curiosidad, me vine a mi casa a seguir viviendo entre vosotros, despreciando lo que aquella madre Marquesa y rica me ofrecía, que eran sus títulos y riquezas, y lo que un padre sacerdote, influyente entonces, pudiera proporcionarme. ¡Pero hoy aquella madre, creo que habrá ya purificado su falta con sus propios remordimientos, perdió los títulos, fueron devorados por el fuego, como lo fueron todas las riquezas que poseía, es ya pobre, y en este caso ya no quiero... no puedo despreciarla! ¡Y si yo la absuelvo, si por mí está perdonada, vosotros que sois tan buenos, también sabréis perdonarla! ¡Hela aquí!

Y levantándola del asiento en donde la grata emoción y el llanto no la dejaba articular palabra, les dijo a todos:

— ¡Esta es mi madre, la señora Juana!

Dicho esto, los brazos de Bienvenida enlazaron el cuello de la Marquesa a quien cubrió su rostro de besos, consolándola.

Todos lloraban. Aquella escena hubiera enternecido a los más empedernidos corazones.

Los hombres se levantaron, y estrechando la mano de aquella mujer, sólo pudieron embargados por la emoción, decir: ¡Cuéntenos como de familia... pues nosotros la respetaremos y estimaremos siempre!

Y Balbina, Librada y Felicidad la abrazaron y besaron prometiendo amarla siempre como se ama a los seres queridos de la familia.

La que fue Marquesa infeliz, vivió después muchos años siendo mujer del pueblo, pero muy feliz, por el amor desinteresado que le profesaban la familia de Balbina y Rosendo, a quienes siempre

Bienvenida les siguió queriendo igual, considerándolos como a sus verdaderos padres.

La señora Juana, como siguieron llamándola, cada vez más feliz, porque Bienvenida llegó a amarla, y porque al ayudar trabajando siempre en las faenas de la casa, se veía a todas horas rodeada de sus nietecitos, que amaba, que la querían y la besaban.



DESAHUCIADOS
NÚM. 351

Por Diego R. Barbosa
15 CÉNTS.

DESAHUCIADOS

Novela

Diego Rodríguez Barbosa

En las proximidades de una populosa ciudad andaluza y en unas minas o canteras de donde se extrajera, en tiempo ya bien remoto, material de construcción para edificar tanto malhadado albergue a las miserias e injusticias de los hombres, otros hombres, escarbando como topos, habían labrado unas así como cavernas que les servían de morada, de refugio al frío y a las inclemencias de la sociedad, más crueles e inicuas que las de la Naturaleza.

Estos hombres, que en otro tiempo tuvieron albergue en la ciudad, de donde fueron desahuciados por no poder pagarlo, viéronse obligados, impelidos por la necesidad, a labrarse aquellas toperas donde guarecerse con sus respectivas familias, más bien numerosas que reducidas, y de donde pensaron que jamás se les echara, que se les desahuciara, como lo habían sido ya más de una vez de la ciudad.

Y eran tres hombres y tres familias. El primero, zapatero, con mujer y cuatro gurripatos, el mayor de diez años, legañosos y mocosos, enclenques, encanijados. El segundo, hojalatero, con su correspondiente socia y sus no menos correspondientes chiquillos, en número y condiciones como los de su vecino. El tercero no tenía oficio ni profesión determinada, hacía de todo y en nada era

profesional; era una verdadera enciclopedia; lo mismo hacia soplillos, espuelas, escobas y escobones de palma, que flores de trapo, maceteros, canastitos de papel y de mimbre, muñecos y molinos de viento, carritos, caballitos y borriquitos, y otros muchos juguetes de ínfimo valor artístico como monetario. Cualquiera diría al verlo siempre tan atareado en sus labores, que aquel hombre había estado en presidio donde tal vez aprendiera aquel maremágnum de cosas.

Su mujer se encargaba de venderlas en el mercado de la ciudad, a donde iba diariamente acompañada de su única hija, una niña de doce años que ayudaba a su madre en la tarea de despachar todas las baratijas que pudiera para poder adquirir con su producto el pan de cada día.

Los otros convecinos también acudían a la ciudad a vender y a entregar las composturas que se les confiaban, cuyo producto nunca venía íntegro, debido a que, algo aficionados a empinar el codo, se dejaban una gran parte en las tabernas. Los hijos esperaban boquiabiertos que sus padres les trajeran de comer y algunas veces boquiabiertos se quedaban sin saciar el hambre que en ellos era hereditaria.

Esto sucedía cuando sus padres tenían algún chapucillo que arreglar; cuando no, obvio es decir cómo las pasaban aquellos infelices. Tenían que salir los mayorcitos a mendigar algunos céntimos o mendrugos que tenían que traer a la cábila, de lo contrario nunca se libraban de algunos sopapos.

Las madres de aquella chiquillería también tenían que salir de vez en cuando a buscar qué comer, sin importarles a sus respectivos cónyuges cómo ni de qué manera lo conseguían; la cuestión era

acarrear algo que engullir, y si algo de beber pudieran traer, tanto mejor.

Mientras tanto los dos compadres, que así se llamaban mutuamente, se entretenían con la mugrienta baraja, o en contarse sus andanzas y hechos por el mundo, que no eran muy edificantes que digamos. Muchos por menos, por muchísimos menos, habían ido a rodar a un presidio, pero ellos nunca habían pisado ni la cárcel de su pueblo, de lo que frecuentemente se jactaban.

No así el otro vecino, el fabricante de aquella juguetería burda y rudimentaria. Hijo de padres campesinos no había podido aprender otra cosa que escardar, segar y demás faenas agrícolas que tan buen pan proporcionan a muchos que nunca lo merecieron. Cuando fue hombre, casóse, y cuando ya tenía tres hijos, el mayor de los cuales contaba apenas cuatro años, cayó preso, y como no tenía padrino ni dinero que lo sacaran en libertad, la perdió por varios años, los que cumplió día por día en el Penal del Puerto de Santa María y de donde no hacía ni seis meses que había salido.

No he de ocultar yo el delito que cometió Roque que así se llamaba el licenciado de presidio, ya que él nunca lo ocultó: el de tener en su casa, por varios días, a un amigo que, siendo presidente de la sociedad de obreros campesinos, fue perseguido y detenido por la guardia civil, por imputársele el delito de incendiario de un bosque propiedad del cacique del pueblo.

Lo que se proponían fue conseguido: poner en dispersión a los obreros organizados, cerrar el local y quitar del pueblo a los más significados.

El presidente fue condenado a cadena perpetua por incendiario, dos obreros más a catorce años de presidio por complicidad en el hecho apuntado, y Roque a ocho años por encubridor.

En el Penal del Puerto aprendió a leer y escribir, así como también aprendió a fabricar todo aquello que dejamos dicho escasamente le daba de comer.

No había querido volver a empuñar la esteva, porque encontraba más libre y más seguro lo que había aprendido durante el tiempo de su encierro.

Los otros dos hijos habían muerto de inanición durante la condena, habiéndole quedado únicamente la mayor.

Lo que pasó su pobre mujer mientras tanto, particularmente mientras él no fue aprendiendo de hacer todas las baratijas que ella le vendía en la calle, no tiene punto de comparación. Dos veces había sido desahuciada aquella buena mujer, aquella fiel compañera, del cuartucho que habitaba, y cuando Roque salió estaba a punto de serlo por tercera vez.

Trasladados a la capital andaluza, vivieron algunos meses con algún desahogo, hasta que vino el ensanche de la población al mismo tiempo que el incremento de la industria que a tantas familias proletarias dejó sin albergue. Ellos fueron pues una de tantas, y es por eso que nos los encontramos viviendo en aquellas cuevas que encontraron semiabiertas y que tuvieron que terminar escarbando con las uñas para poderse guarecer en ellas. Tres metros más o menos de la de Roque estaban las de sus convecinos, una a un lado y otra al otro, por lo que algunas veces se hacía la ilusión de que estaba todavía habitando en el hotel que la justicia histórica plúgole arrendar.

La mujer de Roque estaba frita con aquella chiquillería indecente, rufiana y descarada. Tan primorosa, tan aseada y tan pulcra, dentro de lo que le permitía su estado económico, tenía que andar siempre con la escoba en funciones para tener libre la delantera de su cueva, de tiestos y de insectos repugnantes que aquellos desalmados padres e hijos les acarreaban. Más de una vez tuvo que emprenderla a escobazos con los chicos para despejar la puerta y verse libre de tanta miseria.

Pero el marido la reprendía, a la vez que daba algún pedazo de pan a los vecinos, con el fin de que se retiraran y no se alterara la armonía y la paz con aquellas familias de presidiarios sueltos.

Había oído decir más de una vez, cuando joven, que España era un presidio suelto, y allí lo estaba viendo palpablemente. ¡Cuántos padres de familia, decentes, honrados, trabajadores, artistas, había conocido él en presidio que debían estar en sus casas al lado de los suyos, trabajando, produciendo, siendo útiles a la sociedad, a la Humanidad, mientras que un sin fin de canallas, hipócritas redomados, tartufos", gente rufiana, acaparadores y dilapidadores del producto del trabajo honrado vivían en plena libertad; mientras que los Tenorios pisaverdes, crapulosos y degenerados, corroídos por la gusanera del vicio y de todas las lacras sociales gozaban de comodidades y expansión!.

¡Cuánto se acordaba de aquellos buenos camaradas que para siempre dejara enterrados vivos en las hediondas mazmorras del penal del Puerto de Santa María!

¡Tan sencillos, tan trabajadores, tan buenos y tan nobles, siempre con el suspiro en la boca y la sonrisa en los labios!

De quien más se acordaba Roque era de Justo, de aquel joven de veinte años que había sido su maestro, tan bueno, tan solidario, siempre presto a ayudar a cualquiera en aquello que pudiera; siempre silencioso, cabizbajo, meditativo, con dos cadenas perpetuas a falta de una, por el terrible delito de matar en defensa propia.

Justo había sido su maestro: le enseñó a leer y a escribir, lo puso al corriente en aritmética y le enseñó otras muchas cosas que quedaron indeleblemente grabadas en su mente. Roque no podía olvidarlo. ¡Imposible!

El día que cumplió su condena, Roque se despidió de Justo con lágrimas en los ojos, pero sin poder articular palabra. Justo no pudo tampoco hablarle mucho; tan sólo pudo decirle, con voz entrecortada por la emoción: "Salud, amigo Roque, salud; y aunque no te acuerdes más de nosotros, sigue estudiando."

Y Roque se acordaba de ellos y seguía estudiando y observando y viendo con sus propios ojos todo lo que en el Penal había oído de boca de Justo.

Los jueves iban los tres a la ciudad, dirigiendo sus pasos a la típica calle de la Feria, donde se situaban con su tienda, quedando madre e hijo al frente, mientras él iba a hacer su acostumbrada visita a casa de su buen amigo el doctor, hombre de buenísimos sentimientos y de elevadísimos pensamientos, con quien cambiaba impresiones sobre los acontecimientos de actualidad.

Y después de dejar algunos céntimos para presos, se marchaba a recorrer los rastros donde encontrar alguna lectura, regresando después a su cubil un tanto satisfecho por la adquisición de algunos librotos de autores raros y extravagantes donde ensimismarse

leyendo y empaparse de su contenido. Así es que tenía un gran cajón atestado de lectura, leída y releída más de una vez en los ratos que el trabajo le dejaba libre.

También su simpática hija Adelita se iba iniciando en las lecturas que el padre le traía, como la *Cartilla Filológica*, *Aventuras de Nono*, *Sembrando Flores* y otros no menos instructivos y educativos. La niña se fue aficionando tanto a los libros de su padre, que bien pronto olvidó todas las monsergas, sandeces y paparruchas enseñadas por las catequistas del Puerto.

¡Qué contraste con las familias de ambos lados! Estas no sabían ni querían saber nada de aquello que era guía y norte de Roque, aquello que animaba y alentaba a nuestro amigo haciéndolo consciente y noble, decente y digno. Y mientras que por la noche Roque leía o leía su hija, ya que la madre no podía leer por ser analfabeta, de lo que se lamentaba, las otras familias no hacían más que jugar, o bostezar los padres, gritar o lloriquear los chiquillos. Y esto era lo más tolerante y honesto, pues cuando tenían vino en sus estómagos, aunque no el pan suficiente, el escándalo y algarabía se oían desde una legua.

Un día amaneció enferma la pobre mujer del zapatero, o mejor dicho, cayó en cama, puesto que enferma lo estaba ya de bastante tiempo sin duda, por la falta de calor en el estómago y sobra de humedad y frialdad en los huesos.

Martín, que así se llamaba el marido, vino a poner en conocimiento de Roque la triste situación de su esposa, como si éste pudiera remediar algo de aquella desgracia.

Roque penetró por primera vez en la cueva de aquella familia. En un sucio colchón que sobre el suelo descansaba yacía la infeliz,

pálida como una pajuela y apenas sin aliento. Los dos chicos mayores habían sido ya despachados para la urbe en busca de algo que traer: el más pequeño dormía aún sobre un montón de trapos que había en un rincón, tan tranquilo como si fuera el hijo de un banquero sobre mullido lecho.

Más lástima causó a Roque la vista de aquella inocente criatura ajena de todo aquello, que el estado verdaderamente delicado y angustioso de aquella pobre mujer y de aquel pobre hombre. Más lástima porque la criatura era irresponsable, mientras que los padres, los autores de sus breves y míseros días, podían ser calificados en parte como responsables de sus desdichas, de sus miserias.

Roque reflexionó un poco y al fin dijo:

— Poco puedo hacer yo en este caso, amigo Martín, pero sin embargo puedo hacer traer un médico.

¡Un médico! —repuso el zapatero con extrañeza—. ¡Un médico hasta aquí! ¿Y quién lo pagará?

— Un médico sí, un médico, que ya está pagado.

Y salió para la ciudad con pasos acelerados.

Al llegar Roque a la plaza de San Marcos, un grupo numeroso de gente del pueblo estaba estacionada a la puerta de casa del médico.

— ¿Qué habrá ocurrido? —pensó él acercándose y preguntando a la primera mujer que se retiraba con un niño de corta edad y de aspecto enfermizo:

— Lo que ha sucedido —dijo la mujer— es que a la misma hora de las consultas ha llegado la policía y se han llevado al doctor no

sabemos por qué ni para qué, dejándonos plantados a todos. Por supuesto que si no me hubiera cogido a mí con esta criatura en brazos, lo que toca a esos perros no se llevan al doctor a estas horas y quizás a ninguna.

Roque se abrió paso por entre las mujeres, que por nada se querían retirar de la puerta en espera de que regresara el doctor.

Una vez dentro pudo saber que su amigo el médico había sido llamado por el comisario de policía con objeto de hacerle algunas preguntas.

Todo el hueco del día estuvieron esperando al médico, hasta que allá a las seis de la tarde apareció

— ¿Qué ha sido eso? —preguntó Roque estrechándole la mano.

— Nada de particular, amigo Roque, nada de particular; ganas de molestar y nada más. Si lo siento es por mis pobres enfermos, por los que vienen a mi puerta y por los que no pueden venir.

Y luego, limpiándose el sudor de la frente, agregó dirigiéndose a Roque:

— ¿Hay alguna novedad por allá por tu barrio?

— Sí que la hay.

— ¿Qué es ello?

— Una pobre mujer que amaneció agonizando y a estas horas no sé si habrá expirado.

— Iré cuando vaya a ver a dos enfermos graves que tengo, uno en Triana y otro en San Bernardo, y después, a la hora que sea, iré a ver a esa pobre.

— Muy bien. Y yo me marchó a comer y a ver cómo sigue, y después me saldré a la carretera para enseñarte el camino.

Dos horas después llegaba Roque con el médico, sirviéndole de luz el farol del coche, que no podía llegar hasta allí.

El estado de la enferma fue pronosticado de gravísimo, tan grave que no tardaría en expirar ni veinticuatro horas, dado que la anemia había ya avanzado demasiado.

Quiso interrogar al marido, pero éste no se dio por entendido, pues la borrachera lo había hecho insensible a todo lo que pasaba a su alrededor por culpa suya.

No obstante el médico sacó de su bolsillo interior una moneda de cinco pesetas y fue a entregársela; pero dándose cuenta de la situación de aquel hombre, la entregó a Roque, diciéndole:

— Toma, tú, para que compréis algo que comer para esos infelices chicos que ahí duermen. Y en cuanto a la madre, que siga tomando esa tisana y ese caldo preparados por tu mujer hasta que por la mañana vengan a recogerla para llevarla al hospital.

Y diciendo esto, salió seguido de Roque, quien lo acompañó hasta el coche.

Cuando, a las cinco de la mañana, llegó el furgón de la Cruz Roja, sólo pudo recoger un cadáver. La pobre mujer había fallecido media hora antes. El zapatero gimió y lloriqueó cuanto pudo, y después, acompañado de su compadre el hojalatero, siguió el cadáver hasta su última morada. De aquella casa grande y ventilada ya nadie la desahuciará, pensó un tanto filosófico el compadre. Y para no perder la costumbre, a su regreso tomaron algunas copitas en la taberna donde eran asiduos parroquianos.

Un mes hacía ya que no cesaba de llover, un mes sin que el astro rey derramara sus rayos vivificadores y fulminantes sobre la alegre y sentimental ciudad del Betis. Una atmósfera tupida y pegajosa cerníase sobre ella, lloraba sobre ella una llovizna fina pero pertinaz. El río, el pintoresco y serpentino Guadalquivir, venía cada vez más crecido, sus aguas cada día más elevadas. Temióse como en otras invernadas, que la inundación de la vega de Triana y de esta popular barriada fuera un hecho... y un hecho fue.

Tres días duró la inundación, no tan solo por la parte mencionada, sino también por la parte por donde nuestro amigo Roque tenía su primitiva morada. Por allí las aguas habían rodeado la cantera, no pudiendo hacer irrupción en ella por impedirlo la elevación de las tierras extraídas de la misma que formaban un círculo cerrado a su alrededor.

Dos días tardaron las aguas en dejar expedito el camino o sendero que conducía a la carretera; dos días que estuvieron aquellos moradores aislados sin poder salir. Después de los dos días, sólo quedó una gran laguna por la parte donde estaban situadas las viviendas troglodíticas de aquellas tres familias.

Entonces salieron cada cual a sus quehaceres y menesteres.

Un domingo salió Roque con su familia, y después de terminar la venta y de almorzar, se dirigieron al teatro del Duque. Había de celebrarse en dicho teatro un grandioso mitin de afirmación sindicalista, y nuestros amigos acudieron con tiempo para ocupar un buen sitio. A las dos de la tarde empezó el acto, terminando sin novedad a las cinco de la tarde.

Por la noche uno de los oradores, venido de Barcelona, daba una conferencia en el local de sindicatos de la calle Trajano. Roque pensó quedarse a oírla, y su compañera e hija, entusiasmadas por haber oído a los oradores del mitin, quisieron quedarse también. Roque no se opuso; muy al contrario aceptó gustoso.

Comieron, y después fueron a ver al amigo doctor, con el que salieron para oír la conferencia anunciada. Antes de terminar empezó a llover torrencialmente, y de la misma manera seguía lloviendo después de terminado el acto. Imposible pensar en regresar aquella noche a su casa. Entonces el doctor influyó para que se quedaran en el local hasta el día siguiente.

Por la mañana, después de haber pasado la hora del mercado, regresaron a su hogar; las puertas de las tres cuevas no se distinguían; por más que aguzaban la vista no lo conseguían. Entonces aceleraron el paso, notando cada vez que algo extraordinario había ocurrido durante su ausencia.

Y, en efecto, cuando llegaron encontráronse con que habían desaparecido las cuevas. El agua de la laguna, que aún no se había agotado, se había ido filtrando en el terreno, empapándolo, reblandeciéndolo hasta el punto de que se hundiera simultánea o repentinamente todo el terraplén que servía de techo a las habitaciones de aquellas infelices familias.

Obvio es decir cuál sería el espanto y la emoción de los que por oír la conferencia se habían quedado fuera de su casa. La conferencia los había salvado. Si se hubieran venido hubieran quedado sepultados entre piedras y tierras, como lo estaban sin duda la familia del zapatero y la del hojalatero.

Y he aquí cómo aquella familia honrada, que había sido tantas veces desahuciada por la avaricia y maldad de los hombres, lo había sido una vez más por las fuerzas ciegas de la Naturaleza, quedando esta vez sin sus modestísimos y pobres muebles y algunas escasas ropas que constituían su ajuar.

— ¿Qué haremos? —interrogó la compañera después de breves minutos de silencio.

— Qué quieres tú que hagamos, sino marcharnos a buscar otro albergue más seguro que éste.

— Y daremos cuenta a la Justicia desde luego —dijo ella un tanto repuesta y animada.

— Por mi parte no pienso dar conocimiento a la señora esa — repuso Roque—, pues la que consiente que los trabajadores, después de edificar tantos palacios, sean lanzados con todos sus trastos a la calle por el solo hecho de no poder pagar la habitación, no debe importarle nada que esos mismos trabajadores queden sepultados como han quedado esos y desahuciados tan trágicamente como lo hemos sido nosotros. En cuanto a sepultura, con seguridad que la Justicia no le daría otra mejor que la que tienen... Así es que nos marchamos por donde hemos venido y con dirección a casa del doctor, a quien únicamente contaremos lo ocurrido.

Y diciendo esto nuestro amigo Roque, con su compañera e hija emprendieron la vuelta a la ciudad.

Tres días habían transcurrido desde el triste suceso del que Roque y familia habían salido ilesos, ocupando ya desde el segundo un

cuarto en el hermoso y amplio edificio donde se albergaban los sindicatos de la localidad.

Hasta aquella tarde no se oyó hablar del suceso ocurrido en la cantera. Roque pudo leer en la prensa local que de las tres familias se había salvado una y el hijo mayor de una de las sepultadas, niño de diez años, que fue quien dio conocimiento a la guardia civil que pasó al día siguiente por la carretera. El niño se había salvado por haberse quedado precisamente fuera de su casa, cosa que ya había hecho varias veces por miedo a su padre, que le propinaba algunos azotes cuando no podía traer nada a sus hermanitos.

— Estamos enterados. ¡Pobre Natalio, qué habrá sido de él! — pensó Roque con mezcla de indignación y de lástima, y guardóse el periódico para que su querida hija Adelita se lo leyera a su mamá.

— ¡Pobre Natalio!, —exclamó la niña al leer la noticia—. ¿Dónde habrá caído?

— Puede ser que algún día nos lo tropecemos por esas calles — repuso la madre con lágrimas en los ojos.

— Si no lo han metido en el hospicio, tal vez —insinuó el padre, un tanto emocionado.

— Lo más probable es que así sea, pues aquí, como en El Puerto, no faltan catequistas ni filántropos que se interesen por la suerte de los que ellos han hecho ya desgraciados —dijo Adelita, que iba adaptándose al lenguaje y filosofía del autor de sus días.

Y así era, en efecto. Cuando Natalio, que así se llamaba el hijo mayor del hojalatero, quiso presentarse a sus padres con una gallina que había descolgado de un despacho de aves del mercado de la Puerta de la Carne (23), encontróse con el terrible espectáculo que

tanto impresionó a Roque y familia. Más de una hora estuvo el pobre niño dando vueltas y más vueltas, gimiendo y llorando por sus padres y sobre todo por sus hermanitos. ¡Él, que se había expuesto ya más de una vez a caer en manos de la guardia de seguridad por traer algo con qué acallar el hambre de aquellos infelices desgraciados! ¡Él, que aquella mañana venía, después de hacer noche en el umbral de una de las puertas de la catedral, con una gallina tomada por asalto en el mercado de la Puerta de la Carne, tan contento porque sus hermanitos iban a comer aquel día carne de gallina, y encontrarse con que las cuevas se habían hundido, habiendo desaparecido bajo el peso de toda aquella argamasa de tierra calcárea, empapada por el agua que dejara la terrible inundación de los días pasados!

Harto ya de llamar a sus padres y hermanos, hartos ya de pedir socorro, se retiró con dirección a la carretera, no sin antes arrojar la gallina en un charco. Entonces fue cuando se encontró con la pareja de la benemérita, que al verlo venir tan angustiado y compungido, le llamaron e interrogaron:

— ¿Por qué lloras?

Natalio contó a los guardias lo que ya el lector conoce, y guiados por el niño fueron hasta la cantera, donde pudieron apreciar el terrible hundimiento.

Aquella misma tarde fueron extraídos los cadáveres del zapatero y sus hijos, el del hojalatero, mujer e hijos, faltando la familia del florero, que no por otro nombre era conocido nuestro amigo Roque, y Natalio, que desde el siguiente día ingresó en un asilo por no tener parientes ni habientes que quisieran tutelarlos.

Tres meses habían pasado ya desde el macabro suceso que ocasionó la muerte de aquellas miserables familias y el desahucio de nuestros amigos. Éstos seguían habitando el local de los sindicatos y viviendo del producto de su trabajo. Madre e hija salían diariamente con su baza ambulante a estacionarse cada día donde mejor les parecía, mientras el padre se quedaba atareado en sus faenas.

Por la noche, Adelita asistía a las clases de dibujo, geografía e idiomas, que en el mismo local se daban.

Un día que Adelita regresaba con su madre de terminar la venta, al desembocar a una plazuela tuvieron que detenerse un poco hasta dejar paso a una de esas procesiones tan frecuentes en la alegre y risueña Sevilla. Acompañando a las imágenes iban dos filas de niños ostentando en sus pechos las insignias del colegio, o asilo, a que pertenecían y en su mano derecha una vela encendida.

Adelita y su madre miraban atentas las caras de aquellos pobres niños, débiles y pálidos como la cera que ardía en sus manos. De pronto Adelita creyó reconocer en uno de ellos al hijo del desgraciado hojalatero. Fijóse un poco más y al fin pudo convencerse de la verdad. Quiso llamarlo, pero se detuvo por ir el niño por la fila de enfrente. Entonces se lo dijo a la madre, y ambas corrieron por otra callejuela hasta salir al encuentro de Natalio por el mismo lado que marchaba.

El niño tenía que pasar forzosamente rozando a Adelita y su madre.

— ¡Natalio! ¡Natalio!

Natalio volvió la cabeza, y pudo reconocer a las que tantas veces le habían socorrido con algo de pan y de vituallas, a sus antiguas

vecinas, que tanto se acordaba de ellas diariamente y que suponía muertas por efecto del hundimiento que de manera tan violenta arrebató a sus padres y hermanos.

Natalio no quería creer lo que sus propios ojos veían. Se detuvo un poco para cerciorarse mejor.

— ¿No nos conoces ya? —dijo la niña con acento melancólico.

— Sí, sí, ya lo creo; os conozco bien, no puedo olvidar... de ninguna manera vuestras amables caras. Pero no puedo detenerme hoy; ya nos veremos otro día...

La voz de una de las hermanas que iban de guardianas de aquel rebaño infantil se dejó oír lúgubrementemente:

— ¡Vamos niño, vamos, que pierdes tu sitio y siembras el desorden!

Natalio apresuróse a ocupar su lugar y no pudo decir ni a qué asilo pertenecía.

Juana y su hija se retiraron apesadumbradas, cabizbajas y pensativas. Al llegar a su casa contaron al padre lo que había ocurrido.

— ¿De verdad? —dijo Roque con mezcla de pena y de alegría.

— ¡Y tan verdad, papá mío, tan verdad! ¡Pobre Natalio, quién pudiera sacarlo del asilo y traérselo con nosotros, aquí como un hermano mío, como hijo tuyo, papá!

— Si tú quieres, desde mañana se puede intentar el sacarlo. Se lo contaré esta noche al doctor y verás como él nos da una fórmula o nos busca influencia para que tu tengas un hermanito.

— Sí, papá, sí —dijo Adelita, abrazando loca de alegría a su padre.

Y vendrá a clase como yo y como yo aprenderá muchas y buenas cosas.

— Como tú aprenderá y como tú llegará a ser un hombre de provecho. Es decir, tú una mujer y él un hombre, ¿no es eso?

— Es natural: él será un hombre, yo seré una mujer y ambos seremos a la vez dos buenos amigos, dos buenos camaradas.

— Bueno: ahora vé y cuéntaselo a tu madre, a ver qué le parece lo que tú deseas.

— Mi madre ya lo sabe y le parece, que está muy bien pensado y mejor sentido. Solo se necesitaba tu conformidad y ya la tenemos; así es que manos a la obra y contra más pronto mejor.

Aquella noche no pudo Roque ver a su amigo el doctor debido a los muchos enfermos pobres que tenía que asistir, los cuales casi no le dejaban dormir muchas noches.

Al día siguiente, Adelita y su madre, al regresar de la venta y ya informadas de donde estaba el Asilo del Corazón de Jesús, quisieron pasar por la puerta, y así lo hicieron. Pero por ser la principal estaba cerrada y no se permitía la entrada más que los domingos y a los de familia.

Entonces pensaron acercarse a la puerta falsa, o sea a la del jardín, que por ser verja de hierro permitía ver algo del interior de aquel cementerio de almas semivivas.

Próximos a la verja había varios chicos; uno de ellos era Natalio.

— ¡Natalio! ¡Natalio!

El niño volvió la cabeza, reconociendo al instante a sus antiguas vecinas.

— ¿Que vienen ustedes a sacarme de aquí? —dijo el niño acercándose a la verja.

— Si tú quieres, te sacaremos —contestó Adelita emocionada, dándole un papel con algunas golosinas.

— ¡Que si quiero! ¡Vaya si quiero!

— Pues bien: dinos cómo y de qué manera, y ya nosotros obraremos.

— La manera, la manera no puede ser otra que escapándome de aquí.

— ¿Y cómo va a ser eso?

— Muy sencillo. El domingo que viene salimos nuevamente a una fiesta que se celebrará en la catedral. Vosotras os introducís con el público y procurad facilitarme una boina, y después me esperáis en el jardín de Murillo.

— Muy bien. Hasta el domingo.

Y madre e hija se retiraron de la verja tomando la dirección de su casa.

La catedral estaba ricamente, pomposamente adornada, como para celebrarse en ella una de las funciones más solemnes que la Iglesia celebra en el año. A dicha función asistían todos los colegios y asilos, con sus correspondientes batallones infantiles de ambos sexos.

Antes que el asilo donde Natalio estaba llegara a la catedral, Adelita y su madre ya estaban situadas en sitio a propósito, y cuando pasó junto a ellas con su cabeza de rizados cabellos rubios al descubierto, Adelita le entregó un pequeño envoltorio que el niño ocultó con disimulo bajo su blusa.

Cuando todos los niños habían entrado, Natalio, aprovechando la confusión que se produjo con el público y la semioscuridad del interior del templo, que aún no estaba completamente iluminado, se arrancó de un tirón el corazón de trapo que pendía de un alfiler sobre el suyo y saliéndose y calándose la boina hasta los ojos se escurrió por entre el gentío novelero y mojigato y fue a salir por la puerta de enfrente.

Cinco minutos después llegaba al jardín de Murillo.

Obvio es decir la alegría que experimentaron madre e hija cuando vieron acercarse a Natalio.

De allí corrieron los tres y desaparecieron por el laberinto de callejuelas conocido al dedillo por el desertor, hasta llegar en menos de un cuarto de hora a casa de sus inolvidables vecinas.

Todos los días acompañaba Natalio a madre e hija al mercado, donde instalaban el bazar, y el resto del día lo empleaba en el aprendizaje de todo aquello que Roque fabricaba. Por la noche asistía a la escuela, donde aprendía a leer y a escribir, pues en el asilo no había empezado todavía a dar lección alguna, debido a que siempre estaba castigado y aislado de los demás, en prevención, según decía la hermana Sor Casiana, de que contagiara con su carácter díscolo y su mala educación a los demás asilados. Allí no hubiera aprendido nunca, pues el niño no podía adaptarse a aquella vida de encierro, falto casi siempre de aire puro, de sol y de libertad.

Acostumbrado como estaba a andar por todas partes, Natalio no podía sufrir aquel martirio de verse enjaulado como los pájaros.

Es por eso que siempre estaba deseando el menor descuido para escaparse al jardín, y por la verja de hierro miraba la calle, contemplándola con tristeza, añorando los tiempos aquellos, aún próximos, que la tenía por suya para todo, hasta para dormir inclusive.

¡Con qué gusto salía por las mañanas cargado con su canasto a la cabeza, acompañando a su madre y hermanita adoptivas, volviendo después al lado de ellas sin separarse de las mismas hasta casa, de donde ya no salía como no fuera por algún recado o de paseo algún domingo!

En poco tiempo aprendió lo increíble aquella despierta imaginación de golfillo que estuvo a punto de perderse, de apagarse como una luz, de haber seguido bajo la férula inquisitorial de Sor Casiana.

Cuando algún camarada le preguntaba si quería volver a ver a Sor Casiana, solía responder:

— No quiero que me hablen de ella, no quiero ni acordarme de su estampa. Si no me hubiera encontrado a esta buena familia, me hubiera salido, escapado igualmente, aunque no tuviera otro techo por las noches que el que tuviera durante el día; ya sabría como arreglármelas...

— ¿Intentaste alguna vez evadirte?

— Lo intenté una vez y me salió frustrado el intento. Habiendo encontrado abierta la puerta del jardín, me salí por ella a la calle, pero antes de doblar la esquina alcanzóme Sor Casiana, que me

agarró por un brazo y casi a rastras me llevó hacia la puerta, dándome un fuerte empujón y diciéndome:

Entre usted, granuja, truhán de los diablos; yo le diré que se salga a la calle otro día.

“Tres días me tuvo encerrado en una habitación húmeda y oscura como boca de lobo, durmiendo sobre un montón de paja podrida y dándome pan y cebolla como único alimento.

" Gracias a Sor Matilde, aquella buena hermana que nunca olvidaré, que enterada de lo ocurrido hizo que me sacaran y consiguió para mí una semana de jardín. ¡Aquella sí que era buena, Sor Matilde!

" A los pocos días fue cuando salimos con la procesión y me encontré con esta familia, quedando de acuerdo con ella para mi evasión”.

En Sevilla, como en las demás poblaciones importantes de España, la organización obrera había llegado a su apogeo. El entusiasmo era grandísimo. Los actos públicos se sucedían con pocos días de intervalo, cuando no por un sindicato por otro; particularmente por las noches, que nunca faltaba un buen compañero inteligente que diera una conferencia sobre cualquier tema, tanto para hombres como para mujeres, pues de estas últimas había un gran contingente en la organización obrera sevillana.

Las huelgas también se sucedían, cuando no en un gremio o sindicato en otro; siempre el conflicto tenía en jaque a la autoridad y a la burguesía. Hasta que vino lo que era de esperar dado el caldeamiento de ánimos, el entusiasmo sentimentalista de las

sevillanas y la intransigencia patronal en repugnante maridaje con las autoridades: la huelga general.

Y la benemérita patrulló por las calles y dio cargas y se hicieron detenciones a granel, y por último se recurrió a lo de siempre: a la clausura del local.

Y como aquella casa no estaba considerada ni reconocida por casa de vecinos, los que había, incluso el conserje, quedaron sin hogar. Y ya tenemos otra vez a nuestro amigo Roque y familia sin techo donde cobijarse. Gracias a un amigo que les brindó su casa por varios días hasta ver qué se determinaba.

Junto a la pequeña estación de Triana, y precisamente en terreno propiedad de la compañía ferrocarrilera, un numeroso grupo de chozas se habían ido levantando paulatinamente, sin que nadie interviniera ni se preocupara por ello.

Eran, naturalmente, familias proletarias, aventadas de la ciudad por la repentina avaricia capitalista y el proyecto de ensanche o descongestionamiento de la población, las que habitaban aquellas humildes chozas.

En una de ellas encontramos a Roque y familia. Un compañero de los que habían sido detenidos en aquellos días de agitación huelguística, soltero y sin familia, tenía una pequeña choza entre las ya citadas, y como el señor gobernador de aquella ínsula le ofreciera albergue en la cárcel, cediósela graciosamente a Roque. Allí vivían y allí laboraban día y noche por el diario sustento tanto material como espiritual.

El compañero en cuestión era joven y de profesión albañil. Hacía pocos días que había perdido a la que lo llevó en sus entrañas,

víctima de una larga enfermedad, agravada con el forzoso traslado a aquella choza estrecha y fría como una tumba.

Madre e hijo habían venido de un pueblo de la provincia hacía ya ocho años, cuando él no era más que un simple peón al lado de su padre, que dejaron enterrado en el pueblo víctima de un accidente del trabajo. Desde aquella fecha habitaron en una sola casa, la que pagaron siempre con puntualidad, pues, como decía la pobre viuda, más bien que pensar en comer había que pensar en pagar el alquiler.

Esto no obstante, el dueño de la casa no quiso tolerar dos meses que debían por haber estado el joven albañil sin ganarlo debido a la huelga de su oficio.

Y aquella reducida familia viose puesta en mitad de la calle con sus tristes trastos, a pesar de la enfermedad de la anciana, que aunque no hacía cama, no por eso estaba dispuesta a soportar en pleno invierno semejante trastorno tan brusco e imprevisto.

Muerta la madre y solo en el mundo el joven Luis, pensó en trasladarse a Barcelona, pero antes de emprender el viaje fue detenido como presunto autor de la muerte de un esquirol.

— De aquí ya nadie nos echará —decía ingenuamente la mujer de Roque, mientras él arreglaba la delantera de la choza, tapando con tierra y piedras un gran charco que había.

— ¿Crees tú eso?

— Eso creo yo, aunque algunas veces me doy a pensar y pienso que de donde no nos echarán será del cementerio cuando vayamos difuntos.

— Más acertada estás en esto que en lo otro, porque nosotros los pobres en todas partes estamos estorbando y sobre todo...

— Sobre todo —interrumpió Juana— los que tienen la suerte o la desgracia de pensar como tú.

— ¡Es verdad, Juana, es verdad! ¡Pero qué le hemos de hacer!

Paciencia, que todo vendrá bien, y algún día...

— Algún día nos veremos nuevamente sin techo donde guarecernos.

— No es eso lo que yo iba a decir. Algún día tendremos casa, pan, instrucción y lo tendremos todo, en una palabra.

— Nos moriremos antes de conocerlo, como mi padre y mi tío se murieron sin conocer su república federal.

— Tal vez sea como tú presentes, pero al menos lo conocerán y gozarán nuestros hijos... y esto me fortalece y consuela.

La pobre Juana llegó un día un poco indispuesta del mercado, habiendo tenido que tomar un tranvía hasta Triana, porque las piernas no le permitían aquella mañana tan larga caminata.

Los dos niños también tomaron el tranvía al lado de la madre, no sin sostener seria disputa con el cobrador, que no quería admitirlos con los canastos.

Cuando llegaron a su choza le faltó tiempo a Juana para tirarse sobre la cama.

— ¿Qué es eso, Juana: vienes mala? —interrogó Roque con acento tierno.

— Mala no; un poco cansada nada más —contestó Juana, que no quería que su esposo se alarmara.

Aquella noche la pasó Juana encendida en fiebre. Roque llegó a alarmarse de veras, así como su hija y Natalio, que en toda la noche no pudieron dormir. Por la mañana salió Roque a buscar a un médico.

— ¿A quién llamaré que venga hasta aquí y con la prontitud que el caso requiere?

Y se acordó de su amigo. Llegó a su casa, pero el doctor no estaba ni volvería hasta la hora del almuerzo. Se volvió al lado de la enferma, que bien poco se había refrescado, y pasó el día atendiéndola cariñoso.

Adelita cocinaba y arreglaba la habitación, y Natalio acudía solícito a todas partes donde fuera menester su auxilio.

Hasta las seis de la tarde no pudo venir el doctor. Tenía infinidad de enfermos, la mayor parte pobres desvalidos, y no quería desatender a ninguno teniendo en muchos casos que pagarse el coche hasta dar dinero en vez de recibirlo.

— ¿Qué tal esa enferma? —dijo acercándose a la cama.

— Muy mala, muy mala —contestó Juana, clavando la vista en el doctor y tratando de incorporarse.

Después de pulsarla y examinarla largamente, el doctor, que la había encontrado de gravedad, trató de alentarla y animarla diciéndola que no era nada de cuidado. Recetó, recomendó ciertos cuidados y salió seguido de Roque.

Ya fuera de la choza, éste pudo saber que su esposa estaba grave, que la epidemia gripal que sobre Sevilla se cernía y que hacía estragos la había alcanzado de lleno y sería muy probable un funesto desenlace.

Así fue, en efecto, Juana, la fiel esposa de nuestro amigo, falleció a los tres días de haber caído en cama. Roque, sus hijos y algunos amigos y vecinos acompañaron al cadáver a su última morada, sita en el cementerio civil, en donde es probable no sufriera más desahucios.

Un día, muy de mañana, una pareja de civiles de infantería y otra de caballería presentáronse en las chozas interrogando a todos los que iban saliendo. ¿Qué había ocurrido? ¿Seguía la represión? Aquella mañana se llevaron a tres vecinos, dos hombres y una mujer. ¿Qué habían hecho? Pronto se supo.

Roque fue el primero en indagar y en saber que aquellos sujetos no tenían nada que ver con la huelga ni estaban relacionados con la cuestión social; que eran individuos de conducta sospechosa, de los considerados como gente del hampa sevillana, tan protegida y auxiliada en tiempo por la misma policía; que habían faltado algunas cosas de la estación, como fardos y otros bultos; que esto nunca había ocurrido, y por ende que los autores de aquellos hurtos eran moradores en aquel grupo de chozas.

El jefe de estación, fiel defensor de los intereses de su dueña y señora la compañía, por salvar su responsabilidad y su salario (léase cadena), dio parte inmediatamente a la guardia civil, resultando aquellas detenciones que dejamos dichas.

Aquella misma tarde fueron detenidos por la policía otros dos sujetos, vecinos también de aquel poblado.

Sin embargo, los robos en la pequeña estación no faltaban, por cuyo motivo el jefe de la misma aseguraba que aquel grupo de chozas, que ascendían a más de doscientas, era un semillero de cacos.

Hay que advertir que el hambre, que ya era endémica en Sevilla, había progresado de una manera alarmante por causa de la huelga y, más que por esto, por el contingente de obreros venidos de todos los pueblos de la región y particularmente de la provincia de Huelva, que había quedado casi sin obreros después de la huelga de Río Tinto.

Por todo esto los robos, hurtos y atracos habían llegado a su mayor apogeo, no faltando quien achacara algún que otro hurto o atraco a los compañeros más significados, cuando se habían cometido con la complicidad de la misma policía.

Tanto incremento tomaron los robos en la referida estación, que su jefe viose en la necesidad de dar conocimiento a la Dirección general de la compañía, la que, como dueña del terreno, exigió del gobernador la evacuación de su territorio, con la correspondiente destrucción de las chozas.

Y como el gobernador tal vez tuviera que agradecer aquella ínsula a la compañía, no titubeó en llevar a efecto lo que se le había ordenado.

Antes de esto quiso saber si entre aquellos vecinos había algún elemento extraño, y como supiera que el único que había era Roque, fichado y conocido como libertario, ordenó su detención por miedo a lo que éste pudiera hacer.

Y un día, volviendo para casa acompañado de Natalio y de Adela, Roque fue detenido por la policía. Los niños quisieron seguir al padre hasta donde fuera menester, pero éste les dijo que siguieran para casa, que él no tardaría en llegar, pues ningún delito había cometido.

Toda la tarde estuvieron esperando el único consuelo y sostén que les quedaba. Y detrás de la tarde vino la noche, fría y negra como la conciencia de los tiranos. Larga, muy larga fue la noche, más larga que la del Polo Norte, y cuando apenas empezaba a alborear el nuevo día, los dos corrieron hacia la ciudad a inquirir noticias de su padre. Éste había pasado de la Comisaría a la cárcel, y transcurrido que hubo el tiempo reglamentario, se le comunicó que estaba encartado en el proceso que se seguía por el vuelco e incendio de dos tranvías que días antes había tenido lugar en la plaza del Duque.

Nuestros amiguitos, un tanto consolados por buenos amigos de su padre, volvieron a su choza, donde trataron en vano de poder dormir, pues apenas cerraban los ojos las figuras de los policías se les aparecían arrastrando a su padre hacia un abismo insondable.

Por la mañana volvieron a la ciudad con el propósito de ver al prisionero, pero no pudo ser por no haber comunicación hasta el domingo.

Llegado el domingo, dos horas antes de empezar la comunicación ya estaban ellos acompañados de un camarada esperando a la puerta de la cárcel.

Aquel mismo día por la tarde se presentó en el lugar de las chozas un piquete de civiles, tanto de a pie como de a caballo, ordenando que inmediatamente fueran todas las chozas desalojadas, tanto de ocupantes como de chismes.

El griterío y lloriqueo de aquellas infelices familias fue más que regular, empezando al fin y al cabo la operación de desalojamiento por las más débiles y terminando por las más reacias y rebeldes.

Cuando las chozas estuvieron completamente desocupadas, los guardias procedieron a su destrucción prendiéndoles fuego.

Dos horas después todo aquel poblado quedaba reducido a cenizas, al igual que los aduares moros por manos de los legionarios.

Cuando llegaron Natalio y Adela de ver a su padre se encontraron con la choza reducida a la nada, aún humeando y los muebles y la ropa amontonados y una pareja de la benemérita custodiándolos hasta que sus dueños llegaran.

El lector podrá imaginarse cuál sería la sorpresa y el asombro de las dos tiernas criaturas, de aquellas dos almas sensibles y buenas, al verse sin albergue y con sus modestos y pobres muebles sobre el lodazal del arroyo.

Miráronse uno a otro como queriéndose interrogar qué harían en aquella situación, cómo resolverían aquel problema tan duro, tan cruel y amargo para hombres templados y avezados a todas las contrariedades, miserias y vicisitudes. Después miraron a los guardias, quienes a su vez, mirando a aquellos dos seres que tan jóvenes empezaban a sufrir en sus propias carnes los sinsabores y amarguras destinadas para los buenos y para los débiles, empezaron a interrogarles:

— ¿Son ustedes los dueños de estos muebles?

— Sí señor —contestó con acento grave el pobre niño.

— ¿Y tu madre? ¿Dónde está tu madre?

— Mi madre, mi madre no vive —dijo Adelita, rodándoles por las mejillas dos gruesas lágrimas.

— Y tu padre ¿tampoco vive?

— Mi padre vive —contestó el niño—, pero... no está aquí.

— Ya sabemos que no está aquí —repuso con tono agrio uno de los civiles, y atusándose el mostacho agregó: —¿Dónde está, pues?

— ¡Está en la cárcel! —insinuó la niña con tristeza.

— ¡En la cárcel! ¡Entonces no me digas más; ya sabemos que tu padre es uno de los que le gusta lo ajeno más que lo suyo, y por eso está bien donde está.

— ¡Mi padre no está allí por eso que usted cree, señor guardia —contestó la niña con dignidad—; mi padre está allí por pensar libremente.

— ¡Ahora sí que la enmendaste, niña! Quisiste defender a tu padre y lo has colocado en el peor de los extremos. ¡Bien está allí de cualquier modo! ¡Digo anarquista; no es nada para qué!

Los niños volvieron a interrogarse con la mirada; los guardias también se interrogaron, poniéndose en marcha y dejando perplejos a los dos hermanos.

— ¿Qué haremos nosotros ahora? —preguntó Adelita.

Y Natalio, después de reflexionar un instante, sentado en una silla y con la mano en la mejilla, contestó:

— Iré a la ciudad, haré ver a aquel compañero tan amable y tan bueno, aquel de las gafas negras, ¿te acuerdas?, le contaré todo lo ocurrido a ver qué resuelve de nuestra situación. Mientras tanto, tú te quedas aquí cuidando de esto hasta que yo vuelva, que vendré lo más pronto y si puede ser con un carrillo mejor.

— ¿Y dónde vamos a meter todo esto?

— ¡Ya lo veremos!

Y diciendo esto partió a la carrera hacia la gran urbe, dejando a Adelita, que con llanto en los ojos lo miraba ir hasta perderlo de vista.

Cuatro horas después apareció Natalio acompañado de un muchacho que con él traía un carrillo.

— ¡Por fin! —exclamó la niña al verlo llegar.

Cargaron el carrillo, el muchacho se agarró a las varas y Natalio con Adela se pusieron a la trasera para ayudar con su empuje al movimiento del vehículo.

— Ya sabes muchacho: Cabeza del Rey don Pedro, número 15.

—¿Qué nombre de calle más raro, verdad Natalio?

— Tan raro como histórico.

— ¿Histórico dices?

— Sí, tan histórico como cruel y sanguinario; por eso le cortaron la cabeza, y para ejemplo y recuerdo la pusieron en esa calle que ostenta hoy su nombre.

— ¿Y está allí la cabeza?

— Está allí la esfinge tallada en piedra, como tú la verás esta tarde.

Una hora después, ya oscurecido, llegaron al número y calle mencionados. A la puerta los esperaban dos jóvenes, quienes ayudaron a subir los muebles a un piso ocupado por un matrimonio con dos hijos, el mayor de tres años.

El padre de estos niños, íntimo del doctor y de Roque, se había encargado de recoger a aquellos que la desgracia hizo hermanos, tan vilmente desahuciados, y otros se encargaron de su manutención y educación.

Cuando Natalio contaba diez y ocho años y Adela veinte, ya preparados y compenetrados en la magna cuestión social, identificados en el vasto problema humano por resolver; cuando ya el amor por el Ideal los unía con lazos indisolubles, después que el amor entre sí los había unido más indisolublemente, si cabe, desde pequeños; cuando las ansias de renovación los animaban y empujaban a la brega por el sublime ideal de paz y ventura humana, llevando el dolor en sus corazones por la pérdida de su querida madre, muerta en una miserable choza mientras se edifican palacios y hoteles de lujo a los parásitos de la Tierra, y el dolor no menos grande y punzante de la pérdida del padre, muerto quién sabe cómo en una inmunda celda de la cárcel de Sevilla, nuestros dos jóvenes amigos, allá en la ciudad condal, lanzáronse a la lucha por el vasto problema que, una vez resuelto, dará pan y albergue amplio y espléndido a todos los desahuciados de la vida.